ALFRED HITCHCOCK Y LOS TRES INVESTIGADORES



La intervención del mago del suspense, como ha dado en llamársele, ya sea en cine, televisión o novela, es de por sí garantía de intriga y desenlace inesperado.

En esta ocasión Hitchcock dedica su atención a los jóvenes, ofreciéndoles una serie de novelas de acción. Los adolescentes, al leer las aventuras de Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores se sienten incorporados al formidable equipo de Júpiter Jones, Pete Crenshaw y Bob Andrews. Junto a ellos practican métodos deductivos que agilizan sus mentes, vencen el miedo a lo desconocido, luchan por causas justas y gozan el placer de ser útiles a sus semejantes.



Robert Arthur

Misterio del tesoro desaparecido

Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores - 5

ePub r1.2
Titivillus 13.05.16

Título original: *The mystery of the vanishing treasure*
Robert Arthur, 1966
Traducción: María Lourdes Pol de Ramírez
Ilustraciones: Harry Kane
Cubierta: Ángel Badía Camps
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
Corrección de erratas: Prometheus (1.0)
ePub base r1.2



¡NO LEAS ESTO!

AVISO AL LECTOR: No está obligado a leer ni una sola palabra de esta introducción.

ALFRED HITCHCOCK

(A menos que no hayas leído ninguna aventura de Los Tres Investigadores).

Aquí tenéis otro caso de mis jóvenes amigos Júpiter Jones, Pete Crenshaw y Bob Andrews, que se hacen llamar Los Tres Investigadores. Esta vez resuelven un robo en un museo, ayudan a una señora a solucionar un grave problema con ciertos gnomos, viajan hacia el Oriente Medio, donde habían de ser vendidos como esclavos, y viven otras aventuras que erizan los pelos.

Si has leído algún caso anterior, los conocerás ya muy bien. El primer investigador, Júpiter Jones, es robusto, casi gordo; Pete Crenshaw, alto y fuerte; y Bob Andrews, más delgado y estudioso. Sabrás también que el puesto de mando lo tienen celosamente oculto en una chatarrería conocida por Patio Salvaje de los Jones, propiedad de los tíos de Júpiter. Al puesto de mando se entra por secretos accesos que únicamente los muchachos conocen, y a los cuales designan Túnel Dos, Los Tres Tranquilos, Puerta Verde y Puerta Roja de Rover.

Viven en Rocky Beach, California, junto a las costas del Pacífico, a escasos kilómetros del subyugante Hollywood. En realidad ya sabes todo lo preciso, pero si no conoces a los

chicos, que lo anterior te sirva de introducción.

Y ahora, ¡adelante! ¡Empieza el caso!

ALFRED HITCHCOCK

Capítulo 1

El robo de las joyas Arco Iris

—Me gustaría saber —dijo Júpiter Jones—, si nosotros podríamos robar las joyas Arco Iris.

La pregunta sorprendió a sus compañeros. A Pete Crenshaw estuvo a punto de caérsele un hierro que soldaba, y a Bob Andrews los alicates que utilizaba para cambiar los tipos de la vieja imprentilla.

—¿Qué? —preguntó Bob.

—Dije, que me gustaría saber si podríamos robar las joyas Arco Iris, si fuésemos ladrones.

—Pero no lo somos —saltó Pete—. Robar joyas es peligroso. La policía dispara primero y pregunta después cuando persigue a los malhechores. De todos modos, la honestidad empieza con la buena conducta.

—¡De acuerdo! —exclamó Júpiter, que siguió leyendo un periódico.

Los Tres Investigadores han construido su puesto de mando en el Patio Salvaje de los Jones. Bajo un cobertizo adosado a la valla de la chatarrería, tienen un pequeño taller para reconstruir objetos. Titus Jones, tío de Júpiter, les retribuye por los trabajos que realizan para él, y este dinero les permite pagar lujos, como un teléfono instalado en el puesto de mando.

Hacía una semana que en el Patio Salvaje se respiraba la abúlica quietud de los días sin trabajo. Por otra parte, nuestros amigos carecían de asuntillos que investigar. Ésa era la razón de que hubieran concentrado su perezosa actividad en reparar un viejo aparato de radio, llegado al Patio Salvaje en el último lote de

géneros adquiridos por los tíos de Júpiter.

Indudablemente, el primer investigador hubiera preferido utilizar su cerebro y no las manos. Sus enemigos sabían por experiencia que en los períodos de vacaciones forzadas era impredecible la cuestión que en un momento u otro plantearía.

Bob alzó la vista de su caja de tipos y dijo:

—Apuesto a que hablas de las joyas del Museo Peterson.

—¿Dónde está el Museo Peterson? —inquirió el segundo investigador.

—En una colina próxima a Hollywood —aclaró Bob—. Se trata de una casona que fue propiedad de un tal Hiram Peterson, millonario del aceite, que la donó a Hollywood en calidad de museo público.

—Actualmente se exhibe allí una colección especial de joyas —añadió Júpiter— presentada por la Compañía Nagasami, del Japón, para hacer propaganda de sus perlas cultivadas.

»Algunas piezas son de un valor extraordinario como las joyas Arco Iris, formadas por un grupo de gemas: diamantes, esmeraldas, rubíes y demás piedras raras, cuya coloración destella todos los colores del arco iris. Las hay que son muy grandes, y valen miles de dólares.

—Especialmente un cinturón —intervino Bob—, constituido de enormes eslabones de oro con esmeraldas cuadradas. Según la prensa, su peso es de siete kilos. Perteneció a unos antiguos emperadores del Japón.

—¡Estás loco, Jupe! —exclamó Pete—. Nadie podría robar semejantes joyas. Estarán más guardadas que en un banco.

—Sólo un poco mejor guardadas que en la mayoría de bancos —respondió Júpiter—. Desde luego, siempre hay varios vigilantes en la sala donde están expuestas, y también un sistema de televisión de circuito cerrado, que se controla desde la oficina principal. Durante la noche, la sala queda bloqueada por una serie de rayos de luz invisible, que si alguien los cruza, provoca una alarma sonora.

»Además, los cristales de las vitrinas tienen finísimos alambres, que igualmente dispararían la alarma, si se rompen o son tocados. El museo está dotado de generadores eléctricos, para enfrentarse a posibles emergencias.

—¡Es imposible que alguien pueda robar esas joyas! —afirmó

Pete, convencido.
—No obstante, son un reto a la codicia humana —comentó Júpiter.
—¿Qué pretendes insinuar? —preguntó Bob—. Nuestra especialidad consiste en aclarar hechos consumados, y no en idear cómo llevarlos a cabo.
—¡De acuerdo, Bob, de acuerdo! —exclamó Júpiter—. Sólo que, de momento, carecemos de ocupación. Confiaba en que Alfred Hitchcock nos proporcionaría algún problema interesante. Pues bien, no lo ha hecho, y un investigador precisa sacar provecho al tiempo. Luego, averiguar si las joyas Nagasami pueden o no ser robadas, sería una valiosa experiencia para el día en que nos llamen a descifrar un robo de joyas. Al menos lograríamos familiarizarnos con el pensamiento de los profesionales amigos de lo ajeno.
—Tú propones un despilfarro de tiempo —adujo Pete—. Considero más provechoso aprender a bucear y el manejo del equipo de submarinista. Aún nos falta mucho para decir que somos prácticos en el peligroso deporte de la zambullida.
—¡Me uno a Pete! —declaró Bob—. ¡Aprendamos la técnica del submarinista! Mi padre me ha prometido llevarnos a un lugar de la baja California, donde pescaremos ostras vivas entre las rocas, siempre que seamos capaces de usar el equipo.
—Estamos dos a uno, Jupe —dijo Pete—. ¡Quedas eliminado!
—Según el periódico —siguió Júpiter, como si no los hubiera oído—, el museo ha dedicado el día de hoy a los niños. Los menores de dieciocho años pagan la mitad del precio, excepto los boy-scouts uniformados, que entran gratis.
—No disponemos de uniformes —replicó Pete.
—Pero sí del dinero ganado aquí durante la última semana —contestó Júpiter—. Y otra cosa importante: hoy gozo de libertad. Por otra parte, sería necio desaprovechar la ocasión de ver la colección de joyas Arco Iris expuesta en el Museo Peterson. Así aprenderíamos a distinguir las joyas auténticas. Puede ser que algún día nos encomienden la recuperación de joyas robadas.
Bob dijo a Pete:
—Sospecho que los eliminados por uno a dos, somos nosotros.
El segundo investigador se desentendió de la agorera insinuación de su camarada. Una idea luminosa le hizo cambiar de parecer.

—¡Ya está! —gritó—. ¡Sé cómo realizar ese robo! ¿Qué se hace con las piedrecillas?

—Se estudian en el microscopio —contestó Bob.

—Y algo más —replicó Pete—. Si no son demasiado grandes, pueden ser lanzadas con un tirachinas. Imaginad que alguien rompe un cristal de una de las vitrinas donde se guardan y exponen las joyas Arco Iris, se apodera de ellas y las dispara con un tirachinas a través de la ventana abierta. Sus cómplices sólo tienen que recogerlas y huir con la ligereza del viento.

—¡Fantástico! —Aplaudió el tercer investigador.

Pero no el primero, que, lentamente, sacudió la cabeza.

—En tan descabellado plan hay dos puntos negativos —razonó —. Admitamos que los cómplices logran esfumarse. Ahora bien, ¿qué sucedería al ladrón situado en la sala? Sencillamente, que los guardianes lo detendrían. Y en cuanto a las joyas, no podrían ser lanzadas con un tirachinas por la ventana del museo, porque…

El silencio de Júpiter Jones dio paso a un dramático suspense.

—¡Y bien! —apremió Pete.

—Eso digo —saltó Bob—. Yo lo considero una idea fenomenal.

Júpiter añadió:

—El Museo Peterson carece de ventanas.

Capítulo 2

Expectación en el museo

Una hora más tarde, Bob, Pete y Júpiter se hallaban en la colina donde se alzaba el Museo Peterson. Una calle procedente del parque Grifith terminaba en la falda del promontorio, tantas veces punto o meta de las excursiones que hacían los muchachos. La verde hierba cubría la tierra hasta el gran y majestuoso edificio de dos cuerpos y tejado en forma de cúpula. Un serpenteante camino se abría en dos, y rodeaba la casa.

Automóviles y microbuses ascendían lentos hacia la entrada. Los tres muchachos avanzaban procurando mantenerse alejados del tráfico. Observaron que la zona de aparcamiento estaba literalmente repleta de vehículos. La mayoría de visitantes eran niños, muchos de ellos con el uniforme de boy-scout.

Docenas de cubs[1], en uniformes azules y foulards dorados, corrían alrededor de sus akelas[2], que intentaban apaciguarlos. También abundaban las brownies[3], y espigados boy-scouts, provistos de mochilas y pequeñas hachas colgadas de sus cintos.

—Quiero estudiar la toponimia del lugar —dijo Júpiter—. Primero examinaremos la parte exterior del museo.

Caminaron lentamente por la parte de atrás del enorme edificio, desprovisto de ventanas, como dijera el primer investigador. No obstante, se advertía que antes las hubo. Las correspondientes a la planta baja y a los cuerpos laterales del edificio habían sido tapiadas. Bob miraba tan fijamente la recia construcción, que no vio a un grupo de cubs y su akela. Uno de los niños rodó por la hierba al tropezar con él.

—¡Caramba! Lo siento —se disculpó el tercer investigador.

El crío se puso en pie, mostrando un diente de oro a través de su alegre sonrisa, y corrió hasta unirse de nuevo al grupo.

—¡Oh! ¡Oh! —repitió Júpiter—. ¡Mirad!

—¿El qué? —preguntó Pete—. Sólo veo el edificio.

—¡Los cables! —Júpiter los señaló—. Desde el poste que se hallaba en la esquina, forman un solo cordón hasta penetrar en la casa. Sería fácil cortarlos.

—¿Y a quién puede interesar cortarlos? —preguntó Bob.

—A los ladrones —respondió el primer investigador—. Eso no afectaría el sistema de alarma, pues sabemos que éste funciona alimentado por corriente propia. Pero no deja de ser un punto flaco.

Acabaron de circundar el edificio y se acercaron a la entrada principal. No iban uniformados, y tuvieron que abonar la mitad del importe de la entrada.

En el interior, un vigilante los desvió hacia la derecha.

—Sigan la flecha, por favor —dijo.

Los tres penetraron en el ala derecha y se hallaron en una enorme sala con techo en forma de cúpula, y altura semejante a la de tres pisos. Una alta plataforma con barandilla rodeaba la mitad de la estancia, al pie de cuya escalera un letrero decía: «Cerrado».

Grandes pinturas en marcos labrados pendían de las paredes. Empero, éstos no interesaban a los Tres Investigadores, que visitaban el museo con el único objetivo de ver las joyas.

—Observad cómo están los cuadros —invitó Júpiter—. Cada uno tiene un soporte invisible que lo mantiene adosado a la pared. Antes, los cuadros se colgaban de molduras próximas al techo. Ved las que había cuando la casa era del señor Peterson.

Pete miró, si bien su atención se hallaba concentrada en el sistema de bloqueo de los altos ventanales.

—¿Por qué habrán tapiado las ventanas? —preguntó—. Tienes razón, Jupe, nadie podría tirar joyas desde aquí. Me intriga eso.

—Bueno —explicó Júpiter—, en parte, con ello se consigue más superficie de pared para los cuadros, y también facilitar la instalación de aire acondicionado. ¿No adviertes la fresca temperatura que hay? Una temperatura y atmósfera siempre iguales conservan mejor las pinturas.

Recorrieron sin prisas el contorno de la sala, hasta llegar a un pasillo por donde siguieron a una multitud de jóvenes que se reían

y empujaban. Por allí alcanzaron el ala izquierda del museo, donde se exponían las joyas. Como la anterior, esta tela tenía también una especie de plataforma que ocupaba una extensa prolongación de pared. El acceso se veía interceptado por unas cuerdas.

Las joyas Arco Iris se hallaban expuestas en el mismo centro de la sala. Un cordón de terciopelo evitaba que el público se acercase demasiado y pudiera tocar la vitrina de cristal.

—Sabia preocupación —exclamó Júpiter—. Impide que un posible ladrón rompa el cristal y se fugue con las joyas.

Se entretuvieron contemplando un enorme diamante que desprendía fuego azul, una destellante esmeralda, un rubí rojo ascua, y una enorme y reluciente perla. Éstas eran las joyas más valiosas. No obstante, había otras dispuestas alrededor de las principales, que cegaban con su fulgor.

El vigilante, apostado junto a la vitrina, les dijo que las joyas habían sido valoradas en dos millones de dólares. Luego les rogó que no se detuvieran allí. Un grupo de bulliciosas jovencitas ocupó el lugar que ellos dejaron libre.

Los Tres Investigadores se acercaron a una vitrina próxima a la pared, exactamente debajo de la plataforma, donde se exhibía un impresionante cinturón cuajado de pedrería. Medía más de metro y medio y era de grandes eslabones de oro con enormes esmeraldas cuadradas. Las perlas ribeteaban los eslabones, y diamantes y rubíes brillaban en la hebilla. Aquel cinturón debió de haber pertenecido a un hombre gigantesco.

—Lo llaman el Cinturón de Oro de los Antiguos Emperadores —explicó un guardián—. Lo construyeron hace más de dos mil años. Tiene un peso aproximado de siete kilos. Es valiosísimo, aunque su valor histórico es inconmensurablemente mayor. Sírvanse circular, por favor.

Los tres amigos se detuvieron ante otras vitrinas repletas de figuras realmente llamativas, hechas con perlas Nagasami. Eran cisnes, palomas, peces, antílopes y otros varios animales.

Las niñas armaban un alegre alboroto. La sala se hallaba rebosante de público. Pete, Jupe y Bob se pusieron a conversar en un sitio donde no estorbaban el paso de los demás concurrentes.

—La sala está llena de vigilantes —comentó Júpiter—. Luego es evidente la imposibilidad de que nadie logre planear un robo

durante el día. En todo caso habría de ser durante la noche. Pero entonces la dificultad radica en cómo cruzar la puerta principal y desconectar el sistema de alarma de las vitrinas —sacudió la cabeza —. Mi opinión es que las joyas están seguras, excepto si actúa una banda de hombres experimentados y bien organizados. Sólo una…

—¡Oh, perdón! —exclamó un hombre, que retrocedía de espaldas y tropezó con Júpiter.

—¡Hola, señor Frank! —saludó el primer investigador.

—¿Me conoces? —preguntó de buen humor el aludido.

—Soy «Bebé Gordito» —explicó Júpiter, refiriéndose a la época en que actuaba en programas de televisión—. Usted apareció con nosotros en muchos telefilmes, ¿no lo recuerda? Siempre era el pagano de las diabluras que hacíamos los demás.

—¡«Bebé Gordito»! ¡Párdiez! —Casi tronó el hombre—. Bueno, ahora ese apodo no te va. Me gustaría charlar un rato contigo, pero no puedo. Me toca entrar en escena.

—¿En escena? —se extrañó Jupe.

El señor Frank se rió.

—Permanece atento, y no tardarás en divertirte. Allá hay un guarda. Tengo que llamar su atención —alzó la voz—. ¡En, guarda, guarda!

El vigilante se giró, con aspecto de pocos amigos.

—¿Qué pasa? —Gruñó.

El señor Frank se tocó la frente.

—Me siento mareado —se quejó—. Necesito agua.

Acto seguido se sacó el pañuelo del bolsillo superior de su americana. Al hacerlo, algo cayó al suelo. Era una enorme piedra roja, idéntica al rubí que había en la vitrina.

—¡Oh! —exclamó el señor Frank, evidentemente confundido.

El guardián entró en sospechas, y gruñó:

—¿Qué es eso? ¿Dónde lo ha robado? ¿Qué respuesta da, amigo?

Quiso coger por el hombro al señor Frank, que protestó ruidosamente. El vigilante se llevó él silbato a la boca, y lanzó un estridente pitido.

Aquello paralizó a cuantos se hallaban en la sala. Todo el mundo se volvió hacia el guardián y el señor Frank. Al momento, otros vigilantes rodearon al actor, que parecía más confundido y culpable

que nunca.

—¡Vaya, hombre…! —empezó a decir el jefe de los guardianes.

Pero nunca terminó la frase. Acto seguido, el museo quedó sumido en la oscuridad total…

Un silencio de terror se adueñó de la sala. Finalmente, multitud de gargantas gritaron a la vez:

—¡La luz! ¡La luz! ¡Enciendan la luz!

Las lámparas no se encendieron. El guardián jefe sopló su silbato.

—¡Dos vigilantes a la vitrina central! —gritó—. ¡Los demás que impidan a la gente abandonar la sala!

De repente se oyó un griterío ensordecedor. Los niños empezaron a llorar. Las madres llamaban a sus hijos y todos se movían inquietos en la oscuridad.

—¡Jefe! —gritó un guardián—. ¡Estoy rodeado de chiquillos! ¡No puedo acercarme a la vitrina central!

—¡Inténtalo! —replicó éste—. ¡No hay duda de que se trata de un robo!

Todos captaron el sonido de un cristal que se rompía, procedente de una de las vitrinas. Luego el timbre de alarma transformó el ruido de la sala en algo enloquecedor.



—¡Las joyas! —gritó Pete al oído de Jupe—. ¡Alguien trata de llevárselas!

—Seguro —replicó el tercer investigador, que parecía gozar del espectáculo—. Se trata de un robo de joyas excelentemente planeado. Corramos a la puerta principal, por si conseguimos localizar a los pillos cuando intenten fugarse.

—¿Y si hay otra salida? —intervino Bob.

—Veamos de alcanzar la que ya conocemos —apremió Jupe—. ¡Seguidme!

El tercer investigador se puso en marcha entre la selva de chiquillos alborotados. Cuando llegaron a la puerta, comprobaron que los guardianes no dejaban salir a nadie. Para entonces la situación caótica se tornaba peligrosa. El vestíbulo se hallaba repleto de gente enloquecida, que pugnaba por salir. Era de temer que algunos pequeños fueran derribados, con peligro de ser pisoteados.

Incluso por encima del estruendo del timbre de alarma, se oyó una voz estentórea. Luego el timbre dejó de atronar los tímpanos, como si alguien hubiera desconectado el suministro eléctrico. La voz sonó ahora muy cerca, y los tres amigos identificaron su acento japonés.

—¡Guardas! ¡Dejen salir! —gritó—. ¡Que la gente desaloje la sala, pero que no abandonen el recinto! ¡Antes han de ser registrados!

Los vigilantes se apartaron a un lado y una ola humana brotó al exterior. Los Tres Investigadores observaron que los guardianes encendían linternas sacadas de alguna parte y entraban en el oscuro museo. Ellos, en silencio, los siguieron.

Ya dentro, comprobaron que la vitrina destinada a exhibir el Cinturón de Oro aparecía hecha añicos. El cinturón había desaparecido. Las joyas expuestas en las demás vitrinas seguían intactas.

El japonés los vio, y se precipitó a ellos.

—¡Eh, muchachos! —gritó—. ¿Qué hacéis aquí? ¿Por qué no os vais a casa?

—Perdón, señor —Júpiter sacó una tarjeta que ofreció al hombre—. Somos investigadores. Comprendo que nuestra edad no le infunda confianza; empero, consideramos que podemos serle muy

útiles.

El japonés lo miró sorprendido, y leyó la tarjeta, que decía:

LOS TRES INVESTIGADORES

"Investigamos Todo"

? ? ?

Primer Investigador Júpiter Jones

Segundo Investigador Pete Crenshaw

Tercer Investigador Bob Andrews

—Los interrogantes —explicó Júpiter— son nuestra marca y nuestro símbolo. Quieren decir preguntas sin respuesta, acertijos sin resolver, misterios inexplicables. Nosotros intentamos…

—¡Bobadas! ¡Locos muchachos americanos! —le interrumpió el hombrecillo, que tiró la tarjeta al suelo—. Yo, Saito Togati, detective privado de la Compañía Nagasami, he sido incapaz de impedir que roben el cinturón de los antiguos emperadores. Eso me hace muy desgraciado. Y para colmo de hiriente sarcasmo, tres niños tontos aumentan mis problemas con su pretensión de inmiscuirse en mis funciones. ¡Fuera de aquí! ¡Esto es trabajo para hombres; no para niños!

—Eso parece —contestó Pete.

Los tres amigos se marcharon de la sala dejando tras sí, en el suelo, su tarjeta de negocios. Indudablemente, carecían de autoridad para investigar un asunto que nadie les había encomendado.

Capítulo 3

Una llamada de Alfred Hitchcock

Los periódicos del día siguiente publicaron a grandes titulares la extraña desaparición del valioso Cinturón de Oro. Bob, encargado de recopilar información sobre los acontecimientos, recortó las historias del caso, que pegó en su libro registro. Ciertamente, ellos no intervenían en la investigación, pero Júpiter mostraba vivísimo interés por cuanto se decía a través de la prensa.

Los reporteros informaron de hechos que los Tres Investigadores conocían ya y de otros que ignoraban. Por ejemplo, las luces del Museo Peterson habían sido apagadas por un hombre que vestía un mono de mecánico. Fue visto deambular por la parte trasera del edificio, provisto de unas grandes tenazas cortadoras de alambre. Minutos después, se alejaba en un camión pintado de negro. Nadie sospechó nada entonces, pero lo cierto fue que acto seguido el timbre de alarma entró en funcionamiento. Era evidente que trabajaba de acuerdo con la pandilla introducida en el museo, siguiendo un plan cuidadosamente concebido y ejecutado. Él provocó el apagón que facilitó a sus cómplices la oportunidad de entrar en acción.

Empero, el gran misterio radicaba en la ignorada personalidad de los sujetos que habían actuado en el interior. Nadie salió por la puerta de atrás. Según los periódicos, ésa fue cerrada inmediatamente después que sonó la alarma, y un vigilante montó guardia junto a ella. Tampoco existían ventanas por donde huir. Luego, debieron de salir por la puerta principal y someterse al registro que efectuaron los vigilantes.

Un periódico se refería al actor de televisión Edmund Frank, que

había sido interrogado y puesto en libertad.

—Me gustaría saber cómo se justificó el señor Frank —murmuró Júpiter, presionándose el labio inferior con el pulgar y el índice—. Fingió que se le caía una piedra preciosa, con el solo fin de hacerse sospechoso. Sin duda fue una broma suya, o quizá mero afán de publicidad. Estoy convencido de que se trataba de un trozo de vidrio.

Júpiter frunció el entrecejo y meditó durante unos segundos. Luego reanudó la exposición de su teoría.

—Algo está fuera de toda duda: el golpe lo dio una banda de profesionales que se movió sincrónicamente. Al menos, eso deduzco del modo en que se desarrollaron los acontecimientos. No obstante, admito sin rubor, que ignoro quiénes fueron, cómo lograron llevarse el Cinturón de Oro y dónde pueden esconderse.

—¿Y si fueron los propios guardianes? —dijo Bob—. Supón que se emplearon en el museo con el único fin de robar.

Pete y Júpiter lo miraron sorprendidos.

—No es mala idea —admitió el primero—. Bueno, yo también dispongo de otra teoría. ¿Y si los maleantes se ocultaron en el museo y se quedaron allí hasta que todos se hubieron marchado?

Júpiter denegó con la cabeza.

—Los periodistas dicen que el museo fue registrado a fondo y que no se halló a nadie.

—Esas viejas casas suelen tener cuartos secretos —insistió Pete —. Recordad la habitación secreta que vimos en la Mansión Green —se refería a la aventura de «*Misterio del Fantasma Verde*».

Bob insistió en su idea.

—Sigo sospechando que fueron los guardianes. ¡No hay otra explicación!

Era evidente que el primer investigador se esforzaba en obtener conclusiones aceptables, pues dijo:

—Nada justifica el robo del cinturón. Resulta difícil de ocultar y vender. Además, vale mucho menos que las joyas Arco Iris. ¿Por qué no se llevaron las joyas Arco Iris? Las hubieran podido esconder en sus bolsillos, y venderlas sin más complicaciones. Seguro que si lográsemos una respuesta a semejante pregunta, resolveríamos el misterio que envuelve la predilección mostrada por el Cinturón de Oro.

Y dicho esto, se inclinó hacia delante en su silla giratoria, reconstruida adrede para la oficina del puesto de mando. Era tanta su concentración mental que, mirándolo, uno creía escuchar los engranajes de su cerebro en marcha.

—Hagamos un resumen de cuanto sabemos —propuso—. En primer término se apagaron las luces. Alguien desde el exterior se cuidó de este detalle. Los vigilantes se vieron entorpecidos por mujeres y niños asustados. Luego no resulta descabellado que eligieran el día dedicado a los niños, seguros de que sucedería cuanto ocurrió.

—Correcto —admitió Pete.

—Mientras los guardianes rodeaban las joyas Arco Iris, aplastaron la parte superior de la vitrina que guardaba el Cinturón de Oro y se lo llevaron. Esta acción sólo es realizable por un hombre alto.

—Había guardianes altos —le recordó Pete.

—Muy cierto —convino Júpiter— bien, cuando el timbre de alarma cesó de tocar, todo el mundo corrió hacia la puerta, provocando el ruido de una loca estampida. La gente sería registrada más tarde por el señor Togati, el detective japonés encargado de la seguridad, y los vigilantes. Sólo entonces se nos permitió abandonar el museo, e irnos a casa.

—¡Se nos *mandó* ir a casa! —rectificó Pete, indignado—. Y pese a tamaña descortesía, te ofreciste a resolver el caso.

Júpiter parecía contrariado, empero sólo dijo:

—Indudablemente nos consideraron demasiado jóvenes para aceptar nuestra ayuda. Lástima que el señor Alfred Hitchcock no sea director del museo. Estoy seguro que nos facilitaría la oportunidad de resolver el caso.

—Dudo que lográsemos triunfar, donde la policía sigue más a oscuras que el propio museo cuando el robo —admitió Pete.

—Concurren elementos muy sospechosos —habló doctoralmente Júpiter—. El señor Frank puede ser que sepa más de cuanto dijo.

—¿El señor Frank? —Inquirió Pete—. ¿Qué insinúas?

—¿No recordáis lo sucedido? —Júpiter se inclinó hacia delante y bajó la voz—. El señor Frank nos dijo que le tocaba representar su papel. Luego se sacó el pañuelo e hizo caer una piedra preciosa falsa, en el suelo. Eso atrajo la atención del guardián más cercano,

que sopló su silbato. Entonces, ¿qué sucedió?

—¡Sí, eso! ¿Qué sucedió? —replicó Bob—. Pues que todo el mundo puso en práctica el sálvese quien pueda, quedando los guardianes rodeados.

—¡Exacto! —exclamó triunfal Júpiter—. Fue una distracción maestra, a cuya sombra los verdaderos maleantes hicieron su trabajo secreto.

—¿Qué trabajo secreto? —inquirió Pete.

—Lo ignoro —confesó Júpiter—. Pero sí sabemos que actuaron perfectamente sincronizados. El señor Frank deja caer la piedra de imitación. Un vigilante pita y los demás se acercan raudos. Un segundo o dos más tarde se apagan las luces. Empero durante ese pequeñísimo intervalo de tiempo la banda ejecutaba alguna importante y secreta maniobra.

Bob exclamó sorprendido:

—Jupe, creo que estás en lo cierto. Pero ¿en qué? Nadie sabe quiénes integran la banda, ni cómo se llevaron el Cinturón de Oro. Luego, seguimos estancados en la ignorancia del principio.

Los muchachos reflexionaban en silencio cuando sonó el teléfono.

Júpiter alzó el auricular, conectando el pequeño altavoz de radio que permitía a todos oír la conversación.

—¿Júpiter Jones? —preguntó una voz de mujer—. Llama Alfred Hitchcock.

—¡Quizá tenga un caso para nosotros! —gritó Bob.

El famoso director de cine había mostrado su interés hacia los Tres Investigadores, proporcionándoles varios casos fantásticos.

—¡Hola, Júpiter! —saludó el señor Hitchcock—. ¿Trabajas en algún caso particular ahora?

—No, señor —contestó Júpiter—. Bueno… quisimos ayudar a los del Museo Peterson en el caso del robo del Cinturón de Oro, pero nos contestaron que éramos demasiado jóvenes.

El señor Hitchcock se rió.

—Debieron permitir que probaseis. A juzgar por cuanto publica la prensa, no lo hubierais hecho peor que la policía; sin embargo, celebro vuestro desempleo pues deseo que ayudéis a una escritora amiga mía.

—Para nosotros será un placer, señor Hitchcock —aceptó Júpiter

—. ¿Qué problema tiene su amiga?

El señor Hitchcock tardó en responder, como si buscase los términos adecuados.

—No estoy seguro, muchacho. Empero, por teléfono me habló de unos gnomos que la están molestando.

—¿*Gnomos*, señor? —El tono de Júpiter fue desilusionado.

Pete y Bob, a la escucha, se quedaron igualmente perplejos.

—Eso es lo que ella dijo, muchacho. Gnomos. Gente bajita, pariente de los enanos, que llevan ropas de piel, viven bajo tierra y cavan en busca de tesoros.

—Sí, señor —admitió Júpiter—. Sabemos cómo son los gnomos… si es que existen. En realidad son seres mitológicos.

—Tal vez, salvo que mi amiga los considera reales. Se introducen en su casa de noche, y le cambian de lugar los cuadros y los libros. La tienen muy preocupada, y quiere que alguien le ayude a darles caza. Habló de ellos a la policía y la miraron con tanta suspicacia que ahora se niega a comentarlo si no es con personas de su absoluta confianza.

Siguió un breve silencio, como si el señor Hitchcock esperase una respuesta.

—¿Qué me dices, muchacho? ¿Podéis ayudarla? —inquirió.

—Lo intentaremos, señor —replicó Júpiter—. Por favor, díganos su nombre y dirección.

Escribió los datos que dictaba el productor de cine, y prometió informarle del progreso que obtuvieran tan pronto fuera posible. Luego de colgar, miró triunfalmente a Bob y Pete.

—Bueno, no habremos obtenido el caso del Cinturón de Oro —dijo—. Pero apuesto que somos los únicos investigadores a quienes se les ha ofrecido resolver un caso de gnomos.

Capítulo 4

Algo en la ventana

La amiga del señor Hitchcock, es decir, la señorita Agatha Agawam, vivía en la parte baja de Los Ángeles. Júpiter consiguió permiso de su tía Mathilda para que Hans, uno de los dos hermanos bávaros que trabajaban en Patio Salvaje, los llevara en el camión pequeño.

Tía Mathilda no se opuso, pues los chicos habían trabajado mucho y duro, en el patio últimamente. Les dio de comer, cosa que hacían donde se encontraran llegada la hora. Mientras ingerían los alimentos discutieron de nuevo el robo del museo.

Júpiter invitó a sus amigos a pensar en los actos sospechosos que hubieran observado.

—Vi a un *scout* melenudo —recordó Pete—. Parecía una peluca. ¿Y si ocultaba el Cinturón de Oro en ella?

Júpiter gruñó descontento. Bob dijo:

—Vi a un anciano que caminaba ayudado de un bastón. ¿Y si el bastón era hueco y llevaba dentro el Cinturón de Oro?

—¡No parecéis muy buenos auxiliares! —se lamentó Jupe—. ¡Pelucas y bastones! Semejantes artilugios habrían sido apropiados para las joyas Arco Iris, y no para un cinturón demasiado grande y pesado. ¡Pensad en otra cosa!

—No se me ocurre nada —confesó el segundo investigador—. Eso es todo.

—Lo mismo digo —admitió el tercero—. El acertijo del Cinturón de Oro es demasiado para mí. Hablemos de nuestro nuevo caso. Busqué algo sobre gnomos en la enciclopedia y…

—Dilo mientras viajamos en el camión —interrumpió Júpiter—. Hans nos aguarda.

Segundos después se amontonaban en el asiento delantero. Júpiter indicó la dirección al rubio Hans. Era de un distrito comercial de Los Ángeles, a varios kilómetros de distancia. El camión se puso en marcha.

—Ahora dinos qué sabes de los gnomos, Bob —sugirió Júpiter.

—Los gnomos pertenecen a una raza de seres pequeños que se supone habitan bajo tierra y guardan allí sus tesoros.

»El diccionario dice que por gnomos se conoce también a los enanos y duendes. Todos son seres pequeños que moran bajo tierra. La única diferencia radica en que los duendes son más feos y desagradables, y los enanos son hábiles forjadores que trabajan metales preciosos, transformándolos en bellas joyas para las reinas y princesas de los gnomos.

—Y que sólo existen en los cuentos de hadas —intervino Pete—. No son reales. Son imaginarios. Son mis… mit…

—Mitológicos —ayudó Júpiter—. Legendarios seres de fábula.

—Exactamente lo que yo iba a decir —remachó Pete, no sin cierto sarcasmo. Luego añadió—: Y bien, ¿qué fisgonean en la casa de la señorita Agawan esos gnomos mitológicos, imaginarios, irreales e imposibles?

—Eso trataremos de averiguar —contestó Júpiter.

—Hoy nadie cree en los gnomos —insistió Pete.

Hans echó su cuarto a espadas.

—Te equivocas, Pete. En la Selva Negra de Baviera hay muchos gnomos. Y también enanos y duendes. Nadie los ve, pero todo el mundo sabe de ellos.

—¿Veis? —dijo Júpiter—. Hans cree en los gnomos. También la señorita Agawam.

—Bueno, esto no es la Selva Negra —contestó Pete—. Estamos en Los Ángeles, California, Estados Unidos. Me gustaría saber a qué se debe la presencia de esos gnomos, en el supuesto de que existan.

—Quizá busquen oro —Bob se rió—. El oro fue descubierto en California en 1849. Tal vez se hayan enterado ahora y quieran su parte. Después de todo, ellos son los guardianes oficiales de las riquezas que hay bajo tierra.

—Sean gnomos o no, algo misterioso ocurre. Bien, creo que hemos arribado a puerto, y no tardaremos en disponer de los detalles precisos para la investigación.

Habían llegado a un barrio viejo y mísero de Los Ángeles. Hans aminoró la marcha, buscando el número de la casa. Se detuvieron delante de un gran edificio cerrado con tablones. Desde el exterior parecía más bien un castillo árabe, con torres y cúpulas, con grandes cantidades de pintura dorada, en su mayor parte deslucida o saltada. Un letrero a tono con el lugar, decía: «Teatro Moruno», y otro más nuevo anunciaba la próxima construcción de un edificio de doce pisos para oficinas.

Pasaron por delante de una alta cerca, detrás de la cual apenas pudieron apreciar un edificio oscuro y estrecho. El contiguo era un banco, de construcción arcaica, pero dotado de una fachada nueva que le imprimía visos de casa moderna.

En el próximo bloque hallaron un supermercado, seguido de una serie de inmundos establecimientos. Evidentemente, se trataba de un distrito comercial.

—Nos hemos pasado —advirtió Júpiter, leyendo el número cincelado en la piedra de la fachada del banco.

—Apuesto a que es detrás de la cerca —dijo Bob—. Es el único edificio con aspecto de residencia privada.

—Retroceda y aparque, Hans —ordenó Júpiter.

Hans, servicial, retrocedió unos metros, hasta situarse frente a la cerca. Detrás de ella vieron parte de una vieja casa que parecía ocultarse del laborioso mundo exterior.

Pete localizó un pequeño letrero sobre una verja de madera pintada de blanco.

—«A. Agawam» —leyó—. Aquí es; muy bien. Pero ¿cómo es posible que haya alguien a quien le guste vivir aquí? Me aguijonea la curiosidad. Apuesto que es oscuro y fantasmal, de noche.

Júpiter condujo hasta la verja de la cerca. Estaba cerrada con llave. Un cartel viejo y amarillo debajo de un cristal, decía: «Por favor, pulsen el timbre. Los gnomos, enanos y duendes, que silben».

—¡Gnomos, enanos y duendes, que silben! —exclamó Pete—. ¡Recastañas, Jupe! ¿Quieres decirme qué significa esto?

El primer investigador arrugó el entrecejo.

—Cualquiera diría que la señorita Agawam cree en esos seres de cuentos de hadas. Nosotros no somos gnomos, enanos ni duendes. Pero empezaremos averiguando qué pretenden con semejante invitación. Segundo, tú eres un buen silbador. ¡Lúcete!

Pete se mostró perplejo.

—¿Por qué hemos de hacer las cosas del modo más difícil? —Gruñó.

No obstante, imitó el canto del pájaro sinsonte.

Esperaron. Segundos después, saltaron llenos de sobresalto al oír una voz procedente de unos arbustos.

—¿Quién es?

Júpiter comprendió en seguida. Oculto entre los arbustos había un diminuto altavoz. A través de él, la dueña de la casa podía hablar con cualquiera situado en la verja, antes de franquearle el paso. Tales ingenios son comunes en casas de apartamentos, y había oído decir que se empleaban en las grandes torres. Entre los arbustos vio una pequeña casa de pájaros. Indudablemente, allí debía de estar el altavoz protegido de las inclemencias del tiempo.

—Buenas tardes, señorita Agawam —saludó cortés hacia aquella dirección—. Somos los Tres Investigadores. El señor Hitchcock nos envía para tratar su problema.

—¡Oh, gracias! Ahora mismo abro.

La señorita Agawam tenía la voz dulce y suave, como de pájaro.

Tras fuerte zumbido, el mecanismo de cierre de la puerta funcionó. Éste se accionaba desde el interior de la casa. La verja se abrió y los muchachos pasaron al jardín.

Durante largos segundos se mantuvieron quietos, dominados por la sensación de estar muy lejos de la ciudad. La cerca, más alta que ellos, ocultaba la calle. A un lado se elevaba la pared de granito del banco y al otro, el Teatro Moruno. Los dos edificios cerraban por completo la vieja torre, de tres pisos, muy estrecha. Su madera de pino gigante de California aparecía descarnada por la corrosión del tiempo y el sol. Un pequeño porche con varios tiestos llenos de flores era el único punto alegre que podían divisar.

Todos tuvieron el mismo pensamiento. Aquello recordaba la mansión vieja de un libro de cuentos. Era algo así como la morada de una bruja.

Pero la señorita Agatha Agawam, que abrió la puerta mientras ellos subían al porche, no era una bruja. Alta, delgada, ojos alegres y pelo blanco, tenía dulce la voz.

—Entrad, muchachos. Habéis sido muy amables al venir. Pasad a mi estudio.

Los condujo de un vestíbulo alargado hasta una sala grande, llena de estanterías rebosantes. Ellos vieron las paredes atestadas de pinturas y fotografías de niños.

—Ahora, muchachos —dijo la señorita Agawam, indicándoles tres sillas—, sentaos y dejad que os cuente por qué he recurrido a mi viejo amigo Alfred Hitchcock. Hace días que me molestan unos gnomos. Lo conté a la policía, pero me miraron de un modo que… bueno, nunca más hablaré de gnomos a la policía.

Bob soltó un inesperado chillido. Al sentarse, había mirado hacia la ventana, y observándole con ferocidad, vio a un pequeño ser de extraña apariencia, que lucía un gorro picudo, sucia barba de nieve y un pico sobre su hombro.



Capítulo 5

Un cuento de gnomos

—¡Un gnomo! —gritó Bob—. ¡Nos espía!

Antes de que los otros pudieran girarse, el hombrecillo había desaparecido.

—¡Se ha ido! —gritó Bob, poniéndose en pie de un salto—. Puede que aún esté en el jardín.

Corrió a la ventana, seguido de Pete y Jupe, enmarcada en un espacio oscuro entre dos estanterías. Intentó alzarla y halló que su mano resbalaba por un cristal. Aturdido, parpadeó.

—Es un espejo —habló Jupe—. Lo que viste fue en el espejo, Bob.

Éste se giró, desconcertado. La señorita Agawam se había puesto en pie, y caminaba en dirección opuesta.

—La ventana está aquí —dijo—. Se refleja en el espejo. Eso hace que la habitación parezca más grande.

Los chicos corrieron hacia la auténtica ventana. Júpiter se asomó al exterior.

—¡Nadie a la vista!

Pete se le unió.

—El jardín se ve totalmente vacío —dijo—. ¿Estás seguro de que viste algo, Bob?

Bob estudió el terreno bajo la ventana, el jardín solitario y la alta pared de ladrillo del teatro abandonado. Nada se movía. Ciertamente, no había ningún gnomo barbudo a la vista.

—Quizá se fue hacia una esquina —aventuró—. Estoy seguro de que lo vi. Tenemos que explorar el jardín. Con la puerta cerrada no puede irse.

—Me temo que no lo encontrarás, si era un gnomo —habló la señorita Agawam—. Tienen poderes mágicos.

—Pese a ello, investigaremos —respondió Júpiter—. ¿Hay una salida por atrás?

La señorita Agawam los acompañó hasta una puerta que daba a un oscuro porche. Los tres chicos salieron corriendo al jardín.

No había mucho que explorar. Sólo escasos arbustos y una alta valla de madera que lindaba con un callejón. No advirtieron agujeros en la valla, excepto una puerta de reja, cerrada con llave. Había otra salida de emergencia próxima al viejo Teatro Moruno. Su puerta de hierro aparecía sólidamente cerrada. La oxidación proclamaba los muchos años que llevaba sin abrirse.

—No se fue por aquí —contestó Pete.

Bob y Júpiter escudriñaron entre los arbustos. Luego estudiaron las ventanas superiores, todas cerradas y muy sucias. En la valla del lado frontal, en que daba a la calle, no vieron resquicio. Finalmente se convencieron de que no había sitio alguno por donde una pequeña figura con barba pudiera escabullirse.

¡La extraña criatura vista por Bob se había evaporado!

Pete se unió a ellos.

—Busquemos huellas —dijo Júpiter—. Tal vez encontremos algunas, debajo de la ventana.

Corrieron hacia donde se encontraba el estudio. Debajo de la ventana, la tierra dura y reseca no permitía que se grabasen huellas.

—No hay —contestó desilusionado Júpiter—. Sin embargo, aquí tenemos otro misterio.

—¿Qué misterio? —preguntó Bob.

Júpiter se agachó y recogió algo.

—¡Mirad esto! Un poco de tierra húmeda, tal vez desprendida de un zapato.

—¡O de cualquier tiesto de la señorita Agawam! —replicó Bob.

—Quizá —admitió Júpiter—. No obstante, mira la ventana. Se halla por encima de nuestras cabezas. ¿Estás seguro de que viste una figura muy bajita en la ventana, Bob?

—Un gnomo de menos de un metro de alto. Con gorro, larga y sucia barba y un pico diminuto. Lo vi de cintura a cabeza. Nos miraba como si estuviese muy enojado.

—¿Y cómo un gnomo de menos de un metro de alto puede

asomarse por una ventana que se halla a dos metros sobre el suelo? —preguntó Júpiter.

Pete halló una de sus simples soluciones.

—Una escalerilla es la explicación.

—Sí, una escalerilla plegable, que se baja automáticamente —remedó sarcástico el primer investigador—. Una escalerilla que uno se guarda en el bolsillo antes de penetrar en un agujero de la cuarta dimensión.

Pete se rascó la cabeza. Bob frunció el ceño.

—Los gnomos dominan el arte de la magia —dijo al fin Bob.

—Posiblemente no viste nada, Bob —sugirió Júpiter—. Posees una imaginación muy excitable.

—¡Lo vi! —afirmó Bob, acalorado—. ¡Vi sus ojos! ¡Eran ferozmente rojos!

—¡Un gnomo con feroces pupilas rojas! —gimió Pete—. ¡Oh, no!

—¿Y no admites la posibilidad de una mera impresión engañosa, Bob?

La duda prendió en su ánimo. En realidad, había sido una visión muy fugaz.

—Bien, no sé… quizá tengáis razón; aunque yo creí verlo. Claro que pensaba en el gnomo que había estudiado en la enciclopedia… y… bueno… probablemente fue mera figuración mía.

—Bien —dijo Júpiter—, si lo imaginaste, nunca lograremos encontrarlo. Y si realmente lo viste, consiguió hacerse invisible.

—Desde luego, es imposible salir del jardín —comentó Pete.

—Será mejor que regresemos a escuchar cuanto haya de contarnos la señorita Agawam —sugirió Júpiter.

Volvieron al porche principal, y la dueña de la casa abrió la puerta.

—¿No lo encontrasteis, verdad? —preguntó.

—No —dijo Bob—. Desapareció, pese a que no advertimos cómo pudo irse.

—Lo esperaba —comentó la señorita Agawam—. Así son los gnomos. Sin embargo, nunca se muestran a la luz del día. Bien, tomemos el té, y os contaré lo que ha venido sucediendo.

Se entretuvo en servir el té, contenido en una tetera de porcelana. Luego prosiguió:

—No dudo que sabréis resolver tan extraño misterio. Mi amigo

el señor Hitchcock me contó que habéis resuelto enigmas que parecían indescifrables.

—Hemos trabajado en casos interesantes —admitió Pete echando a su té mucho azúcar y crema—. Jupe es el más hábil para estas cosas, ¿no es cierto, Bob?

—Un ochenta por ciento del éxito —admitió Bob—. No obstante, nosotros le ayudamos, ¿verdad, Jupe?

Éste, que miraba de reojo los titulares de un periódico sobre un diván, exclamó sobresaltado:

—¿Qué?

Bob repitió la pregunta.

—Sí, formamos equipo —dijo el primer investigador a la señorita Agawam—. Yo solo, nunca hubiera conseguido nada positivo.

—Te habías ensimismado en la lectura del extraño asunto ocurrido ayer en el museo —comentó la señorita Agawam, ofreciéndole pastelitos—. ¡Cielos! El mundo está lleno de misterios, ¿verdad?

Júpiter masticó lentamente antes de responder:

—Estábamos en el museo cuando robaron el Cinturón de Oro. En realidad el suceso nos tiene aturdidos. Ofrecimos nuestra colaboración, pero el encargado de la seguridad de las joyas nos consideró demasiado jóvenes.

—¡Nos mandó a casa! —exclamó indignado Pete.

—Estoy segura de que se equivocó —dijo la señorita Agawam—. Empero, sintiéndome muy egoísta, celebro que no estéis ocupados en resolver este misterio. Bien, antes de que empecemos a tratar mi problema, gocemos del té. No me gusta hablar de algo grave cuando se come.

Les llenó otra vez la taza y pasó la bandeja de pastelillos. Bob y Pete hubieran preferido otra bebida, si bien el té era bueno, con abundante crema y azúcar. Los pastelillos estaban deliciosos.

—¡Oh, cielos! Esto me recuerda mis jóvenes tiempos —exclamó la señorita Agawam mientras comían—. Entonces no pasaba una sola semana sin que diera un té para mis gnomos, enanos y duendes particulares.

—¿Se refiere a que invitaba a los niños del vecindario a tomar el té? ¿Los llamaba usted gnomos y duendes?

—Así es —admitió radiante la señorita Agawam—. Eres inteligente. Pero ¿cómo lo adivinaste?

—Mera deducción —Júpiter señaló las fotografías expuestas en la pared—. Tiene muchas fotografías de niños vestidos a la usanza de años pasados. La mayoría están dedicadas. Dicen: «Con cariño, a la señorita Agawam», o dedicatorias parecidas.

»También hay un estante repleto de libros junto a la puerta. Son libros escritos por usted. El señor Hitchcock nos dijo que es escritora. He observado varios títulos como “*Las Felices Vacaciones de los Gnomos*” y “*Los Siete Gnomos*”. Eso demuestra que le gustaba escribir de seres imaginarios. Tal vez por eso llamaba en broma a sus amiguitos gnomos, enanos y duendes.

Pete y Bob miraron boquiabiertos a Júpiter. Ellos habían contemplado también las fotografías y libros, pero no les prestaron mucha atención.

La señorita Agawam palmoteo gozosa.

—¡Excelente! Eres muy deductivo. Sólo te equivocas en una cosa. Los gnomos no son imaginarios, sino seres auténticos. ¡Estoy segura de ello!

»Verás, de niña, mi padre, que gozaba de buena posición, me puso una institutriz bávara, que se sabía todas las maravillosas historias de gnomos, y demás seres diminutos que viven en la Selva Negra. Más tarde, cuando empecé a escribir cuentos, narré los que ella me contara. Me regaló un gran libro que se trajo de Baviera, y aunque está en alemán, es fácil comprenderlo por sus dibujos.

Se puso en pie y se dirigió al estante, donde cogió un viejo libro encuadernado en tela.

—Este libro fue impreso en Alemania unos cien años atrás —explicó ella, girando las tiesas páginas mientras los chicos la rodeaban—. Fue escrito por un hombre que vivió durante meses en la Selva Negra. Dibujó gnomos, enanos y duendes para ilustrarlo. Mirad este dibujo.

Les mostró uno que ocupaba toda una página. Era un hombrecillo aterrador con un gorro de piel picudo.

—¡Es el mismo que vi en la ventana! —comentó Bob.

—El escritor lo llama «El Malvado Gnomo Rey» —siguió ella—. Algunos gnomos son malvados y perversos, y otros no. Los malvados, según el autor del libro, tienen fieras pupilas rojas.

—¡Caracoles! —exclamó ahogadamente Bob, recordando la fugaz visión de las rojas pupilas del gnomo de la ventana.

La señorita Agawam giró unas páginas más y señaló otros gnomos que vestían igual, pero de aspecto menos perverso que el rey.

—Estos gnomos son iguales a los que veo de cuando en cuando —dijo cerrando el libro—. Por ello sé que son reales y no ficción. Ahora os diré lo que sucedió. Empero, antes os hablaré de la época en que yo era una renombrada escritora de libros infantiles.

La mujer suspiró entristecida, como si recordase los felices años de su pasado. Luego de breve silencio, dijo:

—Después de fallecer mis padres, mis cuentos adquirieron gran popularidad y gané mucho dinero. ¡Claro que de eso hace muchos años! Fue antes de que nacierais vosotros. Entonces los niños venían a pedirme que les firmara ejemplares de mis cuentos. Me gustan mucho los niños. Quizá por eso, todos los de esta vecindad eran amigos míos.

»Poco a poco, las viejas casas y lindos árboles fueron demolidos, y aparecieron tiendas en su lugar. Mis viejos amigos, los niños, crecieron y se mudaron de lugar. Muchos de ellos me invitaron a vender esto e irme a un nuevo distrito, pero yo no quise. Siempre he vivido aquí, y pese a la tremenda mutación habida, amo cuanto me rodea. ¿Comprendéis por qué no deseo abandonar mi viejo hogar? —preguntó.

Ellos asintieron.

—El progreso nunca se detiene —suspiró la señorita Agawam—. Hace unos años un teatro, donde también se proyectaban películas, contiguo a mi casa, tuvo que cerrar. Hoy quedan escasas personas a quienes pueda visitar. Un día se me ocurrió la idea de invitar a mis gnomos, enanos y duendes que silbasen al pasar, para no sentirme tan sola. Y ¿sabéis? De cuando en cuando alguno viene a visitarme. Pero ¡cielos!, ¡han crecido tanto!, incluso tienen hijos y ¡hasta nietos!

La buena mujer volvió a sumirse en pensamientos tristes y gratos a la vez. Los Tres Investigadores respetaron su mutismo, pues comprendían los sentimientos de la escritora. Al fin siguió ella:

—Quizá debiera de mudarme. El señor Jordan, que va a derrumbar el teatro y construir un edificio para oficinas, quiere esta

casa para hacer mayor su edificio. Pero ¡caramba!, nací aquí, y estoy decidida a quedarme, pese a los mastodontes que construyen a mi alrededor.

Ahora se mostraba terca y decidida. Los chicos se la imaginaron dispuesta a desafiar toda presión conducente a que vendiera su casa.

Ella se sirvió una última taza de té.

—Bien, ya he hablado suficiente del pasado. Ahora hagámoslo de la actualidad. Después de tanto escribir sobre gnomos, nunca hubiera creído en la posibilidad de verlos. Ha sucedido. Y precisamente hace unas cuantas noches.

—Por favor, háblenos de ellos —pidió Júpiter—. Bob, toma nota.

El tercer investigador preparó su libreta de apuntes. Era experto en taquimecanografía, pues soñaba en ser periodista, como su padre.

—Suelo gozar de un sueño profundo —dijo la señorita Agawam —. No obstante, días pasados me desperté a medianoche y escuché un sonido extraño. Era como si alguien picase la tierra.

—¿A medianoche? —preguntó Júpiter.

—Exacto. Al principio no estuve muy segura. Nadie cava de noche. Nadie excepto…

—¡Los gnomos! —Pete acabó la frase por ella.

—Sí, los gnomos. Pues bien, me levanté y me acerqué a la ventana. En el jardín había cuatro figuras diminutas que jugaban. Hombrecillos en trajes que parecían de piel, jugaban al salto de la rana. La visión no era muy clara. Pero abrí la ventana y los llamé. ¡Entonces desaparecieron!

Miró a los Tres Investigadores, frunciendo el ceño, antes de continuar:

—Segura de que no se trataba de un sueño, al día siguiente se lo conté al oficial de policía, señor Horowitz. ¡Nunca imaginaréis la mirada que me dio!

Sus ojos azules brillaron indignados.

—Me recomendó que me cuidara mucho y que me fuera pronto de vacaciones. Juré entonces no decir nunca más nada relacionado con gnomos a la policía.

La señorita Agawam se rió de su propio recuerdo.

—El señor Horowitz consiguió exacerbar mi orgullo, y aun cuando en las dos noches siguientes volví a oírlos, me dije a mí misma que se trataba de meras figuraciones. Pero llegada la tercera noche comprendí que, realmente, la presencia de los gnomos era un hecho irrefutable.

»Entonces llamé por teléfono a mi sobrino Roger, que vive en un apartamento a varios kilómetros de aquí. Es soltero y también mi único pariente. Le rogué que acudiera en seguida, y aceptó venir en el acto.

»Entretanto, decidí bajar al sótano, pues los ruidos procedían de allí. Me deslicé por la escalera sin hacer ruido ni encender luces. A medida que bajaba, el ruido se intensificaba. Cuando encendí la linterna… ¿qué diréis que vi?

Los chicos gritaron a la vez.

—¿Qué?

—¡Nada! No vi nada.

Bob dejó escapar un suspiro desilusionado. Esperaba que ella hubiera visto algo, si bien no tenía idea de qué podía hallar en el sótano.

—No —continuó la señorita Agawam—. No vi nada. Decidí regresar a la primera planta, y, al volverme, entonces sí que mis ojos captaron la presencia de un pequeño ser de menos de un metro de alto. Llevaba un gorro en forma de pico, chaqueta y pantalones de piel y zapatos que terminaban en punta. Su barba era de un blanco sucio, y en una mano sostenía un pico. En la otra aguantaba una vela, a cuyo resplandor advertí que me miraba furioso. Sus rojas pupilas mostraban fiereza.

—¡Como el que sorprendí mirándonos por la ventana! —exclamó Bob.

—Sí, era un gnomo —dijo la señorita Agawam.

Júpiter se presionaba el labio perplejo.

—¿Qué sucedió entonces? —preguntó.

La mano de la señorita Agawam tembló al beber de su té.

—El gnomo se burló de mí. Alzó el pico amenazador y sopló la vela. Luego la puerta del sótano se cerró de golpe a mis espaldas. Cuando recuperé el valor suficiente para ascender la escalera y empujar la puerta, hallé que estaba cerrada.

Los tres amigos miraban con los ojos redondos. De repente, en

un lugar de la habitación, se produjo un tremendo estrépito. Todos, incluso la señorita Agawam, se sobresaltaron.

Capítulo 6

Extraña conversación

—¡Cielos! —exclamó entrecortadamente la anciana—. ¿Qué fue eso?

Pero fue ella misma quien contestó su pregunta.

—¡Uno de mis cuadros acaba de caerse de la pared!

Los tres chicos corrieron hacia una gran pintura de marco dorado, caída en el suelo. Al enderezarlo Pete y Júpiter, vieron que era un bello retrato de la señorita Agawam, pintado en sus años juveniles.

—Es obra del artista que ilustró mis cuentos —explicó ella.

En el lienzo aparecía sentada sobre la hierba leyendo un libro rodeada de extrañas criaturas, probablemente gnomos y duendes.

Evidentemente, el alambre que suspendía el cuadro se había roto. Júpiter examinó los extremos y, luego, dijo solemne:

—Este alambre pudo romperse solo, señorita Agawam. Sospecho que fue limado con el propósito de que cediese más pronto o más tarde.

—¡Oh, cielos! —La señorita Agawam se llevó el pañuelo a la cara—. ¡Es obra de los gnomos! ¡Ellos lo han hecho! La otra noche… bueno, aún no he llegado a eso.

—Será fácil unir el alambre —comentó Júpiter—, y colgar de nuevo el cuadro. Explíquenos eso, mientras lo arreglamos.

Cuidadosamente alzaron el cuadro, y Pete, habilidoso, recompuso el alambre roto.

Bob tomaba notas mientras la señorita Agawam narraba su historia. De hecho, permaneció escaso tiempo encerrada en el sótano. Cuando oyó a su sobrino, golpeó la puerta y gritó, y éste la

liberó. Sin embargo, al contarle lo sucedido, puso cara de incrédulo. Indudablemente, pensó que su tía se había levantado impulsada por una pesadilla y que todo era un mal sueño.

—Discúlpenos un momento, señorita Agawam —rogó Júpiter—. Colgaremos de nuevo el cuadro.

Pete se subió a una silla, y Júpiter alzó el lienzo. El tercer investigador vio que, repentinamente, las pupilas de su jefe brillaban de excitación. Tal síntoma le resultaba conocido. ¡Jupe acababa de tener una idea!

—¿Qué pasa? —preguntó en un susurro al primer investigador, mientras Pete se bajaba de la silla.

Jupe mostrábase visiblemente satisfecho consigo mismo.

—¡Creo haber resuelto el misterio del Cinturón de Oro! —contestó.

—¡Repámpanos!, ¿cuál es la respuesta? —Bob tuvo que contenerse para no gritar—. ¿Cómo lograste saberlo, y precisamente aquí?

—Una pista es una pista dondequiera que la encuentras —musitó su amigo y jefe—. Hablaremos de ello más tarde. Ahora estamos obligados a prestar nuestra ayuda a la señorita Agawam.

Bob suspiró. Sabía que Jupe no diría una palabra mientras no fuera llegado el momento ideal. Intentó imaginarse qué pista había descubierto, pero desistió de su empeño. Era menos fatigoso concentrar toda la atención en la anciana, que reanudó su historia.

—Roger quiso que me fuera a su apartamento, y yo no accedí. No obstante, me acompañó un rato antes de retirarse. En ese tiempo, no oímos ni sucedió nada.

»Bien, aquella noche no se dieron más irregularidades, pero en la siguiente, volvieron los ruidos sospechosos. Estuve tentada de llamar otra vez a mi sobrino, empero su actitud la noche anterior, al considerarme presa de un mal sueño, me hizo desistir.

»Tan pronto capté los ruidos, me deslicé escalera abajo, adoptando la máxima cautela. Entonces escuché cómo se cerraba la puerta de atrás. Aquí, en la biblioteca, hallé varios cuadros descolgados, y en el suelo mis libros, antes bien ordenados en los estantes. Algunas de sus páginas habían sido arrancadas, como si los gnomos quisieran mostrarse desagradables y malos. Quizás entonces debilitaron el alambre de mi retrato.

»Todo eso me afectó mucho, y a la mañana siguiente llamé a Roger, que vino a verme. Tampoco me creyó que los gnomos hubieran hecho aquel estropicio. Muy amable y cariñoso, vino a suponer que lo había hecho yo misma, y que debiera de ir a alguna parte a descansar. ¡Casi lo saqué de la casa! ¡Yo sé que realmente sucedió! ¡Ni soy sonámbula, ni tengo delirios cuando duermo!

»Sin embargo, ¿qué significa todo esto? —preguntó retorciéndose las manos—. ¡Es tan misterioso! No lo comprendo.

Pete y Bob, observando a la anciana, encontraron difícil no creer cuanto había dicho. Empero, su historia parecía demasiado fantástica para ser cierta.

—Bien —comentó Júpiter, que, evidentemente, se hallaba tan perplejo como sus dos camaradas—. Todo cuanto necesitamos son pruebas de que los gnomos existen, y que causan problemas a usted, señorita Agawam.

—¡Sí, naturalmente! —Palmoteo ella gozosa. Así sabremos el porqué de su presencia aquí.

—Deberemos tender una trampa —anunció Jupe.

—¿Qué clase de trampa? —inquirió Pete.

—Una trampa sencilla. De momento, uno de nosotros deberá pasar la noche aquí para intentar cazar a uno de esos gnomos.

—¿Cuál de nosotros?

—Tú mismo, Pete.

—¡Eh, un momento! A mí no me seduce convertirme en carnaza de gnomos. Esa clase de trabajo no me va. Ciertamente que no creo en ellos, pero tampoco me hace gracia la posibilidad de un encuentro.

—Tiene que ser alguien fuerte, ágil y valeroso —respondió Júpiter—. Me considero fuerte y valeroso, pero no ágil. En cuanto a Bob, sin duda es ágil, sobre todo ahora que le han quitado la abrazadera de la pierna —se refería a un aparato ortopédico que había llevado unos años debido a una peligrosa caída en la montaña — y él tiene el valor de un león, pero no es tan fuerte como nosotros.

»Pete, ¡el único fuerte, rápido y valeroso de entre nosotros, eres tú!

El segundo investigador tragó saliva. Ahora bien, ¿qué hace uno cuando se le dice que es valeroso, aunque personalmente lo ponga

en duda?

—¿Y por qué no nos quedamos todos? —preguntó—. Tres cabezas son mejores que una. Podemos turnarnos en la vigilancia.

—Sabes que esta noche voy con mis padres a visitar a una tía mía —saltó Bob—. Eso me deja fuera.

—Tú no tienes excusa, Jupe —se apresuró a decir Pete—. Mañana es domingo, y, por lo tanto, el Patio Salvaje no abrirá. ¿Por qué no te quedas?

Júpiter se presionó el labio.

—Conforme —aceptó—. Es indudable que dos, afrontarán siempre mejor cualquier situación que uno. ¿Tiene alguna objeción, señorita Agawam, a que Pete y yo nos quedemos esta noche aquí?

—¡Claro que no! —respondió encantada—. Me agrada la idea. Dispongo de una habitación en lo alto de la escalera. Espero que no os importe dormir allí. Bueno, yo confío en que no correréis ningún peligro.

—Los gnomos se abstuvieron de hacerle daño, señorita Agawam —la tranquilizó Júpiter—. No creo que entre en sus planes perjudicar a nadie. De todos modos, necesitamos capturar uno, si ello es posible, para averiguar qué ocurre. Esta noche, después de oscurecido, regresaremos para hacerle compañía. Procuraremos deslizamos de modo que pasemos inadvertidos, y nadie sepa que hay refuerzos.

—¡Estupendo! —Aplaudió la anciana—. Cuando lleguéis, presionad el timbre y os abriré desde aquí.

Una vez en la calle, Pete inquirió:

—Jupe, ¿son figuraciones de ella? ¡Me gustaría saberlo!

—Lo ignoro —contestó Júpiter, pensativo—. Podría ser. Pero no actúa como una persona cargada de rarezas. Quizá sea cierto que ha visto a gnomos.

Pete se rió.

—¡Nadie cree ya en gnomos!

—Algunas personas sí —contradijo Júpiter—. Sucede lo mismo respecto a los fantasmas.

—Hace unos años, en 1938 —intervino Bob—, unos científicos descubrieron un extraño pez que se suponía extinguido desde hace un millón de años. Se llama celacanto. Ahora los científicos saben que hay miles, quizá millones de ellos en los mares.

»Pues bien —siguió Bob acalorado—. Imaginad que existe una raza de gente diminuta llamada gnomos, duendes o enanos. Imaginad que mucho tiempo atrás tuvieran que ocultarse bajo tierra porque otros más grandes intentaran comérselos. Luego pueden existir como el celacanto, sólo que nadie ha cazado ninguno, hasta ahora.

—Excelente —dijo Júpiter—. Un buen investigador debe tener en cuenta toda posibilidad. Esta noche estaremos preparados para cualquier cosa.

Pete sintióse inquieto al advertir que Jupe observaba fijamente la calle.

—Vámonos —apremió—. Subamos al camión y regresemos a casa. Es hora de comer y estoy hambriento.

—Antes investigaremos los alrededores —contestó Júpiter—. Quiero ver las vallas por su cara exterior.

—¿Intentas comprobar si hay algún sitio por donde pueda salir un gnomo?

—Acertaste. Una inspección más severa puede revelarnos cosas que antes nos pasaron inadvertidas.

Se encaminaron hacia el viejo tejado. Pete seguía gruñendo que estaba hambriento.

Las puertas del edificio se hallaban reforzadas y cubiertas de viejos anuncios. Dieron la vuelta a la esquina y siguieron adelante hasta desembocar en una callejuela.

—Esa calleja pasa por detrás de la casa de la señorita Agawam —dijo Júpiter—. Vamos a inspeccionar la valla.

Unos metros más adelante vieron una puerta de hierro en la parte trasera del viejo teatro. Descoloridas letras decían: «Escenario». La hallaron algo entreabierta e, inesperadamente, oyeron rumor de voces en el interior.

—¡Qué raro! —exclamó Júpiter—. Los letreros de la fachada principal dicen «Cerrado» y «Prohibido el paso».

—¿Quién estará ahí dentro? —Pete empezó a interesarse—. ¡Seguro que será muy tenebroso!

Júpiter se sentó en el peldaño de piedra exterior, y empezó a atar y desatar los cordones de sus zapatos, intentando oír lo que se decía. Pero sólo percibió el rumor de las voces de dos hombres.

—Escuchad… —empezó Pete.

—¡Chist! —ordenó Júpiter, tenso—. Acabo de oír que se referían al Cinturón de Oro.

—¡El Cinturón de Oro! ¡Repámpanos! —susurró Bob—. ¿Imaginas acaso que…?

—¡Silencio! —exigió Júpiter, que escuchaba muy atento—. Ahora he oído la palabra «museo».

—¡Sopla! Puede que hayamos descubierto el escondite de los ladrones —dijo Pete, cuyos ojos reflejaban sorpresa.

—¡Hemos de saber algo más, antes de llamar a la policía! —murmuró Júpiter.

Los muchachos se pegaron a la puerta. Con toda claridad oyeron la palabra «museo» que era repetida. La puerta se abrió de golpe y los tres cayeron cuan largos eran en el interior.

Cuando intentaron ponerse en pie, grandes manos los sujetaron por el cuello, y una voz estridente resonó en sus oídos.

—¡Allanadores! ¡Señor Jordan, llame a la policía! He sorprendido a unos chicos aquí dentro.


STAGE
DOOR

Capítulo 7

En el interior del teatro

Un hombre de naturaleza robusta, oscuras cejas y feroz expresión, sujetaba a Pete y Bob.

—¡Os he pillado! —Gruñó—. ¡No intentéis escapar! Señor Jordan, hay otro. ¡Agárrelo!

—¡Corre, Jupe! —jadeó Pete—. ¡Ve en busca de Hans!

Júpiter, no obstante, se quedó donde estaba.

—Comete usted un error —dijo, empleando su voz de adulto—. Al oír voces en el interior de un lugar que se supone vacío, sospechamos que había allanadores dentro, e intentábamos asegurarnos, antes de avisar a las autoridades.

—¿Cómo? —El hombre lo miró con la boca abierta—. ¿Qué dices?

Júpiter solía emplear aquel tono de voz siempre que se proponía sorprender a los mayores. Un segundo hombre apareció detrás del primero. Era más joven, delgado y de pelo claro.

—Calma, Rawley —recomendó divertido—. Los chicos, al oírnos, se creyeron que éramos nosotros los allanadores. Intentaban comprobarlo antes de avisar a la policía.

—Si es eso lo que quería decir, ¿por qué no lo dijo? —exigió Rawley—. ¡Odio a los chicos elegantes que hablan como diccionarios!

—Soy Frank Jordan, propietario del teatro —dijo el otro—. Lo compré para destruirlo y construir un edificio de nueva planta. Vine a ver a Rawley, mi vigilante nocturno. ¿Por qué os pareció que nuestra conversación era peligrosa?

—Sabíamos que el edificio estaba cerrado… —empezó a decir

Júpiter.

Pete, indignado por el modo como había sido agarrado, estalló:

—¡Oímos que hablaban del Cinturón de Oro! ¡Por eso sospechamos! Especialmente cuando mencionaron el museo.

El rostro de Rawley se ensombreció.

—Señor Jordan. Estos chicos son unos jamelgos portadores de embrollos. ¡Llamemos a la policía!

—El jefe soy yo, Rawley —dijo el señor Jordan, que no obstante, parecía confuso ante lo dicho por Pete. Dirigiéndose a éste, añadió—: No recuerdo haber mencionado ningún Cinturón de Oro, muchacho.

De pronto, su rostro se distendió al sonreírse.

—¡Ah! Comprendo. Sí, ahora que recuerdo. Antes dije que voy a derruir este viejo teatro. Pues bien, comentaba con Rawley que el interior está lleno de «cenefas de oro», y que parece un museo. Le decía que me desagrada tener que demolerlo. Comprenderás que cenefas de oro y Cinturón de Oro se parecen. Me temo que habéis leído demasiado sobre robos en museos.

Se rió Rawley; no obstante, aún seguía mostrándose amenazador.

—Poseen demasiada imaginación —masculló.

—Por suerte, usted carece de ella —replicó el señor Jordan—. A usted no le preocupan los misteriosos ruidos que hicieron huir anoche a mis dos vigilantes.

—¿Ruidos misteriosos? —preguntó Júpiter, repentinamente interesado—. ¿Qué clase de ruidos?

—Golpes y gemidos apagados —dijo el señor Jordan—. Pero tienen explicación lógica. Es tan enorme y oscuro por dentro este local, que impone. Cuando se daban funciones, era muy bello, pero no ahora. Tal vez querrás ver las cenefas de oro de que os hablé.

Los muchachos aceptaron.

—Encienda las luces altas, Rawley —ordenó el señor Jordan.

Luego acompañó a los Tres Investigadores hasta un estrecho y oscuro recibidor iluminado por una sola bombilla. Cuanto más avanzaban, más se intensificaba la oscuridad. Algo pasó por el rostro de Bob, que gritó:

—¡Un murciélago!

—Eso temo —dijo el señor Jordan—. El teatro lleva mucho

tiempo vacío y ahora alberga infinidad de murciélagos y ratas enormes.

Bob se atragantó. El batir de alas sobre su cabeza lo mantuvo silencioso. Extraños crujidos acompañados de leves gemidos pusieron un escalofriante cosquilleo en su espina dorsal.

—Los ruidos —explicó el señor Jordan— son producidos por las viejas cuerdas y poleas que hay en el escenario. Además de teatro y cine, también se usaba como circo. Parece que al fin Rawley ha encontrado el interruptor.

Una amortiguada luz alivió la oscuridad en el preciso momento en que los chicos alcanzaban el escenario del teatro. Desde allí observaron centenares de asientos vacíos. Delante de ellos un enorme candelabro de cristal coloreado de verde, rojo, amarillo y azul, brillaba tenuemente a causa del polvo acumulado.

Grandes cortinajes rojos y cenefas doradas enmarcaban las ventanas laterales. Las paredes aparecían profusamente decoradas con escenas de cristianos y moros que luchaban embutidos en armaduras doradas. Como dijera el señor Jordan, abundaban los dorados y el teatro parecía un museo.

—Lo construyeron en 1920 —dijo el dueño—. En aquel tiempo la gente creía que un teatro había de parecerse a un palacio o castillo. Éste recuerda una mezquita moruna. Observad las extrañas escaleras y minaretes del tejado. ¡Ah, cómo cambian los tiempos!

Se giró, para llevarles de nuevo al callejón. Una forma grisácea pasó por el escenario en sombras.

—Una de nuestras ratas residentes —informó el señor Jordan—. Han disfrutado este lugar durante años. Ahora les disgusta ser desahuciadas. Bien, chicos, ya sabéis cómo es el Teatro Moruno. Podréis venir a contemplar su demolición dentro de unas semanas.

Los acompañó hasta el callejón, y luego cerró la puerta. Los muchachos oyeron el chirriar de la llave.

—¡La repanocha! —comentó Pete—. ¡Murciélagos y ratas! No me extraña que los vigilantes nocturnos huyeran.

—Y tampoco me extrañaría a mí que fueran los causantes de los misteriosos golpes y gemidos —apuntó Jupe—. Cuando oí lo del Cinturón de Oro, estuve seguro de que habíamos encontrado una importante pista del caso del museo. No obstante, la explicación del señor Jordan es muy lógica y bastante creíble.

—Habría sido estupendo descubrir a los ladrones del museo después de que rechazaran nuestra oferta de ayuda —suspiró Pete—. Claro que eso sería demasiada suerte.

—Temo que sí —convino Júpiter—. Bien, no olvidemos que nuestra misión es proteger a la señorita Agawam. Vamos, acabaremos de inspeccionar el callejón.

Caminaron juntos a la valla, comprobaron el estado de los tablones. Todos eran, gruesos y aparecían sólidamente sujetos. Hallaron la puerta muy bien cerrada.

—Nadie pudo entrar ni salir por aquí —observó Júpiter, presionándose el labio—. Y eso, acrece mi curiosidad.

—Me siento más hambriento que curioso —objetó Pete—. ¡Vayámonos de una vez a casa!

—Sí, aquí no hay nada más que podamos hacer —concedió Jupe.

Hallaron a Hans que leía pacientemente un periódico. Mientras el camión avanzaba entre el tráfico de la ciudad, Bob quiso formular una pregunta sobre la cosa que facilitó una pista al primer investigador en casa de la señorita Agawam, y relativa al misterio del Cinturón de Oro. Pero Jupe tenía «mirada pensativa», y no era momento de interrumpirlo.

Capítulo 8

Un visitante insólito

Cuando el camión llegó al Patio Salvaje de los Jones, Pete saltó a tierra.

—Tengo que irme a casa —dijo—. Olvidé que hoy celebramos el cumpleaños de papá. Mi madre hizo una comida especial. Regresaré en cuanto pueda.

—Procura estar aquí a las ocho —apremió Júpiter—. Y recuerda pedir permiso para quedarte a dormir conmigo en casa de una amistad del señor Hitchcock. Di que regresaremos por la mañana.

—Conforme.

Pete montó en su bicicleta y se alejó.

Mientras Bob y Júpiter bajaban del vehículo, tía Mathilda salió de la caseta, que servía de oficina.

—¡Tienes una visita, Jupe! Hace media hora que aguarda.

—¿Una visita? —repitió Jupe sorprendido—. ¿Quién es?

—Un chico japonés llamado Taro Togati. Pero habla bien el inglés. Me ha contado cómo se cultivan las perlas. Usan ostras especiales, o algo así.

La buena mujer se rió abiertamente. Era alegre y de buen carácter y mostraba especial predilección por ver trabajar de firme a Júpiter y sus amigos.

—Voy en seguida, tía Mathilda. ¿Me das permiso para dormir con Pete en casa de una amiga del señor Hitchcock? Es una escritora que oye ruidos extraños durante la noche.

—¿Ruidos extraños? Bueno… quizá se sienta mejor con dos chicos fuertes en la casa —volvió a reírse—. Bien, Júpiter, que Hans te lleve y también que te recoja por la mañana —luego se volvió

hacia la puerta, y en tono de voz más elevado, dijo—: ¡Júpiter y Bob están aquí, Taro! —Y de nuevo a los chicos—: Dentro de media hora, la cena.

Tía Mathilda se encaminó a la casa.

Un chico no más grueso que Bob, que vestía pulcramente un traje azul marino y corbata, salió de la oficina. Usaba lentes con montura de oro y tenía el cabello peinado hacia delante.

—Me siento feliz de conocerte, Júpiter-san —saludó con ligero acento extraño—. Y también a Bob-san. Soy Taro, humilde hijo de Saito Togati, detective jefe de la Compañía Nagasami.

—¿Cómo estás, Taro? —preguntó Júpiter, estrechando su mano —. Conocimos a tu padre ayer.

Taro mostróse compungido. De un bolsillo sacó una tarjeta algo arrugada.

—Sí, lo sé —dijo—. Temo que mi honorable padre fue rudo con vosotros. Disculpadlo, pues se halla muy abatido y alterado. Encontré vuestra tarjeta de negocios y por ella supe vuestros nombres. Vi cómo ayudabais a la gente, y se lo dije a mi padre. Me pidió que viniera a daros las gracias y a presentaros sus excusas.

—Ya está bien, Taro —intervino Bob—. Comprendemos y disculpamos su estado de ánimo. Además, es cierto que somos demasiado jóvenes para descubrir a ladrones de joyas. Claro que nuestra juventud no es obstáculo para que nos hayamos hecho cargo de un asunto de gnomos misteriosos.

—¿Gnomos? —Los ojos de Taro Togati se abrieron como platos —. ¡Oh, ya sé a qué te refieres! La gente menuda que horada la tierra en busca de tesoros ocultos. Nunca los he visto, pero en el Japón se cuentan muchas leyendas de ellos. Son muy peligrosos.

—A nosotros nos gustaría coger uno —dijo Júpiter—. Así sabríamos con seguridad que existen, como dicen las leyendas.

Mientras charlaba, el primer investigador dispuso unas sillas de hierro, y los tres chicos se acomodaron.

—Dime, Taro —preguntó Júpiter, con reprimida ansiedad—. ¿Ha recuperado ya tu padre el Cinturón de Oro?

—¡Qué más quisiera, Júpiter-san! —suspiró Taro Togati—. Ni mi padre, ni la policía han conseguido el cinturón, ni dar caza a los

ladrones. No hay… ¿cuál es la palabra? ¡No hay pistas! Robaron el Cinturón de Oro bajo sus propias narices, y si no lo recupera tendrá que renunciar a su puesto.

—Eso es duro, Taro —se condolió Bob.

Júpiter se presionaba el labio, señal inequívoca de su esfuerzo mental.

—Dime lo que sepas, Taro —invitó.

Taro habló del interrogatorio policial a todos los sospechosos. La verdad era que aún no habían establecido cómo lograron robar el Cinturón de Oro. No obstante, se suponía que los ladrones prefirieron el célebre cinturón porque se encontraba en una vitrina lateral, mientras que las joyas Arco Iris se hallaban en el centro, y éstas serían rodeadas a la primera alarma. Naturalmente, era menos valioso que las joyas Arco Iris, y mucho más difícil de sacar del museo, pero también más fácil robarlo.

Taro terminó su informe con estas palabras:

—Quiénes son los ladrones, o cómo lograron sacar el cinturón del museo, nadie lo sabe.

—¡Los guardianes! —saltó Bob—. Uno de ellos pudo ser el ladrón. Imagina que se lo introdujera por la pernera, sujeto con su propio cinturón.

—Los vigilantes fueron especialmente contratados —aclaró Taro —. No obstante, mi padre los ha interrogado. Claro que uno de ellos pudo engañarlo. Se lo diré luego.

—¿Y el señor Frank, el actor? —preguntó Júpiter—. ¿Aquel que dejó caer la piedra de imitación?

Según Taro, al principio la policía lo creyó involucrado en el robo. Empero, la historia del actor fue muy simple. Una mujer lo había contratado por teléfono para que apareciera en el museo y, exactamente al mediodía, dejase caer una gran piedra de imitación y se mostrase culpable. Semejante participación sería a título de publicidad.

Todo Hollywood está familiarizado con las extravagancias de los artistas, que aceptan como algo normal. La mujer había prometido al señor Frank que si su nombre salía en la prensa conseguiría un importante papel en la película que iba a rodarse, llamada «El gran robo del museo».

El señor Frank aceptó. La falsa piedra y un billete de cincuenta

dólares se lo enviaron por correo, y él cumplió su parte. Era evidente, dijo Taro, que los ladrones se valieron del señor Frank para provocar una distracción en el momento de realizar el robo.

Jupe se mostraba torpe, como siempre que guardaba en secreto una buena idea.

—Lo supuse —asintió con la cabeza—. Y, claro está, la policía y tu padre habrán llegado a la conclusión de que los ladrones eligieron el día dedicado a los niños por ser el más propicio.

—¡Ah, sí! —asintió Taro—. Mi padre no comprende aún cómo pudieron sacar el cinto fuera del museo.

Júpiter cambió de táctica, e hizo explotar su pequeña bomba sorpresa.

—¡No fue sacado! ¡Sigue en el museo!

—¿En el museo? —exclamó Bob.

—El museo fue registrado de abajo arriba —arguyó Taro—. No se encontró. Removieron las oficinas, lavabos, ¡todo! Explica tu idea, Júpiter-san.

—Hoy —dijo Júpiter—, mientras trabajábamos en otro caso, hallé la pista que explica el misterio de la desaparición del Cinturón de Oro. Dados los hechos tal y como los sabemos, creo que la respuesta es…

Bob y Taro lo miraron sin respirar.

—Bob —dijo Júpiter—. ¿Recuerdas cómo se cayó el cuadro de la señorita Agawam? Pete y yo lo colgamos de nuevo.

Bob asintió.

—Desde luego, Jupe. Sigue.

—Mientras sujetaba el cuadro, que era muy grande —dijo Júpiter—, observé que en la parte de atrás había un espacio de cinco centímetros entre la pintura y el armazón exterior. En el Museo Peterson hay muchos cuadros grandes que cuelgan. Deduzco…

Adivinando el final, Bob añadió:

—Es probable que algunos de aquellos cuadros tengan gruesos armazones traseros que los separen de la pared. Alguien pudo aprovechar la confusión y oscuridad para deslizar el cinturón detrás de uno de estos cuadros.

—Quizá no sea obra de una sola persona —explicó Júpiter—. De momento, sabemos de una mujer que telefoneó al señor Frank, y sin

duda alguna es cómplice del verdadero ladrón.

Taro Togati saltó excitado:

—¡Estoy seguro de que nadie examinó la parte de atrás de los cuadros durante la investigación! Haré partícipe a mi padre de tan brillante deducción.

—Quien lo haya ocultado, sin duda regresará a llevárselo cuando las cosas vuelvan a su cauce normal —dijo Júpiter—. No obstante, el museo aún no ha sido abierto, y es seguro que el Cinturón de Oro sigue allí. Di a tu padre que no se olvide de la plataforma.

—La plataforma estaba cerrada —objetó Taro.

—Ya. Con un cordón fácilmente salvable. Un cuadro colgado allí sería un escondite ideal.

—¡Gracias, Júpiter-san! —exclamó Taro, con ojos resplandecientes—. Creo que tu idea es buena. Perdonadme ahora, debo comunicar a mi padre tan grata posibilidad.

Tras la rápida despedida, Taro corrió a un coche que lo aguardaba. Bob, admirado, dijo:

—¡Repámpanos! ¡Vaya agudeza de ingenio, Jupe! Puede que hayas resuelto el robo del Cinturón de Oro, pese a que el señor Togati se opuso a que participáramos en la investigación.

Júpiter se mostró dudoso.

—Puede haber otra respuesta. Pero… no. Es la única explicación que encaja. Si el cinturón no fue sacado, aún ha de estar en el museo. Y el lugar más seguro está detrás de un cuadro.

—Tu deducción parece irrebatible —confesó Bob.

—Lo sabremos mañana. Bien, ahora he de reunir un equipo adecuado para cazar gnomos. Mañana por la mañana telefonearé a tu casa. Puedes venir con Hans a recogernos.

Bob sacudió la cabeza, perplejo.

—¿Estás seguro de que vas a cazar un gnomo, Jupe? ¿No crees más factible, que el sobrino de la señorita Agawam tiene razón, y ella es sonámbula y se lo imagina todo?

—No afirmo ni niego —exclamó Júpiter—. Muchas personas han hecho cosas extrañas mientras dormían. Un hombre preocupado por las joyas que guardaba en su caja de caudales, se levantó una noche, y, dormido, abrió la caja, sacó las joyas, y las ocultó donde ni él mismo pudo hallarlas cuando se despertó a la mañana

siguiente.

»Si la señorita Agawam hace algo parecido, Pete y yo seremos testigos y podremos convencerla de algún modo. Por otra parte… —Los ojos de Jupe brillaron—, si es cierto que ella ha visto gnomos, nosotros podremos cazar uno.

Capítulo 9

Se inicia la caza del gnomo

Los gnomos cavaban. Bob desde la entrada del rocoso túnel subterráneo vio diminutas formas que balanceaban sus picos.

Reanudó su marcha deseando que Pete y Júpiter estuvieran con él. En principio estuvo tentado de retroceder, debido a la densa negrura. Pero había llegado tan cerca que le pareció un fraude a los Tres Investigadores todo abandono de la empresa.

Con el corazón frenético, avanzó más, hasta que se encontró en la cueva donde trabajaban los gnomos. El polvo que enrarecía la atmósfera le hizo estornudar.

Los gnomos interrumpieron el trabajo, quedándose con los picos sobre sus cabezas. Todos se giraron lenta, muy lentamente.

Bob deseó correr, pero la fuerza magnética de aquellas pupilas lo mantuvieron clavado al suelo, privándole de todo movimiento. Ni siquiera pudo articular sonido alguno.

Todas las pupilas se mantuvieron fijas en él. De repente oyó pasos. Algo extraño y aterrador rastreaba tras él. Intentó volverse… pero fue inútil.

Una gran zarpa cayó sobre su hombro y lo sacudió.

—¡Bob! —gritó una voz profunda, que resonó en la cueva—. ¡Bob! ¡Despierta!

Bob se agitó y empezó a chillar.

—¡Suélteme! ¡Suélteme!

Luego parpadeó. Estaba tendido en su propia cama y su madre lo miraba.

—¡Vaya, Bob! ¿Tienes pesadillas? Te movías mucho y murmurabas mientras dormías. Por eso te desperté.

—Sí…, sí, creo que soñaba —respondió agradecido Bob—. ¿Ha llamado Jupe?

—¿Y para qué ha de llamar Júpiter a esta hora de la noche? Sólo hace unos minutos que te acostaste. Anda, duerme, y procura no soñar.

—Lo haré, mamá.

Bob intentó dormirse, preguntándose qué harían en aquel momento Jupe y Pete.

Los dos chicos viajaban en el camión de los Jones camino de Los Ángeles. Júpiter mostraba a Pete el equipo que había preparado como trampa caza-gnomos.

—Lo más importante es la cámara —dijo.

Júpiter sentíase orgulloso de aquella máquina especial qué revelaba una fotografía en diez segundos. Su precio la hacía inaccesible, pero Jupe la consiguió rota de un compañero de colegio, al cambiársela por su bicicleta recompuesta.

—Así tomaremos fotografías instantáneas de gnomos o de lo que sea que nos encontremos esta noche. También traigo un *flash*.

Luego sacó dos pares de guantes reforzados de piel.

—Guantes para coger gnomos —dijo—. Se supone que tienen afilados dientes y uñas. Nos servirán para protegernos las manos.

—¡Canastos! —exclamó Pete—. Actúas como si realmente esperases cazar gnomos.

—Siempre compensa ser precavido. Mira esta cuerda. Hay un centenar de metros de nilón muy fuerte. Es prácticamente irrompible. Habrá suficiente para inmovilizar a cuantos gnomos hallemos.

Luego mostró los dos aparatos radio-transmisores que enriquecían su equipo desde un tiempo atrás. Si bien de corto alcance, permitían a los chicos mantenerse en contacto mientras investigasen por separado. Semejante material los hacía sentirse auténticos profesionales.

—He aquí las linternas —dijo Júpiter, sacando un par de ellas muy potentes—. También traigo el magnetófono, para registrar sonidos. Bien, creo que es un equipo muy completo. ¿Traes tu yeso especial?

Pete se sacó del bolsillo una barrita de yeso azul. Júpiter mostró la suya, que era blanca. Bob la usaba de color verde. Cualquier interrogante verde, azul o blanco, servía para informar que en el lugar hallado habían estado los chicos, o bien que allí había algo de interés.

Nadie sospechaba de un signo de interrogación trazado en yeso, pues sería considerado cosa de niños que juegan. Había sido una de las ideas más brillantes de Júpiter.

—Creo que venimos bien preparados —dijo—. ¿Te trajiste un cepillo de dientes?

Pete sacó una pequeña bolsa.

—Cepillo de dientes y pijama.

—El pijama no vamos a necesitarlo. Hemos de permanecer vestidos, a la espera de cazar un gnomo.

Hans miró de reojo a los dos chicos.

—¿Aún estás cazando gnomos, Jupe? —preguntó—. Konrad y yo opinamos que no deberías de buscarte complicaciones con estos seres. Se cuentan historias muy malas de ellos en la Selva Negra de Baviera. Apártate de ellos, Konrad y yo te lo recomendamos. Si no obedeces, pudiera suceder que te veas convertido en roca.

Hans habló tan gravemente que Pete no pudo evitar sentirse intranquilo. Ellos no creían en gnomos. Sin embargo, Hans y Konrad sí creían, como la misma señorita Agawam. ¿Y quién podía negarlos? ¿Y si…?

Jupe interrumpió los pensamientos de Pete.

—Hemos prometido ayudar a la señorita Agawam en sus actuales dificultades —dijo—. No sé qué puede haber de cierto en eso de los gnomos. De todos modos, recuerda el lema de los Tres Investigadores.

—¡Investigamos todo! —murmuró Pete.

Capítulo 10

¡Encerrona!

La tranquilidad imperaba en el oscuro barrio de la señorita Agawam. El banco cerrado y el teatro desierto eran moles de negro azabache. La luz que ardía en la casa, les dijo que la señorita Agawam los aguardaba.

Mientras Júpiter y Pete descendían del camión, Hans los miró con ceño preocupado.

—Insisto en que no debéis de cazar gnomos, Jupe. En la Selva Negra donde crecí, hay muchas rocas extrañas que antes fueron personas. Y eso les pasó porque miraron cara a cara a un gnomo. ¡Procura mirar a otro lado!

A Pete no le agradaba esta clase de conversación. Lo peor era que Hans parecía sincero. Una sensación de nerviosismo le embargaba. El instinto le advertía que la noche que empezaba depararía sorpresas inesperadas.

Jupe se despidió precipitadamente, prometiendo que telefonearía por la mañana. Hans puso en marcha el camión y se alejó.

Ambos chicos avanzaron al resguardo de las sombras, como medida de precaución. Los dos se creyeron a salvo de toda vigilancia. Júpiter pulsó tres veces el timbre. Instantáneamente se oyó un zumbido en la cerradura. Se deslizaron de prisa al interior, y Júpiter se detuvo a escuchar. A Pete le intrigaba el modo de actuar de su compañero y jefe. Parecía hallarse en una misión secreta de la cual dependiera el destino de grandes ejércitos. No obstante, sabía que Jupe nunca actuaba a la ligera cuando realizaba trabajos de investigación. Claro que tampoco ignoraba la tendencia suya a

dramatizar.

En el interior del jardín reinaba la oscuridad. Silenciosamente se deslizaron hasta el porche, la puerta se abrió y pasaron dentro.

La señorita Agawam, ciertamente pálida, los saludó.

—Me alegro de que estéis aquí —dijo—. La verdad es que por primera vez en mi vida me siento muy nerviosa. Temo que si sucede algo nuevo, saldré corriendo para nunca más volver. En tal caso vendería esto al señor Jordan, que tanto lo desea.

—Estamos aquí, y nos encargaremos de todo, señorita Agawam —dijo Júpiter cortés.

Ella se sonrió, aunque temblorosa.

—Aún es pronto —dijo—. Nunca he oído que caven o hagan otros trabajos antes de medianoche. ¿Queréis ver un programa de televisión?

—Será mejor que durmamos un poco hasta las once y media —dijo Júpiter—. Así estaremos frescos para la vigilia nocturna.

—¿Qué es vigilia? —preguntó Pete.

—Permanecer despiertos a la espera de lo que suceda. Señorita Agawam, ¿tiene un despertador?

Ella asintió. Acompañó a Pete y Júpiter a un pequeño cuarto en lo alto de la escalera, donde había dispuestas dos camas.

Los chicos se quitaron los zapatos, dejaron el equipo a punto, y se tendieron.

Pese a su intranquilidad, Pete se durmió fácilmente. Dormirse nunca le había costado gran esfuerzo. Cuando sonó el timbre, pensó en que acababa de acostarse.

—¿Qué ocurre? —murmuró medio dormido.

—Las once y media —dijo Jupe—. La señorita Agawam se ha retirado a su aposento. Tú duerme. Yo haré guardia.

—Vigilia —murmuró Pete, volviendo a quedarse dormido.

A diferencia de Bob, Pete casi nunca soñaba. Esta vez soñó que granizaba, y que el granizo tapiaba las ventanas.

Abrió los ojos totalmente alertado, y se quedó inmóvil. ¡El ruido continuaba! Comprendió que algo real golpeaba la ventana. Tenía un ritmo curioso: uno-tres-dos-tres-uno. Parecía una clave.

Entonces se irguió decidido, mirando la ventana. Su corazón latía desacompasadamente, mientras pugnaba por alojársele en la garganta.

¡Había un rostro asomado a ella!

Era un semblante diminuto, de ojos brillantes, orejas peludas y larga nariz puntiaguda. Sus labios pequeños echados hacia atrás mostraban dientes parecidos a colmillos. ¡Se burlaba de él!

Un relámpago iluminó la estancia. Pete dio un salto en el lecho. El esperado trueno parecía retardarse. El rostro de la ventana desapareció, y Pete comprendió que la luz había sido provocada por el *flash* de la cámara.

—¡Lo cogí! —exclamó Júpiter en la oscuridad—. ¿Estás despierto, Pete?

—¡Claro que lo estoy! ¡Era un gnomo que nos miraba!

—Tengo su fotografía. Ahora tratemos de darle caza.

Ambos corrieron a la ventana, y se esforzaron en ver. En el jardín, cuatro figuras diminutas con altos gorros en forma de pico bailaban locamente, y daban saltos mortales. Parecían niños entregados a un juego salvaje.



A medida que sus ojos se acostumbraban a la oscuridad, Pete pudo apreciar sus pequeños rostros blancos, sus zapatos puntiagudos y sus ropas de piel.

—¡Tomate, Jupe! —susurró—. ¡Son cuatro! Pero ¿por qué hacen esas diabluras en el jardín?

—Creo que la respuesta no ofrece dudas —replicó Júpiter calzándose—. Tratan de asustar a la señorita Agawam y a nosotros mismos.

—¿Asustarnos? Bueno, consiguieron ponerme algo nervioso. Pero ¿por qué han de querer asustarnos? ¿Y por qué cavan?

—Simple detalle auxiliar. Sospecho que los gnomos han sido alquilados por el sobrino de la señorita Agawam.

—¿Alquilados por Roger? —preguntó Pete, anudándose los zapatos—. ¿Para qué?

—Para asustarla y que venda la casa. Según ella, Roger quiere que venda y se vaya a vivir a su apartamento. También nos dijo que Roger es su único familiar. Algún día heredará su dinero.

Una gran luz se hizo en la mente de Pete.

—¡Lo comprendo! —dijo—. Ahora esto vale mucho dinero. Roger quiere que venda al señor Jordan. Eso significa que trajera a los gnomos para asustarla. ¡Jupe, eres un genio!

—Necesitamos pruebas —respondió Júpiter—. Hemos de cazar a uno de esos seres y obligarlo a que hable.

Jupe cogió la cuerda, que sujetó a su cintura, se calzó un par de guantes de trabajo, lanzó los otros a Pete, y se colgó al hombro la cámara fotográfica. Ambos trabaron sus linternas en los ganchos de los respectivos cinturones para mantener libres las manos.

—¿Cómo pudo el gnomo mirar por la ventana? Estamos en el segundo piso —dijo Pete.

—Imagínatelo, segundo. Sólo se precisa de un pequeño ejercicio mental para deducirlo. Vamos, la señorita Agawam debe de estar dormida. Eso favorece nuestros planes. Al menos, así no se alarmará.

Se deslizaron escalera abajo hasta la puerta principal. Tan silenciosos como las sombras, salieron al porche, y, de rodillas, avanzaron hasta la esquina de la casa.

Los cuatro hombrecillos, aún practicaban sus locas acrobacias en el jardín.

—¡Toma! —Jupe dio a Pete un extremo de la cuerda. El otro extremo se hallaba atado a su muñeca—. Nos lanzaremos sobre ellos. Procura rodear a uno y sujetarlo bien. ¡Va!

Salieron en tromba, pero con tan mala fortuna que la tira de la cámara de Júpiter se trabó en la rama de un arbusto, arrancándosela del hombro. Pese a ello Júpiter no se detuvo.

Los gnomos, al verlos venir, lanzaron un penetrante silbido y se esparcieron corriendo hacia los puntos más oscuros a lo largo de la pared.

—¡Persíguelos! —bramó Júpiter—. ¡Consígueme uno!

—¡Lo intento! —gritó Pete.

Casi logró aferrar sus dedos en el hombro de uno de ellos. Empero el hombrecillo se escabulló, y Pete midió el suelo con su cuerpo. Júpiter se cayó sobre él. Al levantarse, vieron a los cuatro gnomos que desaparecían por la puerta que daba al teatro.

—¡La puerta! —exclamó Jupe—. ¡Está abierta!

—¡Entraron en el teatro! —chilló Pete—. ¡Ya son nuestros!

El segundo investigador se lanzó como una flecha hacia la puerta abierta del jardín.

—¡Aguarda, Pete! —gritó Jupe, tratando de retenerlo—. He pensado que…

Pete ni le oyó. Seguía con la cuerda fuertemente cogida cuando entró en el gran edificio a través de la puerta de emergencia. Jupe, atado por la muñeca, sintióse arrastrado. Sólo corriendo también, podía evitar una nueva caída. Segundos después, el primer investigador trasponía el umbral, y se halló en la oscuridad del teatro.

En cuanto estuvieron dentro, la puerta se cerró con su característico ruido de hierro. ¡Habían caído en la trampa!

Acto seguido, los pequeños seres ataron a los dos amigos utilizando sus afiladas uñas.

Capítulo 11

Persecución

—¡Socorro! —gritó Pete—. ¡Los gnomos me atacan!

—¡También a mí! —Gruñó Júpiter, intentando quitarse de encima al enjambre de hombrecillos—. ¡Nos atraparon!

Al balancear el brazo, en cuya muñeca seguía atada la cuerda, que a su vez sostenía Pete, alcanzó el cuello de un adversario. Éste gorgoteó antes de lanzar un estridente chillido y salir despedido por los aires.

Júpiter quedó libre, si bien los gnomos volvieron al ataque. Pete gruñía encorajinado, muy cerca. Júpiter estiró un brazo, tocó una chaqueta de piel y tiró de ella. El hombrecillo se soltó, Júpiter lo volteó en el aire antes de soltarlo.

El gnomo cayó al suelo con un golpe seco, al mismo tiempo que chillaba. Júpiter ayudó a Pete a desembarazarse de su otro atacante. Poco después ambos chicos jadeaban en la oscuridad. Jupe se destrabó la muñeca y se guardó la cuerda en un bolsillo.

—¿Qué hacemos ahora, Jupe? —murmuró Pete.

—Buscar la puerta por donde entramos y salir de aquí. Si mal no recuerdo, se halla detrás nuestro… Bueno, eso creo yo.

Retrocedieron hasta chocar contra la pared. Jupe halló el pomo de la puerta de hierro. Forcejeó en vano. ¡Estaban encerrados!

—¡Atrapados para toda la noche! —exclamó lúgubremente Jupe —. ¿Qué diablos pretendías con tanta impremeditación? ¡Debiste comprender la intención de ellos!

—Creí tenerlos a mi alcance —se excusó Pete—. La verdad es que sólo conseguí arrastrarte. ¡Lo siento, Jupe!

—¡Eso era lo que ellos pretendían! ¡Y se salieron con la suya!

Ahora… ¡escucha!

Oyeron penetrantes silbidos a derecha e izquierda.

—¡Se disponen a una nueva carga! —exclamó Pete.

—¡Tenemos que salir de aquí! —dijo Júpiter—. Quizá logremos abrirnos paso, a través de la puerta principal.

—¿Y cómo encontrarla en la oscuridad?

—¡Las linternas! —recordó Júpiter—. Con tanto barullo, las hemos olvidado. Bueno, eso es una consecuencia lógica del atolondramiento.

Pete halló que su linterna seguía colgada de su cinto. Apretó el botón de encendido, y un haz de luz se proyectó deshaciendo la oscuridad. Segundos después la luz de Júpiter se unía a la suya.

Las diminutas figuras corrieron a refugiarse en distintos lugares ante el resplandor. Les oyeron parlotear en un idioma extraño. Los gnomos se mostraban precavidos. Sin duda, comprendieron que Pete y Júpiter no serían vencidos fácilmente.

Ambos chicos se hallaban en la zona posterior del escenario del teatro. Decorados que representaban distintas escenas, grandes y rectangulares, aparecían dispuestos en filas, olvidados desde los días en que el teatro abría sus puertas al público. Vieron también un diván, una vieja rueca de hilar y una escalera de mano.

En el aire, por encima de sus cabezas, había un susurro de alas. Una sombra voló sobre ellos.

—¡Murciélagos! —gritó Pete.

—Olvídate de los murciélagos. ¡Vamos a ser atacados! —exclamó Júpiter.

Los hombrecillos avanzaban provistos de estacas.

—¿Por dónde nos vamos? —inquirió el primer investigador.

—¡Sígueme! —dijo Pete.

El segundo investigador era reconocido experto en orientarse en zonas desconocidas. Tenía instinto de brújula, que lo guiaba hacia la dirección adecuada. Corrió entre hileras de decorados, seguido de Júpiter, que apartó de un puntapié la escalera de mano.

Chillidos de dolor anunciaron que los perseguidores habían recibido el impacto de la escalera. Pete se detuvo tan de repente que Júpiter se precipitó sobre su espalda. Cerrándoles el estrecho paso, dos hombrecillos blandían amenazadores sus palos.

—¡Estamos bloqueados! —se quejó Pete—. Los tenemos detrás y

delante.

—Aún nos quedan dos caminos laterales —dijo Júpiter—. Abre paso a través del lienzo.

La vieja lona podrida cedió como el papel, y ambos amigos pasaron por la abertura. Nuevos decorados se interpusieron en su camino, pero los embestían con su cabeza y hombros, dejando tras ellos jirones de lienzos voladores.

Sus perseguidores se perdieron entre los decorados. Júpiter y Pete salieron al enorme escenario del teatro. Sus linternas iluminaron el patio de butacas vacías y polvorientas. Más allá estaban las salidas al exterior, siempre que pudieran desprender los tablones que aseguraban las puertas.

Mientras estudiaban la situación, sonaron tras ellos pasos ligeros.

—¡Adelante! —invitó Pete—. ¡Por el pasillo central!

Cuando descendían los peldaños del escenario, las luces del techo se encendieron. Alguien había dado vueltas al interruptor.

El enorme candelabro verde y rojo iluminó la sala; Jupe vio dos gnomos que avanzaban hacia él. Uno de ellos cogió una cuerda que colgaba de lo alto, y acrobáticamente voló hasta posarse en sus hombros. Júpiter se cayó al suelo y perdió la linterna. El primer investigador luchó denodadamente por desasirse de su atacante.

Pete corrió en su ayuda. Agarró al hombrecillo por la cintura y lo tiró de cabeza entre las dos primeras hileras de butacas, donde se quedó encallado y pidiendo auxilio. El otro gnomo se detuvo y los dos amigos aprovecharon la oportunidad para lanzarse pasillo adelante.

Se abalanzaron con todas sus fuerzas a las enormes puertas principales, que ni siquiera lograron mover.

—Están aseguradas con tablones por el otro lado —jadeó Pete—. Tendremos que buscar una ventana o algo parecido.

Corrieron por un pasillo lateral hasta un oscuro tramo de escalones. Se iluminaban el camino, con la linterna de Pete. En el segundo rellano se detuvieron a descansar. Pete apagó la luz y miraron hacia el escenario entre unas viejas cortinas de terciopelo. Abajo vieron cuatro figuras pequeñas reunidas en consulta.

Mientras miraban, un hombre de estatura normal se unió a los cuatro gnomos. Había suficiente luz para reconocerlo.

—¡Rawley! —exclamó Pete.

—Sí —la voz de Júpiter sonó lúgubre—. Cometí un grave error, Pete. Bien, no es momento adecuado para discutirlo.

—¡Eh, Small Fry! —chilló Rawley—. ¡Desperdigaos y encontrad a esos chicos! Tenemos que cogerlos, ¿entendido? No pueden estar muy lejos.

Los cuatro hombrecillos partieron obedientes en direcciones distintas.

—De momento han perdido nuestra pista —dijo Júpiter—. Si podemos encontrar un escondite, más pronto o más tarde la señorita Agawam se despertará. Entonces…

—¡Rábanos picantes! —le interrumpió Pete—. Nos echará de menos y avisará a la policía, que nos buscará. Es posible que vengan aquí.

—Seguro que hallarán mi cámara entre los matorrales —aventuró Júpiter—, y si revisan la película verán que ocurre algo anormal. Si podemos ocultarnos hasta que la señorita Agawam informe de nuestra desaparición, estaremos salvados.

—Entonces hallemos pronto un escondite —dijo Pete—. ¡Oigo voces en la escalera!

Capítulo 12

Pete escala

Agatha Agawam se despertó con el sonido de excavaciones en sus oídos. Se quedó quieta en la cama durante un momento. Escuchó atenta. ¡Sí, debajo de ella… los gnomos estaban allí otra vez!

¿Los habrían oído los muchachos? Éstos fueron muy simpáticos al ofrecerle su compañía. En la habitación de ellos había silencio. Quizás estuviesen dormidos. Era muy probable que no hubieran escuchado el despertador.

—¡Júpiter! ¡Pete! —llamó.

No hubo respuesta. Tenía que despertarlos para que oyeran también a los gnomos. La señorita Agawam se deslizó fuera del lecho y se abrigó.

Luego se encaminó a la habitación de los investigadores.

—¡Muchachos! —llamó de nuevo.

Ninguna respuesta. Abrió la puerta y buscó el interruptor. La luz se hizo en la habitación y ella contuvo el aliento.

¡Las camas de los chicos aparecían desalojadas!

Con el corazón latiéndole desacompasadamente, miró a su alrededor. Vio los pijamas bien doblados sobre una silla. La bolsa de piel que trajeran, seguía allí.

Se aferró a la conclusión de su primer pensamiento. Pete y Júpiter oyeron a los gnomos, y, asustados, se fueron a su casa. Sintióse abandonada.

—¡Ay de mí! —susurró—. ¿Qué hago?

En modo alguno seguiría en aquella casa. No después de que unos chicos tan simpáticos y valientes como Júpiter y Pete se hubieran asustado tanto como para huir sin avisarla. La señorita

Agawam decidió que era preferible vivir en el apartamento de su sobrino, que tan amablemente le ofreciera para cuando quisiera habitarlo con él.

Bajó en busca del teléfono. Sus dedos temblorosos intentaron por tres veces marcar el número. Al fin oyó a Roger y tras largo suspiro de alivio, dijo:

—¡Los gnomos! ¡Han vuelto! Los oigo perfectamente. Roger, no puedo quedarme aquí. Prefiero irme contigo esta noche. Mañana venderé la casa al señor Jordan.

—Querida tía —exclamó Roger—, me parece un acierto que vendas la casa, pero de eso hablaremos mañana. Vístete y recoge tus cosas, que ahora mismo salgo en mi coche. Estaré frente a la casa dentro de diez minutos.

—Gracias, Roger; te espero.

Aliviada, pero con el corazón en un puño, empezó a vestirse. Su nerviosismo no decreció hasta que hubo salido de la casa, sin antes cerrar la puerta con llave.

En cambio, el nerviosismo de Júpiter y Pete iba en aumento. Seguían buscando un escondite en la parte superior del teatro; empleaban la linterna sólo en casos de absoluta precisión. La mayor parte del camino lo recorrían tanteando los oscuros pasillos que olían a polvo, humedad y alfombras viejas. Detrás de ellos, a menudo, se oían las voces de sus perseguidores. El resuello de Rawley parecía aproximarse.

Hallaron una puerta, que Júpiter empujó. La luz de la linterna recorrió la estancia. Había dos viejos proyectores en encentro del polvoriento cuarto.

—Ésta es la sala de proyecciones —habló Pete—. Ocultémonos aquí.

—Hay demasiada claridad —objetó Júpiter, que empezaba a preocuparse—. Busquemos otro sitio. Si la señorita Agawam no se despierta pronto y avisa a la policía, quizá nos veamos en apuros.

—¿Nos veamos? —repitió Pete—. ¡Estamos en apuros! En todo caso nos veremos en mayores apuros si no se entera de que estamos ausentes.

—En marcha —invitó Júpiter.

Subieron otro grupo de peldaños. Allí encontraron otra puerta cerrada que decía «Alminar. Prohibido el paso».

—¿Qué es un alminar? —inquirió Pete—. ¿Algún monstruo?

—Piensas en minotauros —aclaró Júpiter—. Un alminar o minarete es una especie de torre abierta. Probemos. Tengo una idea.

Hallaron la puerta sólidamente encajada, pero de un buen empujón la abrieron. Vieron unos escalones muy estrechos y altos. Luego entornaron la puerta, deseando poderla cerrar con llave, y ascendieron los peldaños parecidos a los de una escalera de mano. Un minuto después alcanzaron una pequeña torre cuadrada, abierta por los cuatro costados, sobre la calle. Debajo, todo aparecía oscuro y desierto, iluminado sólo por el resplandor de una farola.

—Hemos encontrado el minarete —dijo Pete—. Ahora bien, te diré que esto es una ratonera donde hemos sido atrapados.

—Pero no estamos encerrados —arguyó Júpiter—. Ahí abajo tenemos la calle. Cuanto hemos de hacer es alcanzarla. Nos separa de ella un vacío de unos treinta y cinco metros.

—¡Sólo treinta y cinco metros de pared vertical!

—Poseemos una cuerda —Júpiter, se la sacó del bolsillo—. Son cien metros de fuerte nilón, que aguantarán fácilmente dos veces tu peso.

—¿Dos veces mi peso? —protestó Pete—. Y ¿por qué no dos veces tu peso?

—Porque no soy buen atleta. En cambio, tú sí lo eres. Ataremos la cuerda a esta columna —la señaló—, descenderás y avisarás a la policía. No podemos aguardar a que lo haga la señorita Agawam. Nuestros enemigos se hallan cerca.

Pete cogió la cuerda:

—Es demasiado delgada y resbaladiza —dijo—. No sabré sostenerme en ella. Seguro que me cortará las manos.

—Tienes guantes con protección de piel. Enróllate la cuerda a las manos y déjate deslizar sin prisa.

Pete hizo una prueba. Los guantes ayudaban a sujetar el delgado nilón. Al fin accedió. Era factible el intento.

—Conforme —dijo—. Lo haré. Pero antes dime una cosa.

—¿Qué deseas conocer? —preguntó Júpiter, que ataba un extremo de la cuerda a la columna.

—¿Son gnomos de verdad?

—Gente bajita, desde luego —respondió Júpiter—. Me equivoqué cuando supuse que sólo pretendían asustar a la señorita Agawam para que vendiera su casa. Realmente buscan un tesoro. Fui muy torpe al no percatarme de ello.

—¿Y cómo habías de saberlo? —exclamó Pete—. ¿Quién se hubiera imaginado que ellos buscan un tesoro debajo de la casa de la señorita Agawam?

—No debajo de la casa —respondió Júpiter—. ¿Dónde hay un tesoro cerca de aquí?

—¿En el banco? —Pete lo miró—. ¿Qué insinúas?

—Date prisa, o nos sorprenderán —apremió Júpiter—. Desciende lo más rápido que puedas, pero no te arriesgues demasiado.

—No te preocupes, no lo haré —dijo Pete, que se encaramó a la barandilla del alminar.

Pete sabía que un descenso se logra más fácilmente apoyando las plantas de los pies contra la pared, el cuerpo echado hacia atrás, dejando que la cuerda se deslice suave entre los guantes.

Intentó no mirar el duro pavimento, concentrando su atención en cómo apoyaba los pies contra la superficie estucada del teatro.

Había recorrido casi la mitad del espacio, cuando oyó gritos encima de él. Primero fue un chillido de Júpiter, y luego una voz estridente que soltó algo parecido a un gruñido. Y… ¡silencio! Pete advirtió que su corazón se comprimía. ¿Qué le ocurría a Júpiter? ¿Lo habían prendido? En tal caso, debía apresurarse.

Un repentino sacudimiento de la cuerda estuvo a punto de lanzarlo al vacío. Rawley gritó desde arriba:

—¡Eh, chico! ¡Chico!

Pete tragó saliva. La cuerda volvió a ser sacudida. Se agarró fuerte.

—¡Estoy aquí! —dijo.

—¡Sube!

—¡Bajo!

—¡Bajarás de golpe! —rugió el hombre—. ¡Cortaré la cuerda si no regresas!

Pete miró el suelo. Faltaban unos diez metros. Si debajo hubiera habido un prado, el riesgo de la caída habría sido menor. Pero sobre una acera de cemento… Nada hubiera evitado que se rompiera las

piernas.

—Bien, chico —sonó de nuevo la voz—. Contaré hasta tres; luego, cortaré.

—¡Un momento, espere un momento! —gritó Pete—. Ya voy. Deme tiempo para sujetar la cuerda. Me resbala.

—Conforme. ¡No intentes ninguna treta!

Pete discurrió febrilmente. Bueno, su idea quizá no diese resultado, pero ninguna otra solución se le ocurría. Suspendido de su mano izquierda, aguantó entre sus dientes el guante derecho. Luego se buscó en un bolsillo el yeso.

Veloz, trazó un interrogante azul, por lo menos de un metro de alto, en la fachada blanca del teatro. Era la única pista que podía dejar. Soltó el yeso y se volvió a calzar el guante.

—Bien, chico —la voz apremiaba—. ¿Subes o bajas?

—¡Subo! ¡Subo!

Pete volvió hacia arriba. Tan pronto alcanzó la barandilla del alminar, unas manos fuertes lo izaron.



Había tres hombres en la torre con Júpiter. Dos de ellos sujetaban fuertemente al primer investigador, que aparecía temeroso, a la vez que enfurecido e indignado. Pete comprendió su estado de ánimo. Él sentíase lo mismo.

¿Qué significaba todo aquello? Primero gnomos, y ahora tres hombres. Pete quiso formular preguntas. Rawley lo interrumpió empujándolo hacia delante.

—¡Andando! Chuck, tú y Driller conducid a estos chicos al sótano. Tenemos que volver al trabajo. Ellos pueden contemplar cómo lo hacemos.

Empujaron a Pete y a Júpiter por la estrecha escalera. Poco después llegaban a un amplio sótano, donde había un par de enormes y oxidadas calderas. Pete supuso que en tiempos habrían servido para caldear el teatro. Vio tres puertas con sendos letreros que decían: «Sección carbón núm. 1», «Sección carbón núm. 2» y «Sección carbón núm. 3».

Rawley abrió la puerta número 1 y los empujó dentro.

Pete dio un respingo de sorpresa. Los cuatro hombrecillos se hallaban sentados en un rincón jugando a los naipes. Mostraron escaso interés hacia los chicos, pues apenas alzaron sus miradas del juego. Diversos utensilios, picos, palas y linternas estaban esparcidas por el suelo. Pero lo que más sorprendió a Pete fue un largo túnel en la pared de cemento, que debía de corresponder a los cimientos del teatro. El túnel parecía dirigirse a la casa de la señorita Agawam. Pero, en todo caso, pasaría por debajo de ésta por un lugar más alejado.

Pete comprendió lo que Jupe había querido decir al referirse al tesoro más próximo, que era el del banco.

Los tres hombres, y los cuatro enanos que los ayudaban, eran ladrones de bancos. Luego, los dos investigadores habían descubierto la ejecución de un audaz robo a un banco.

Capítulo 13

Plan siniestro

Pete y Júpiter permanecían sentados sobre un montón de sacos, apoyadas las espaldas contra la pared de cemento. Sus manos y pies estaban atados, si bien podían hablar. No obstante parecía que Jupe no tenía muchas ganas de hacerlo.

Pete observó que su amigo se hallaba molesto consigo mismo por no haberse imaginado de buen principio lo que sucedía. Pero ¿quién iba a imaginarse un robo a un banco, si en realidad ellos buscaban unos gnomos, siguiendo los informes de una anciana que bien pudo soñarlos?

Era evidente que Rawley ostentaba el mando. Los otros dos acataban sus órdenes. Uno, bajo y corpulento, se llamaba Chuck, y el otro, más bajo y nervudo, Driller. Éste lucía un fino bigote y un diente de oro. Miraba a los chicos de un modo muy desagradable.

—Jupe —susurró Pete—, Rawley en realidad es un ladrón, ¿no? Consiguió el empleo de vigilante nocturno para robar el banco.

—Sí, Pete —Júpiter contestó en voz baja—. Debí sospecharlo desde el principio. Hubiera sido lógico relacionar un banco y las excavaciones que se hacían cerca de él. Eso era suficiente para establecer conclusiones acertadas. Por desgracia, desvié mis pensamientos hacia unos simples gnomos.

—Hasta Sherlock Holmes hubiera podido engañarse —dijo Pete —. Esos gnomos nos desorientaron. ¿Quién iba a pensar en un robo bancario? Hay una cosa que no entiendo, Jupe. ¿Por qué permanecen tranquilamente sentados los gnomos y no ayudan?

—Porque no forman parte de la banda —murmuró Júpiter desganado—. Evidentemente, fueron alquilados para asustar a la

señorita Agawam y evitar que la gente hablase en serio si oían cavar.

Pete reflexionó antes de preguntar:

—Comprendo. Pero ¿dónde consiguió el señor Rawley los gnomos? ¿Vinieron de la Selva Negra?

—Pete —suspiró Júpiter—, me desilusionas. Esos gnomos nunca vieron la Selva Negra. Salieron directamente de los libros de cuentos que la señorita Agawam escribió. Así me lo imaginé tan pronto los vi en el jardín.

Júpiter dio semejante explicación seguro de que su amigo comprendería. Pete se quedó meditativo un rato. Los gnomos procedían de los cuentos escritos por la señorita Agawam. Quizás eso fuera sencillo para Jupe, pero no para él.

Mientras, avanzaban los preparativos para el robo del banco. Los tres hombres se hallaban ocupados en prolongar el túnel. Trasladaban la tierra en carretillas para vaciarla en los otros depósitos de carbón.

—¡Sólo faltan tres metros, Driller! —Oyó Pete que decía Chuck a sus compañeros.

—¡Esperad a que pueda trabajar con mis herramientas! —exclamó Driller, que se frotó las manos—. Entonces barrenaré la pared de cemento, como un dentista cualquier encía.

Los ladrones intensificaron sus esfuerzos para cavar los tres últimos metros que faltaban para llegar a la bóveda del banco. Mientras tanto, los hombrecillos seguían inactivos, pues habían terminado su parte en el trabajo.

Pete, a quien se le había ocurrido otra pregunta, se volvió a su amigo.

—Jupe…

El segundo investigador enmudeció. Júpiter, tendido sobre los sacos, dormía.

Pete sintióse tentado de zarandearlo. ¿Qué hacía el primer investigador en un momento como aquél? Era precisa la actividad de su cerebro para vencer las dificultades.

Sin embargo, Pete comprendió que la noche sería larga, y necesitarían de toda su energía para el momento crítico después del robo al banco, en que los malhechores empezarían a desperdigarse. Jupe había hecho lo más sensato: dormirse.

Semejante conclusión acumuló sueño en los párpados de Pete. Era ya muy tarde, y puesto que nada podía hacerse optó por dormirse también.

Al despertarse, Pete ignoraba cuánto tiempo había dormido; empero sí advirtió que se hallaba muy descansado. No obstante, sentía doloridos sus tobillos y muñecas, debido a las ataduras. De nuevo alerta su mente, oyó voces próximas.

Entonces vio a Júpiter con un tazón de sopa entre las manos atadas. El señor Rawley, sentado en una caja, tenía aspecto de buen humor.

Los gnomos seguían en el mismo rincón y comían bocadillos. Chuck y Driller habían desaparecido. Pete observó un grueso cable eléctrico que entraba por la boca del túnel. Creyó escuchar el sonido de una barrenadora. Debía de ser Driller, que atacaba la pared de cemento de la bóveda del banco.

Júpiter advirtió que Pete se había incorporado, y dijo:

—Buenos días, Pete. Espero que hayas dormido bien.

—Por supuesto, jefe —gruñó Pete, estirándose para desentumecer su espalda—. Estos colchones resultan estupendos. Ningún otro los superaría.

—Chicos —habló Rawley—, llegasteis a preocuparme. Vuestra indiferencia me enojó mucho. Ahora que os tengo a buen recaudo y sin posibilidad de perjudicarme, no os guardo rencor.

—Usted logró engañarnos —concedió Júpiter—. Cuando vi a sus gnomos en el jardín, pensé que Roger Agawam los había alquilado para asustar a su tía. Pero tan pronto averigüé que servían de cebo para introducirnos en este viejo teatro, comprendí cuál era el plan.

—Seguro —admitió Rawley—. Un poco más de suerte por tu parte, y a estas horas tendríamos aquí a la policía —se volvió a Pete —. Tu socio es muy listo, pese a su apariencia de bobo. Claro que eso le favorece, pues nadie sospecha de él. Si quisiera incorporase a mi banda, lo convertiría en el más renombrado ladrón de estos contornos, en menos de diez años.

—Gracias —se excusó Júpiter—. Toda actividad delictiva resulta difícil y termina en desastre.

—¡Pardiez! —exclamó Rawley—. Desecha semejante idea, chico.

Si te decides, puedes incorporarte ahora mismo a la banda mejor dirigida del país. Nosotros siempre planeamos con todo lujo de detalles los trabajos, antes de comenzarlos. Este golpe me hará rico para el resto de mis días. En cambio tú… bueno, ya que te niegas a unirte a mí, será mejor que soslaye lo que será de ti.

La velada predicción, hizo que Pete se encogiera.

—Seguro que mi amigo querrá formularle algunas preguntas —desvió rápido la conversación Júpiter—. ¿Por qué no le cuenta usted cómo planeó el robo del banco, señor Rawley?

—¡No faltaría más, chico! Que se tome antes un poco de sopa.

Rawley cogió la taza de aluminio en que había bebido Jupe, la llenó de sopa caliente que tenía en un termo, y se la dio a Pete.

—Pues veréis —dijo—. Nací y crecí en el bloque contiguo a éste. Cuarenta años atrás era uno de los gnomos de la señorita Agawam —se rió—. ¡Imaginadme un gnomo! Bueno, de todos modos, ella nos llamaba así. Una vez por semana ofrecía una fiesta a todos los chiquillos del barrio, y nos obsequiaba con helados y pastelillos. También nos leía sus libros.

Rawley continuó su historia. Su padre, albañil, había trabajado en la construcción del Teatro Moruno y el banco. Un día el padre mencionó ante él que había un gran sótano subterráneo. La puerta era de acero, pero no las paredes, que no fueron reforzadas porque el sótano se consideraba demasiado profundo.

Rawley añadió:

—He pensado mucho durante estos años en lo que dijo mi padre. Supuse que un túnel desde el sótano de la señorita Agawam iría directamente al sótano del banco.

»Pero la señorita Agawam no quiso mudarse de vivienda. Cuando cerraron el teatro, se me ocurrió otra idea. Si el túnel se empezaba aquí, pasando por debajo de la casa, igualmente se alcanzaría el sótano del banco, si bien con algo más de trabajo.

»Desgraciadamente, tuve complicaciones profesionales. Tan pronto salí de la cárcel, puse en marcha mi proyecto. Reuní la banda. Entonces surgió el problema de cómo instalarse en el teatro. Pero lo solucioné asustando a los vigilantes nocturnos. Inmediatamente me ofrecí al señor Jordan, que aceptó contratarme.

Rawley narró cómo Driller y Chuck habían perforado la pared de cemento, y empezado el túnel directamente debajo de la casa de

la señorita Agawam. Las tierras habían sido guardadas en los depósitos de carbón, por si al nuevo propietario, el señor Jordan, se le ocurría inspeccionar el sótano.

—¿Quiere eso decir que el señor Jordan no entra en el plan? —preguntó Júpiter—. Yo lo creía miembro componente de la banda.

—¡Nada de eso, muchacho! Me valgo de él como hice con otros primos. En cuanto a la señorita Agawam, sabía que tan pronto oyera ruidos de excavaciones avisaría a la policía. Pero ella siempre ha creído que existen los gnomos. Me bastó con inventar unos que entrasen en su casa de noche, y le revolvieran los libros. Los vestí según los dibujos de uno de sus cuentos.

»Esperaba asustarla y que se fuera. Pero informó a la policía de que los gnomos la molestaban y excavaban debajo de su casa. Eso no me preocupó, pues de insistir, la hubieran ingresado en una casa de salud mental. ¡Ojalá hubiera ocurrido así! Me habría evitado otras complicaciones.

Rawley se rió divertido. Luego de calmarse, reanudó su informe.

—Bueno, ella se espantó y no dijo esta boca es mía. Después logró convenceros, chicos. Por suerte para mí, mordisteis el cebo y ahora os tengo bien seguros.

—¿Y si el sobrino de la señorita Agawam hubiera creído la historia de los gnomos? —preguntó Júpiter—. Suponga que se queda en la casa y oye excavar. Seguro que la policía habría dado crédito a su versión.

Rawley parpadeó con intencionada lentitud.

—Dije antes que me aprovecho de los primos. Conseguí el empleo aquí, engañé a la señorita Agawam, e hice un trato con Roger.

—¿Qué trato? —preguntó Pete.

—Le dije que Jordan me había alquilado para poner algo nerviosa a la señorita Agawam, y obligarla a vender la casa. Desde luego, sería sin causarle daño alguno. Mi propósito era que viese gnomos y oyera cavar.

»Roger prefiere que ella venda, para así adueñarse del dinero. Por eso aceptó. Sólo me puso una condición. Que prometiera no hacerle ningún daño. ¿Comprendéis ahora por qué cuando ella le habló de gnomos y ruidos extraños, fingió no creer ni una palabra?

Rawley parecía satisfecho consigo mismo.

—Estupendo, Jupe —dijo Pete—. Acertaste en parte en cuanto a Roger. Está en el proyecto desde el principio.

—¿Lo sospechaste? —preguntó Rawley a Júpiter—. ¡Chico, eres más listo de lo que supuse! Únete a mí, y la policía del país andará de coronilla. Tienes mollera para eso y mucho más.

—Verá, yo… —Júpiter parecía dudar—. Déjemelo pensar…

Pete sospechó que a su amigo no le desagradaba la idea de convertirse en un renombrado superdelincuente.

—¡Piénsalo, chico! —dijo Rawley—. Mientras, iré a ver si Driller y Chuck han perforado la pared del sótano del banco.

Se marchaba cuando Pete lo detuvo con una pregunta.

—Creo que entiendo el plan, que, por supuesto, resulta muy inteligente. Pero ¿dónde encontró a los gnomos y qué les dijo para lograr su cooperación?

Rawley sonrió malicioso.

—Ellos te lo dirán —llamó a los hombrecillos—. ¡Eh, Small Fry! Ven a conversar un rato con esta pareja.

Rawley desapareció en el túnel. Un gnomo de fieras pupilas rojas y sucia barba canosa, se acercó a los muchachos, sentándose en sus propios talones.

—Nos disteis mucho trabajo —tenía la voz gruesa—. Un poco más y me rompéis el brazo. No os guardo rencor. De todos modos, tan pronto se termine la operación, emprenderéis un largo viaje por mar, sin regreso.

El hombrecillo hablaba en inglés casi perfecto, si bien con acento europeo. Pete estudió a la amortiguada luz, sus rojas pupilas, orejas puntiagudas y grandes manos peludas. Le pareció imposible que semejante criatura viviera en el mundo inadvertida.

—Oiga —dijo Pete—. Si usted no es un gnomo de verdad, ¿qué es entonces?

El enano soltó una risotada.

—Chico, eres un mediocre adivino. ¡Mira!

Se arrancó una peluda oreja. Pete sintió un escalofrío de horror cuando la oreja se soltó de la cabeza. Luego vio que era artificial, y adherida sobre una de verdad, pequeña y rosada.

Seguidamente, el hombrecillo se desprendió una de sus manazas y mostró la auténtica, más pequeña que la de un niño.

Se quitó sus falsos colmillos, y, cuidadosamente, manipuló en

uno de sus ojos, mirando luego burlón a Pete.

—¡Obsérvame, chico, ahora que sólo tengo una pupila roja y ningún colmillo!

¡Era cierto! Su otro ojo mostraba un azul completamente normal.

—¡Lentes de contacto, muchacho! —aclaró el enano que se tocó la nariz—. Ésta es de plástico, y la barba artificial. Todo ha sido según los dibujos de los cuentos de la anciana señorita Agawam. Como ves, no soy otra cosa que un enano, y si me vuelves a llamar gnomo, te convertiré en un nabo.

Su risa fue escalofriante. Júpiter miró a Pete.

—¿Lo comprendes ahora? —preguntó a su amigo.

—Entiendo que nos ha convertido en bobos este puñado de enanos —dijo Pete—. Eso sí lo entiendo. Pero si te refieres a por qué hicieron toda esta representación… pues, la verdad, algunos puntos siguen nebulosos.

—¿Tampoco has comprendido que Rawley concibió robar el banco a través de un túnel, que los gnomos fueron inventados para asustar a la anciana, previo consentimiento de su sobrino?

—Oh, sí; todo eso lo he penetrado —respondió Pete—. Pero ¿cuándo lograste tú adivinarlo?

—Me lo imaginé tan pronto lo vi desaparecer por la puerta abierta. Eso me hizo pensar en el banco, en las excavaciones y en los gnomos. Al fin las cosas empiezan a tener sentido.

—Sólo que demasiado tarde —habló el enano—. Ahora sólo nos resta conseguir que la anciana se mantenga muda, y controlar esta zona de operaciones. Hoy mismo recogemos el botín y nos largamos. Y es domingo. ¿Sabéis lo que eso significa? Pues que hasta mañana no descubrirán el robo.

—La señorita Agawam nos echará de menos —aventuró Júpiter —. Sin duda, llamará a la policía.

—No lo hará. Se marchó con su sobrino. Probablemente creyó que vosotros la habíais abandonado. Todo nos va como la suave brisa, chico. Dispondremos de veinticuatro horas antes de que los agentes de la policía sepan que el banco ha sido robado.

Júpiter empezó a decir algo, pero en aquel momento Rawley apareció en la boca del túnel.

—Driller ya consiguió hacer el boquete —dijo—. Necesitamos

ayuda para sacar el dinero —miró a los enanos—. Vosotros lo haréis.

—¿Puedo acompañarles? —preguntó Júpiter—. Me gustaría ver su técnica, señor Rawiey.

—Desde luego que sí. Quizá cuando admires nuestra técnica te decidas a unirte a mí.

Rawiey cortó la cuerda que ligaba los pies de Jupe, pero no la de sus manos. Luego se internaron en el túnel seguidos de los hombrecillos, excepto el que había estado hablando con ellos, que se quedó junto a Pete.

—¡Buena jugarreta os hicimos! —se burló el enano—. Nos pusimos en pie unos encima de los hombros de los otros para golpear la ventana de vuestra habitación y provocar que nos vierais. Luego vinieron las acrobacias en el jardín, hasta que empezasteis la caza. Entonces huimos y cruzasteis la puerta para quedar atrapados. De todos modos he de felicitarte. Por muy poco no conseguiste alcanzar la calle, deslizándote por la pared del minarete.

—Gracias por su elogio —replicó Pete—. ¿Y qué necesidad tenían ustedes de atraparnos?

—Porque ésta es la gran noche, amigo. Si hubierais oído cavar, tu socio habría comunicado sus sospechas a la policía. Por esa razón necesitábamos quitaros de en medio hasta conseguir el botín y huir.

Pete iba de sorpresa en sorpresa.

—¿Y cómo esperan escapar de la policía? Los enanos son fáciles de encontrar. La policía los detendrá en cuanto nosotros contemos la historia.

—Eso en el supuesto de que pudierais contar la historia. Desgraciadamente para vosotros, no estaréis en condiciones de hacerlo. Pero aun cuando la policía nos buscase, estamos en Hollywood.

—¿Y qué? —preguntó Pete.

—En Hollywood hay tantos enanos como en el resto del mundo. Todos esperan trabajar en el cine, la televisión o Disneylandia. Unos treinta de nosotros vivimos en una casa de huéspedes especial. Algunos desafían a la ley. Son hábiles para deslizarse a través de las ventanas con barrotes. Otros ayudamos en trabajos como éste. Nuestro tamaño nos permite realizar trabajos imposibles para hombres de estatura normal.

»Pero nosotros, los enanos, constituimos una gran familia feliz, ¿comprendes? Ninguno delataría a otro. Si alguien nos interroga, no sabemos nada, no oímos nada, no sospechamos nada de cualquier otro enano.

»Aparte de ello —continuó el hombrecillo, quitándose la otra oreja artificial—, jamás podrías identificarnos, aunque tuvieses oportunidad de intentarlo, que no es muy probable.

Luego de tan desalentadora información, se puso en pie, y desapareció en el túnel.

Júpiter observaba el gran agujero practicado en la pared de cemento, que, indudablemente, consentía el paso de un joven. Chuck y Driller, agotados por el esfuerzo, se enjugaban sus frentes.

—Podríamos agrandar el agujero —dijo Chuck a Rawley—, pero se necesita algo de tiempo. Es preferible que entren los enanos y nos pasen la pasta.

—De acuerdo.

Rawley ordenó a los hombrecillos que se introdujeran por el agujero. Segundos después, las linternas iluminaban una gran habitación cuadrada. Billetes y valores aparecían ordenadamente dispuestos sobre estantes. Sacos llenos de monedas de plata estaban alineados en el suelo.

—¡Un cuarto de millón! —se regocijó Rawley—. Son fondos para el pago de final de mes. La gran fábrica de aviones que hay en esta calle guarda el dinero aquí.

Júpiter contempló cómo los enanos pasaban los paquetes de valores y billetes por el agujero. Los tres hombres los metían en sacos de lona.

—Dejad las monedas —sugirió Chuck—. Son demasiado pesadas. Tenemos bastante.

—Conforme —dijo Rawley—. Sin embargo, dadme un par de sacos de monedas.

Con extremo esfuerzo, los hombrecillos consiguieron pasar dos sacos llenos de plata. Luego salieron ellos. Entre todos cargaron lo sustraído en carretillas, y volvieron a donde esperaba Pete. Rawley abrió el paquete y entregó un fajo de billetes a cada enano.

—Ahí tenéis diez mil dólares cada uno —dijo—. Mucho cuidado en cómo lo gastáis. Ahora desembarazaros de los equipos de gnomo. Abandonaremos este lugar dentro de escasos minutos.

—¿Por qué tanta prisa? —murmuró Driller—. Nadie nos aprieta.

Rawley no le hizo caso. Se volvió a Júpiter.

—Bien, chico —preguntó—. Ahora que has visto cómo operamos, ¿te vienes con nosotros? Serás rico. Tienes cerebro para destacar en nuestro oficio.

Pete se preguntó qué contestaría Jupe. No creyó, que aceptase. Pero…

—Necesito algo más de tiempo —respondió Júpiter—. Prefiero ver antes cómo han organizado la escapatoria. Dar el golpe es sólo la mitad de la tarea. La huida es quizá más importante, pues en ella fracasan casi todas las bandas.

Rawley se rió.

—¡Os dije que el chaval tiene sesos! —habló a los otros—. Bien, serás testigo de nuestra huida. Sólo que viajarás provisto de un disfraz. Chuck y Driller os vestirán.

Los dos hombres se abalanzaron a los chicos. Pasaron dos grandes sacos de yute por sus cabezas y ataron firmemente la boca de los sacos.

—Los cargaremos en el camión y nos los llevaremos con nosotros —dijo Rawley—. ¡En marcha!

Driller puso pegas. Los chicos serían una murga. ¿Por qué no dejarlos allí? Su voz bajó de tono, y Pete no pudo oír más. En cambio sí percibió la risotada de Rawley.

—No es preciso —contestó Rawley a la propuesta de su socio—. ¿Para qué piensas que me llevo esos dos sacos llenos de plata? Tan pronto queramos desprendernos de ellos, les ataremos los sacos a sus pies y los echaremos por la borda.

Capítulo 14

Bob busca a sus amigos

Era domingo. El sol penetraba por la ventana del dormitorio de Bob, cuando éste se despertó. El muchacho se quedó quieto, gozando perezoso los minutos en que aún no se está despierto del todo, y la mente se halla en blanco. De repente una idea le hizo saltar del lecho. ¡Júpiter y Pete! ¿Qué había sucedido aquella noche? ¿Habrían descubierto algo? ¿Le habrían llamado por teléfono?

Vestido ya, se guardó en un bolsillo el radio-transmisor y bajó a la cocina. Su madre preparaba pastelillos, y el aroma del almíbar acarició su nariz.

—¿Algún mensaje de Júpiter, mamá?

—No, no ha telefoneado nada que se parezca a Puerta Verde o Puerta Púrpura número 8. Siéntate y come algo de estos pastelillos que acabo de preparar, y no tengas prisa de correr hacia la chatarrería.

—Es un almacén de recuperación, mamá, y no tenemos ninguna puerta púrpura número 8 —corrigió Bob llenándose el plato de pastelillos.

Si Júpiter no había telefoneado era porque las cosas marchaban bien. Quizá tuvieron una noche tranquila y aún dormían, o tal vez telefoneó al Patio Salvaje.

Comió sin apresurarse, y luego se fue en bicicleta a casa de los Jones. La verja principal estaba abierta. Hans lavaba el camión pequeño en el patio.

—¿Se ha recibido llamada de Jupe? —preguntó Bob.

—Que yo sepa, no —respondió Hans.

—A estas horas ya tiene que estar despierto —la frente de Bob se llenó de arrugas—. En todo caso lo llamaré antes de irnos en su busca. Pensábamos ir a practicar el buceo.

Penetró en la oficina y marcó el número de la señorita Agawam. Oía la llamada, pero nadie alzaba el auricular. Volvió a probar. Bob empezó a sentir las primeras sensaciones de alarma.

—No contestan —explicó a Hans—. ¿Dónde pueden estar? Bueno, al menos la señorita Agawam debería de estar en casa.

Hans pareció alarmado también.

—Se fueron a cazar gnomos. ¿Y si los gnomos los cogieron a ellos?

—Será mejor comprobar lo sucedido —propuso Bob—. ¡Vayamos lo más aprisa posible!

—¿Apuestas tus zapatos a que los gnomos cazaron a Júpiter?

En aquel momento sonó el teléfono.

—¡Quizá sea Júpiter! —dijo Bob, que se precipitó a la oficina.

—¿Hola? Aquí el Patio Salvaje de los Jones.

—Disculpe, por favor. ¿Está Júpiter? —preguntó una voz juvenil que Bob reconoció como la de Taro Togati.

—No, está ausente; soy Bob Andrews.

—Por favor, di a Júpiter que mi padre y los vigilantes han buscado el Cinturón de Oro detrás de los cuadros y en todo lugar posible.

—¿Lo encontraron? —preguntó excitado Bob.

—No, no encontraron nada. Mi padre vuelve a estar enojado por haber escuchado las tonterías de unos chicos. También está enojado conmigo. Pero yo creo que es una buena idea la de Júpiter. De todos modos, dile que el cinturón no ha sido hallado.

—Se lo diré en cuanto lo vea.

Bob salió fuera y se encaminó a la cabina del camión. La noticia causaría desilusión a Jupe. Bueno, pero la suposición de que el cinturón seguía escondido en el museo no era ningún desatino. El primer investigador no solía equivocarse, aunque esta vez había sucedido.

Hans aceleró la marcha. El tráfico de Los Ángeles era mucho menos intenso que de ordinario, y alcanzaron tanta velocidad que el viejo camión gemía. Cuarenta y cinco minutos después se detenía frente a la vieja casa de la señorita Agawam.

Antes de parar el motor, Bob ya estaba en el suelo y tocaba el timbre. No hubo respuesta. El muchacho sintióse deprimido y angustiado. Mientras Hans bajaba del camión, Bob observó que la cancela no estaba cerrada del todo. La empujó y ambos se encaminaron al porche.

Pulsaron el timbre de la puerta. ¡Nada! ¡Sin respuesta!

—Prueba si está abierta —sugirió Hans—. Quizás estén dentro, transformados en rocas.

Hans parecía empeñado en que los gnomos habían encantado a Pete y a Jupe. Bob empujó la puerta, que, ante su sorpresa, se abrió. Llamó varias veces. Sólo obtuvo el apagado eco de su propia voz.

Angustiados Bob y Hans registraron la casa, incluido el sótano. No hallaron indicios de la estancia de Pete y Júpiter, ni de la señorita Agawam.

Sólo encontraron las bolsas de papel y el bolso de piel en la habitación superior.

—Jupe y Pete vieron algo y se fueron a investigar —dijo Bob, pensando de prisa—. Puede que la señorita los siguiera y esté con ellos. ¡Tenemos que buscarlos!

—Los gnomos los tienen prisioneros —comentó Hans lúgubremente.

Era evidente que el rubio bávaro sentía gran respeto hacia los gnomos y sus poderes.

—Hay que buscarlos —insistió Bob.

Desde luego, Pete y Jupe no habían sido transformados en rocas, pero sí que algo muy grave debió de sucederles.

—Veamos primero el jardín —decidió el tercer investigador.

Fue Bob quien encontró la cámara de Júpiter enganchada en un arbusto cerca de la esquina de la casa.

—Jupe estuvo aquí —dijo—. Tomó una foto de algo. ¡Veamos qué fotografió! Sólo preciso de unos segundos para revelar la fotografía.

Al verla, ambos tragaron saliva con dificultad.

Era la fotografía de un gnomo de fieras pupilas, peludas orejas y dientes iguales a colmillos, asomado a una ventana.

—¡Demonios! —exclamó Hans—. ¿No te lo dije, Bob? Seguro que los gnomos han pillado a Pete y Jupe.

—Puede que estés en lo cierto —concedió Bob sin saber qué

pensar—. Bien, hay que buscarlos. Iremos en busca de la policía y…

La idea de mostrar aquellas fotografías lo hizo vacilar. No, Hans y él buscarían primero.

—Escuche, Hans. No están ni en la casa ni en el jardín. Pero sabemos que ayer se fueron a cazar algo y no regresaron. Quizá dejaron una pista, o tal vez alguien los haya visto. Daremos una vuelta a la manzana. Preguntaremos a todo el que veamos si vieron u oyeron algo durante la noche.

Bob se encaminó a la calle, seguido de Hans. El teatro era el sitio más próximo, y por ello, se dirigieron a él. La calle aparecía silenciosa y solitaria. Cuando llegaron frente al teatro moruno, Bob piso algo que crujió bajo sus pies.

El muchacho contuvo un grito. ¡Había pisado un trozo de yeso azul!…

—¡El yeso especial de Pete! —dijo Hans—. Pete estuvo por aquí anoche.

—Y allí —señaló Hans.

Cerca de la pared había un segundo pedazo de yeso azul.

—El yeso de Pete se partió en trozos —comentó Bob—. Hans, observe esta señal en la acera donde se cayó y rompió.

—¿Y de dónde cayó? —preguntó Hans.

Bob retrocedió mirando hacia arriba. No había ventanas abiertas, ni lugares donde un chico pudiera ocultarse. De repente vio algo apenas distinguible debido a la suciedad acumulada en la blanca fachada del teatro. Pero allí había:

?

Un enorme interrogante azul, el signo especial de los Tres Investigadores, trazado por Pete.

Aquello demostraba que en algún momento de la noche anterior, Pete había llegado a estar a mitad de la fachada principal del teatro cerrado. Mudo de asombro, Bob trató de imaginarse cómo fue posible. El signo era elocuente prueba de ello. Tal vez Pete y Júpiter se hallaran dentro del edificio.

—Hans, tenemos que entrar en el teatro —dijo Bob.

—Conforme. Apartaré los tablones y pasaremos por la puerta —ofreció Hans.

Empezó a tirar de los tablones que aseguraban la entrada principal.

Bob lo contuvo.

—Si están dentro, es porque hallaron abierta una puerta. Creo que sé dónde está.

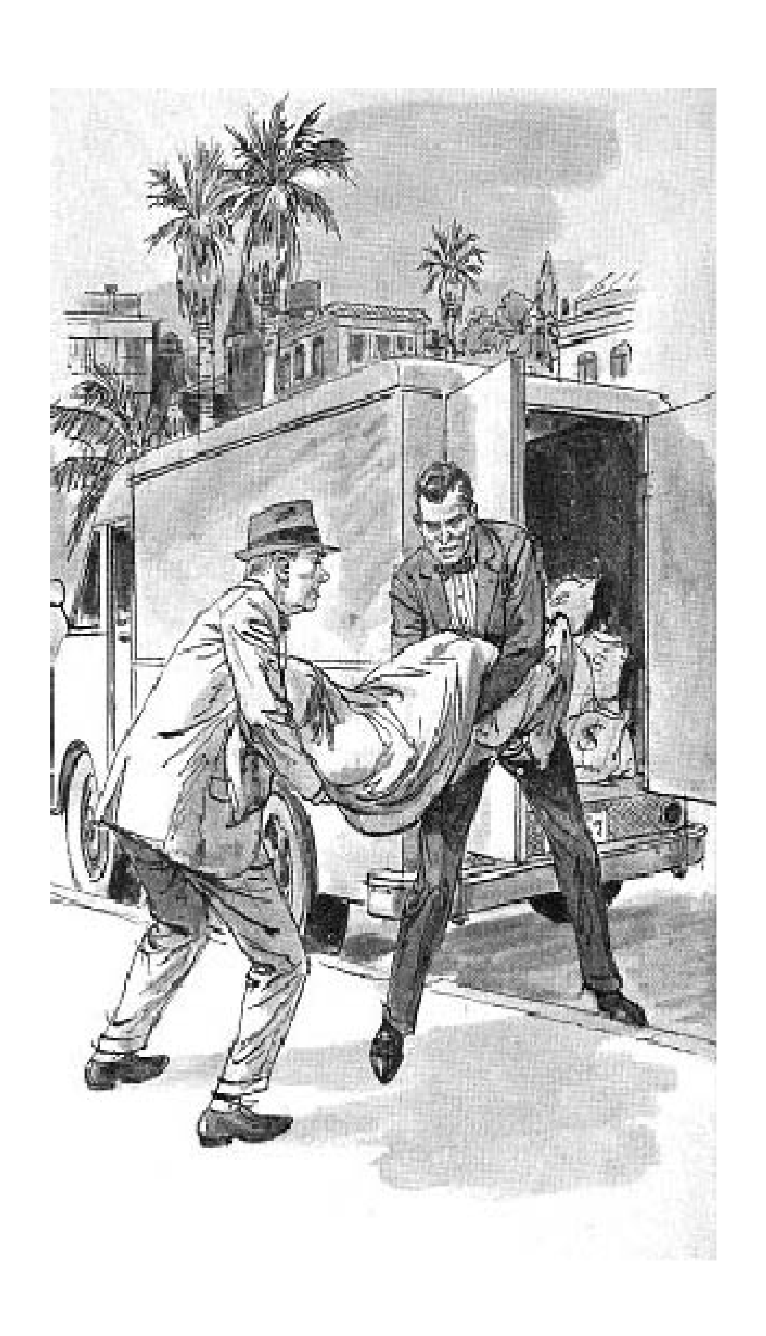
Llevó a Hans hasta el callejón que pasaba por detrás del teatro y la casa de la señorita Agawam.

—¡Chist! —dijo—. Tenemos que adoptar medidas de precaución.

Del bolsillo interior de su chaqueta sacó un pequeño espejo redondo, parte de un nuevo equipo que Jupe había repartido entre los Tres Investigadores aquella semana.

Bob se tendió en la acera, junto a la esquina. Cauteloso, alargó un brazo en cuya mano sostenía el espejo, y a través del cual pudo ver toda la longitud del callejón.

En el espejo apareció un camión verde aparcado frente a la puerta que facilitaba la entrada al escenario, donde él y los otros habían estado el día anterior. Se sorprendió al ver a un hombre corpulento que salía del teatro con un pesado saco. Era el señor Rawley.



—¿Qué ves? —preguntó Hans.

—Veo al vigilante nocturno. Creo que está robando algo. Sospecho que Pete y Júpiter están dentro.

—Bien, ¿pues a qué esperamos? —apremió Hans—. ¡Vayamos a buscarlos!

El bávaro tensó sus poderosos músculos.

—¡No! —Se opuso Bob—. Necesitamos a la policía. Puede que se trate de una banda… ¡Ahora salen otros dos con más sacos! ¡Corra en busca de la policía y vuelva pronto, Hans! ¡Yo vigilaré!

—De acuerdo —gruñó Hans, seguro de que podía realizar el trabajo por sí mismo.

Se alejó de prisa. Bob se mantuvo al acecho.

Los hombres miraban desconfiados arriba y abajo del callejón. Por fortuna, no advirtieron el espejo apoyado en el suelo. Los tres, uno delgado y nervudo, otro bajo y grueso y el corpulento señor Rawley, continuaron llevando sacos al camión.

Bob empezó a inquietarse. El tiempo transcurría. ¿Por qué Hans no regresaba con la policía?

Los tres hombres parecían haber acabado de cargar el camión. Luego de breve consulta, volvieron dentro y dos de ellos salieron con un saco mayor.

¡El saco se agitaba!

Los hombres lo lanzaron al camión y regresaron en busca de otro similar, incluso de más peso y abultado. ¡También se agitaba! Como el anterior, fue depositado en el interior del vehículo.

Bob se sintió culpable. Pete y Júpiter iban en los dos sacos, y no podía hacer nada en favor de ellos. Si Hans hubiera estado allí habrían atacado a los hombres y, posiblemente, liberado a sus amigos. Pero lo había mandado en busca de la policía. Si él intentaba rescatarlos, sería hecho prisionero también.

Uno de los hombres cerró de golpe la puerta de atrás del camión. Luego los tres subieron al asiento delantero. Un instante después se alejaba el vehículo.

¡Júpiter y Pete eran conducidos a un lugar secreto, sin que Bob pudiera impedirlo!

Capítulo 15

Se pierde la pista

Ambos amigos viajaban muy incómodos, con las manos y pies atados. Permanecían tumbados entre montones de dinero y valores robados en el banco. Pete advirtió que Júpiter se movía a su lado.

—¡Jupe! —susurró a través del saco—. ¿Dónde crees que nos llevan?

—Hablaron de echarnos por la borda —contestó el primer investigador—. Probablemente huirán por mar.

—¿Crees que Rawley lastre nuestros pies con los sacos llenos de plata y nos tire al agua?

—Eso dijo —admitió Júpiter—. No obstante, recuerda al famoso mago Harry Houdini, a quien ponían esposado en el interior de un depósito de leche sellado y lo lanzaban al agua. Siempre salía vivo.

—Me sentiría más tranquilo si yo fuera Harry Houdini —contestó su amigo—. Pero soy Pete Crenshaw.

Una risita interrumpió el coloquio de ambos investigadores. Los cuatro enanos se habían vestido ropas de niños, y viajaban en la parte de atrás del camión con los dos cautivos. Uno de ellos dijo:

—Quizá tengáis suerte. Puede que el señor Rawley os venda como esclavos en algún lugar del Oriente Medio. Aún quedan esclavos en los desiertos de Arabia.

Pete se quedó silencio. ¿Prefería ser esclavo de algún jeque árabe, a festín de los peces?

Ninguna de las dos alternativas le sedujo.

Los enanos guardaron silencio. El camión saltaba en el desigual pavimento. Poco después aminoraba la marcha.

—¡Bueno, Small Fry, saltad y coged vuestro autobús! —gritó

Rawley desde la cabina—. Ya habéis recibido vuestra parte. Procurad que nadie os vea gastando dinero en mucho tiempo.

—Nos esconderemos, no tema —prometió uno de ellos.

—¡Y no habléis! ¡En boca cerrada no entran moscas! —dijo Chuck.

—Nunca diremos nada a la policía —contestó el enano—. Los de nuestra raza saben callar. La policía se volverá loca antes de conseguir una confesión nuestra.

El camión se detuvo. La puerta de atrás se abrió, y uno a uno los enanos saltaron al pavimento. Segundos después, el vehículo adquiría velocidad. Ascendió una ladera y luego siguió por una carretera más lisa, prácticamente desierta. Era probable que desembocase en una playa del océano Pacífico, a varios kilómetros de la ciudad, donde un barco aguardaría a los ladrones.

—¡Esclavo o alimento de peces! —gimió Pete—. Jupe, no servimos para eso. ¿Quién nos mandó iniciar esta investigación?

—Lo hicimos por diversión —contestó Jupe—, y para ejercitar nuestro ingenio.

—Tengo diversión para mil años y un ingenio congelado —se lamentó Pete—. Los ladrones se han salido con la suya. Confié en que Bob advirtiera la única señal que pude pintar. Claro que eso sería demasiada suerte. Bueno, di algo —apremió irritado por el silencio de su amigo—. Por lo menos, dime que tenemos una posibilidad.

—No puedo —respondió honestamente Júpiter—. Pensaba en que Rawley es muy listo.

A cierta distancia, Bob Andrews y Hans los seguían.

El bávaro había regresado sin ningún agente, cuando Bob contemplaba alejarse el camión verde. Bob quiso que buscase un teléfono para llamar a la policía. No obstante, desistió al comprender que en día festivo los establecimientos se hallan cerrados, y que tampoco sería posible encontrar un policía en los alrededores. Finalmente se decidieron por subir al camión de los Jones y emprender la persecución.

El camión verde tenía la puerta de atrás azul, quizá debido a una posible reparación después de un accidente. Eso lo hacía fácilmente

reconocible. El tráfico era prácticamente nulo, pero el vehículo del Patio Salvaje carecía de partes llamativas que pudieran despertar la atención de los perseguidos.

—¡No lo pierdas, Hans! —rogó Bob—. ¡Pete y Júpiter viajan en él!

—Puedo acorralarlo —dijo Hans—. Me sería fácil sacarlo de la carretera.

—¡Y matar a Jupe y Pete! —bramó Bob—. No, Hans; creo más conveniente seguirlo hasta que se pare.

Y así lo hicieron. Cinco minutos después el camión perseguido se detuvo. Cuatro niños descendieron de la caja y se encaminaron a la parada del autobús.

—¡Por Jeremías! —exclamó Hans—. Cuatro chavales haciendo de las suyas. ¿Qué te parece, Bob, si los cojo y les obligo a decir lo que sepan?

—¡No, no! —replicó Bob—. En tal caso perderemos de vista el camión.

El vehículo de los malhechores enfiló una autopista, y, a toda velocidad, se dirigió al océano.

Hans alcanzó la autopista con el tiempo justo de no perderlos. Sin embargo, el camión verde aceleró tanto que Hans apenas pudo mantenerse a su estela.

—Ignoro si Jupe o Pete pueden usar sus transmisores —dijo Bob, recordando una ocasión en que estos aparatos fueron útiles—. Escucharé.

Se sacó el transmisor del bolsillo, pulsó el botón de encendido y lo mantuvo a su oído. Durante un momento sólo oyó zumbidos. Poco después captó la voz de un hombre que reconoció como la de Rawley. Parecía utilizar un transmisor muy potente, que funcionaba en el mismo canal que el de Bob.

—¡Atención muelle! —decía—. ¡Atención muelle! Llama Operación Túnel. ¿Me oye? Vamos hacia allí. Cambio.

Una voz más apagada contestó:

—Operación Túnel. Recibida la llamada. Aquí, muelle. ¿Salió bien la Operación Túnel? Cambio.

—Hola, muelle —volvía a ser Rawley—. Mejor, imposible. La única novedad son un par de pasajeros. Ya pensaremos qué hacer con ellos cuando estemos a bordo. Eso es todo. Llamaré de nuevo

cuando estemos próximos al muelle. Corto y fuera.

La comunicación quedó interrumpida.

De repente se produjo un estallido. Bob se agachó. ¿Habrían sido descubiertos y disparaban sobre ellos desde el otro camión?

El vehículo de Patio Salvaje se bamboleó. Hans lo desvió hacia la columna de la derecha, junto al borde de la carretera.

—Vamos demasiado aprisa —dijo—. Acabamos de sufrir un reventón. Tenemos que parar.

Instantes después, el camión verde con la puerta azul, llevándose a Pete y Júpiter, desaparecía en la distancia.

Capítulo 16

Posibilidades desesperadas

Hans cambió tan aprisa como pudo el neumático averiado. Empero, precisó unos diez minutos, y, naturalmente, el camión verde estaba a kilómetros de distancia cuando reanudaron la marcha.

¡Habían perdido a Júpiter y Pete! Bob sintió una extraña y desvalida sensación de que ya no los vería más.

—¿Qué hacemos ahora, Bob? —preguntó Hans cuando volvieron a estar sentados en el asiento delantero—. ¿Llamamos a la policía?

—Olvidé anotar la matrícula del camión —confesó Bob, sintiéndose muy torpe—. Nos habíamos concentrado demasiado en la persecución. ¿Y qué vamos a decir a la policía?

—Bueno, ellos se fueron por aquí, pues nosotros también —decidió Hans.

Bob trató de sacar conclusiones. La autopista conducía al océano Pacífico. Un desvío de la misma enlazaba la estupenda playa de Long Beach. Otro se dirigía a San Pedro, el puerto comercial de Los Ángeles.

En la comunicación radiada se habían referido a un muelle. Long Beach carecía de muelles. En cambio San Pedro sí los tenía, y era el único en aquella zona.

—Hans, diríjase a San Pedro.

—Tú mandas, Bob —accedió Hans.

Continuaron la carrera a la mayor velocidad que desarrollaba el viejo camión. Mientras, Bob se devanaba los sesos en un intento de comprender lo sucedido.

Pete y Júpiter se habían propuesto identificar a unos gnomos, pero terminaron metidos en sacos que viajaban en un camión

conducido por el señor Rawley, vigilante nocturno del Teatro Moruno. Los ignorados acontecimientos que habían desembocado en semejante final, resultaban imposibles de intuir. Bob sabía que sus amigos se hallaban en grave peligro y que nadie podría liberarlos, excepto él mismo. Esta idea lo hizo sentirse cohibido y desamparado.

Al fin llegaron a las afueras de San Pedro, y cruzaron veloces la ciudad hacia el puerto. Algunas embarcaciones de pesca se hallaban ancladas en el muelle, mientras otras más pequeñas se balanceaban a sus costados. Hans detuvo el camión, sin que ninguno de los dos supiera qué hacer.

Pete y Júpiter serían llevados a uno de aquellos barcos, o quizás a una barca de pesca. Si esto sucedía, nunca más volverían a verlos. Pero ¡demonios! ¿Y cuál era el barco?

—Me temo que los hemos perdido, Bob —dijo Hans—. No consigo localizar el camión. He mirado por todos lados, y no lo veo.

—Estará en algún embarcadero —respondió Bob—. Lo dijeron por radio. Sólo que hay demasiados embarcaderos en San Pedro. Para examinarlo todo… —De repente se irguió—. ¡El transmisor! —gritó—. ¡Dijeron que volverían a comunicarse al llegar aquí!

Necesitó un par de segundos para poner en marcha el aparato. Al principio no escuchó nada. Respiraba con fuerza. Finalmente, oyó que decían:

—Operación Túnel. Hemos echado un bote al agua, que les recogerá en el embarcadero 37, dentro de cinco minutos. Tengan dispuesto el equipaje, incluidos los pasajes, para carga inmediata.

—Aquí Operación Túnel —contestó Rawley—. El equipaje y pasajeros, a punto de carga.

—Conforme —dijo la otra voz—. No más comunicaciones. Cuando nos acerquemos, agiten un pañuelo blanco tres veces, y sabremos que todo el terreno está despejado. Corto y fuera.

Bob, tembloroso de excitación, se volvió a Hans.

—¡El camión está en el embarcadero 37! Disponemos de cinco minutos. ¿Dónde está el embarcadero 37?

—¡Preguntémoslo a alguien! —jadeó Bob—. ¡Ojalá encontremos a un agente de policía! ¡En marcha, Hans, y alerta!

El bávaro puso en marcha el vehículo, que avanzó despacio. Hombre y muchacho miraban hacia todas partes en busca de

alguien que les informase. Empero, los domingos por la mañana escaseaban los viandantes. Al fin descubrieron un coche patrulla de la policía que giraba en un cruce ante ellos.

—¡Siga a aquel coche, Hans! —gritó Bob—. ¡Toque la bocina!

Hans obedeció. El viejo camión rugió junto al coche de la policía, con una bocina escandalosa.

—¡Por favor, agente! —gritó Bob—. ¿Dónde está el embarcadero 37? ¡Es un asunto de vida o muerte!

—¿El embarcadero 37? —El policía señaló hacia atrás—. Retrocedan tres bloques y diríjanse hacia el muelle. ¡No, que es dirección única! Adelanten cuatro bloques, rodeen un bloque y…

—¡Gracias! —gritó Bob—. ¡Síganos! ¡Dos chicos están en terrible peligro!

El camión se alejó a toda velocidad, mientras el policía aún hablaba. Éste parpadeó al ver que el camión realizaba un giro de 180 grados en el centro de la calzada, prácticamente sobre dos ruedas.

—¡Eh! ¡Eso está prohibido! —gritó el agente que informara. Su compañero puso en marcha el coche, realizó idéntica maniobra y corrió tras ellos.

Hans salvó raudo los tres bloques.

—¡Gire aquí! —gritó Bob—. Es calle de dirección única, pero también el trayecto más corto, y se nos acaba el tiempo.

Un pequeño letrero indicaba «Embarcadero 37», y una flecha señalaba calle abajo. Recorrieron un bloque, luego con un gemido de desesperación, Hans frenó en seco.

El embarcadero 37 estaba delante de ellos. Pero la entrada se veía bloqueada por una gran verja de hierro. La puerta lucía un enorme candado. Al otro lado podía verse el camión verde con la puerta azul. Un hombre fornido, apoyado sobre un guardabarros anterior, agitaba un pañuelo de modo casual. A unos cien metros, en el agua, una vieja lancha a motor avanzaba veloz hacia el embarcadero.

—¡Tenemos cerrado el paso, Bob! —gritó Hans—. ¡Y Pete y Jupe se hallan a un paso de nosotros!

El coche policía llegó rugiendo junto a ellos.

—¡Quedan arrestados! —anunció el conductor—. Se les acusa de giro prohibido, exceso de velocidad y circular contra dirección.

¡Muestre su licencia!

—¡No hay tiempo que perder! —respondió Hans—. Tenemos que llegar al embarcadero 37 en seguida.

—No trabajan hoy. Ha quebrantado la ley. ¡Su licencia!

—Pero, agente, ¡los ladrones de aquel camión han secuestrado a un par de chicos! —gritó Bob asomando la cabeza por la ventanilla de Hans—. ¡Por favor, deténgalos!

—Historias fantásticas no les ayudarán a salir de ésta —gruñó el agente—. ¡Vamos enséñeme la licencia!

La lancha seguía acercándose al embarcadero.

—¡Hans! —dijo Bob con repentina inspiración—. ¡Embista la verja!

—Conforme, Bob. Excelente idea.

Hundió el acelerador y el camión salió disparado hacia delante. Los policías estaban detrás de ellos. El parachoques delantero golpeó en el centro de la verja cerrada, produciendo un ruido semejante a un chillido agudo. La verja se vino estrepitosamente a tierra. El camión avanzó unos metros, hasta que fuertes alambres se enrollaron en sus ruedas. A menos de veinte metros se hallaba el camión verde.

—¡Al ataque, Bob! —rugió Hans.

Saltaron a tierra y corrieron a la máxima potencia de sus piernas.

Hans embistió a Rawley como un toro enfurecido. Éste, sobresaltado, vio cómo se le echaba encima, e intentó sacarse algo del bolsillo, seguramente una pistola. Pero antes de lograrlo, nervudos brazos lo alzaron como a un niño, para volar hasta el agua. El hombre se hundió un momento y cuando apareció en la superficie escupió un chorro de agua. Los ocupantes de la lancha motora lo asieron por los brazos y consiguieron izarlo.

Chuck y Driller, armados con llaves inglesas y una barra para desmontar neumáticos, saltaron de la cabina y se abalanzaron sobre Hans. Éste logró esquivarlos, y al darse la vuelta, cogió a cada uno de ellos por el cuello de la camisa, los arrastró hasta el borde del embarcadero, tirándolos también al agua.

Bob consiguió abrir la puerta de atrás y gritó mientras se subía a la caja:

—¡Pete! ¡Jupe! ¿Sois vosotros?

—¡Bob! —oyó decir amortiguadamente a Júpiter—. ¡Sácanos de estos sacos!

—¡Hurra por Bob! —gritó Pete, más débilmente, pues Júpiter se hallaba, en parte, encima de él.

La embarcación recogió a Chuck y Driller y giró a toda velocidad en busca de un barco de pesca fuera del muelle. Vista la fuerza de Hans, los dos agentes de policía se le acercaron precavidos, revólveres en mano.

—¡Queda arrestado! —gritó uno de ellos—. No sé cuántas leyes ha infringido, pero son suficientes. De eso estoy seguro.

—¡Ja! —exclamó Hans, señalando la lancha que huía—. ¡Denle alcance! Allí van los tipos que a ustedes interesan.

Bob se hallaba muy atareado con su navaja, cortando los sacos de Júpiter y Pete. Luego les liberó las manos y los pies.

Los dos muchachos se levantaron con aspecto muy abatido. Parpadearon para acostumbrarse a la luz.

Uno de los policías vio a los chicos que salían de los sacos, y se acercó a ellos, alarmado.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó—. ¿Qué hacíais dentro de estos sacos? ¿Se trata de una broma?

Júpiter se irguió con toda su dignidad ofendida. Estiró un saco del interior del camión, cogió la navaja de Bob, e hizo un corte. Fajos de billetes cayeron sobre el embarcadero. Luego se sacó una tarjeta de los Tres Investigadores, y la entregó al agente.

—Los Tres Investigadores acaban de resolver un difícil caso de gnomos —habló grandilocuente—. Han recuperado también el botín de un atrevido robo a un banco. Los hombres que lo cometieron intentan escapar ahora. Bien, el resto corresponde resolverlo a las autoridades. Creo que eso es todo.

Pete, Bob y Hans lo miraron admirados. Nunca habían visto a Jupe tan impresionante.

Llegado el momento de mostrarse digno, ¿quién era capaz de vencer a Júpiter Jones?

Capítulo 17

Ataque sorpresa

Habían transcurrido seis días después de aquel domingo en que Júpiter dijera: «Creo que eso es todo». Desde entonces los chicos tuvieron que dar respuesta a miles de preguntas.

La policía reconoció que habían logrado evitar que los ladrones huyeran con el botín del robo. En principio se mostró escéptica en cuanto a los gnomos, si bien finalmente lo aceptaron. La señorita Agawam había respaldado la historia de los chicos.

Pero la policía no consiguió detener a Rawley, Chuck y Driller, que huyeron una noche de niebla, mientras la policía interrogaba a los Tres Investigadores. En cuanto a los enanos convertidos en gnomos, sencillamente negaron toda participación en los hechos. La policía fue a la casa de huéspedes donde la mayoría de ellos se hospedan en Hollywood.

Todos tenían amigos que juraban no habían salido de la casa mientras se cometía el robo en el banco.

Durante aquellos seis días, Júpiter se mostró muy desagradable. La verdad era que estaba enojado consigo mismo.

Ciertamente, el primer investigador había descubierto que los gnomos eran enanos disfrazados, y también sospechó que se preparaba el robo. Pero ello había sido momentos antes de ser capturados. En cambio, Pete dejó la pista en la fachada del teatro. Bob la descubrió, y éste y Hans salvaron a los dos amigos en peligro.

La verdad era que Júpiter Jones, primer investigador, no había destacado esplendorosamente en el caso de los gnomos de la señorita Agawam, o por lo menos así opinaba él. Y para mayor

fastidio, la solución que diera a la desaparición del Cinturón de Oro, fue un fracaso. Todo ello resultó ser para Júpiter una gran píldora que tragar. Ni siquiera la fervorosa alabanza de la señorita Agawam tuvo efectividad sedante en su ánimo. Hasta que no sucediera algo nuevo capaz de galvanizarlo, Júpiter no volvería a ser el de siempre. Sus amigos confiaban en que así ocurriría.

En la mañana del sábado siguiente, después de duro trabajo en la chatarrería, Bob, Pete y Jupe descansaban en el taller secreto de los Tres Investigadores. Júpiter parecía más animado, y él y Pete recopilaban detalles de la aventura en el viejo Teatro Moruno, para Bob.

—Me sorprende que la policía no haya localizado a Rawley ni a sus secuaces —comentó Pete—. Espero que más pronto o más tarde la Interpol lo haga. El diente de oro de Driller es una buena pista.

—Oh, eso es común en muchas personas —dijo Bob—. Recuerdo que en el museo vi a un *cub-scout* con un diente de oro. ¿Qué te ocurre, Jupe?

Éste se había puesto en pie de un salto, y miraba a su amigo como nunca lo hubiera conocido.

—¿Viste a un *cub* con un diente de oro? —preguntó, sonrojado de excitación. Luego sus puños golpearon la imprentilla—. ¡Bob! ¿Por qué no me lo dijiste entonces? ¿Por qué no me lo dijiste?

—Un *cub-scout* con un diente de oro —respondió Bob, alarmado por la extraña reacción de Júpiter—, me parece que no es nada importante. Ni siquiera volví a recordarlo.

—Pero ¿no te das cuenta? —exclamó Júpiter—. Si me lo hubieras dicho, yo…

En aquel momento la señora Jones los interrumpió, anunciando la visita de Taro Togati, que apareció muy abatido.

—Júpiter-san —hizo una pequeña inclinación—.
Bob-san

,

Pete-san

. Vengo a despedirme. Mi padre está en desgracia. Regresamos al Japón.

—¿Qué ocurre, Taro? —preguntó Júpiter—. ¿Se suspende la exhibición de joyas?

—Ah, no —el japonesito sacudió la cabeza—. Como ya sabéis,

no se halló el Cinturón de Oro en el interior del museo, y los vigilantes han resultado ser inocentes. Tampoco hay nuevos sospechosos. La compañía Nagasami despide a mi padre como detective jefe. Está muy abatido. Es un hombre derrotado.

Los chicos lamentaron enterarse de la noticia. Les gustaba Taro. Sabían que su padre había hecho cuanto pudo… pero la banda que efectuó el robo en el Museo Peterson había resultado en extremo lista.

Jupe seguía comportándose de un modo muy peculiar. Se presionaba el labio inferior y sus ojos brillaban. Toda su tristeza se había diluido.

—Taro —dijo—. Mañana es el último día de la exposición, ¿verdad?

—Sí —asintió Taro—. Se cierra el domingo por la noche. El domingo por la noche mi honorable padre y yo regresaremos al Japón. Por eso vengo hoy a despedirme de mis amigos americanos.

—Según los periódicos —añadió Júpiter, como obstinado—, mañana será el día dedicado al niño. Los menores de doce años entrarán gratis y el resto pagará la mitad.

—Sí —convino Taro—. La otra vez hubo gran alboroto. Por eso se ha organizado otro día del niño.

—Entonces no hay tiempo que perder, Taro. Tengo una idea. ¿Querrá colaborar tu padre?

—¿Colaborar? —Taro no pareció comprender.

—Me refiero a si me prestará ayuda para desarrollar una idea mía.

—¡Claro que sí! —Taro agitó vigorosamente su cabeza—. Mi padre está desesperado. Dice que la policía no resolverá el caso y no se opone a que lo intentéis vosotros.

—¡En marcha, pues! —saltó Jupe—. ¿Tienes coche?

—Tengo coche y conductor.

—¡Bob, Pete… esperadnos! Es posible que esté ausente toda la tarde. Tú, Bob, escribe las notas que, sobre el caso, leeremos al señor Hitchcock. Tú, Pete, sigue con la segadora. Quizá le saquemos diez dólares. Consigue permiso para quedarte aquí toda la noche, de ser necesario.

Bob y Pete abrieron sus bocas. Júpiter se alejó, seguido de Taro Togati. Los primeros tardaron más de un minuto en recuperar sus

voces.

—Bien —dijo Pete—. ¿Qué ocurre?

—¡Cuernos de caracol si lo sé! —contestó Bob—. De repente algo pareció morder a Jupe, y supongo que deberemos aguardar a que regrese para que nos lo explique.

El misterio ganó en profundidad cuando recibieron una llamada telefónica de Júpiter a última hora de la tarde.

—Probad todas las entradas y salidas, excepto la de emergencia y la cuatro —ordenó refiriéndose a sus rutas de escape y entrada, que sólo utilizaban en casos desesperados—. Usad Puerta Verde, Túnel Dos, Puerta Roja de Rover y los Tres Tranquilos.

»Entrad y salid varias veces. Aseguraos de que todas funcionan.

Júpiter colgó antes de que pudieran formularle preguntas. Las ideas del primer investigador eran a veces incomprensibles para sus ayudantes. Sin embargo, éstos obedecieron. Entraron por la Puerta Verde y se arrastraron por el tubo ondulado del Túnel Dos. Probaron la Puerta Roja de Rover, disimulada por tres motivos de color rojo, que eran otras tantas escenas del incendio de San Francisco en 1906. Un perrito contemplaba el fuego, y si se presionaba uno de sus ojos las tablas se alzaban. Luego recorrieron un camino entre el material dejado allí como al azar, pero que en realidad ocultaba el puesto de mando.

Los Tres Tranquilos era la entrada más sencilla: una enorme puerta de roble, aún en sus goznes, apoyada contra unos maderos. Una gran llave oxidada, que ocultaban en un recipiente de otro metal en el mismo estado, abría la puerta.

Detrás de ella, un corto pasadizo conducía a la puerta lateral del remolque, que había sido transformado en puesto de mando.

Los Tres Tranquilos se utilizaba cuando el patio estaba desierto y sin nadie que pudiera verlos.

Ni a Bob ni a Pete satisfacía seguir las instrucciones de Jupe, si bien por su condición de jefe se le respetaba y obedecía. Luego de entrar tres veces por cada una de las puertas secretas, esperaron acontecimientos.

Pero Júpiter no regresó hasta que su tía sirvió la cena. Apareció acalorado y triunfante. El taxi en que viniera, se detuvo frente a la casita de los Jones. Bob y Pete se alarmaron al ver que el coche de Taro se detenía en la esquina, y que éste se apeaba y entraba en la

casita por la puerta de atrás.

—¡Caramba, por todas las cosas buenas y dulces del mundo! —exclamó tía Mathilda, al ver a su sobrino—. ¿Qué demonios te propones ahora, Júpiter? Llevas tu mejor chaqueta, que por cierto apenas se te abrocha por la cintura. ¡Realmente estás gordo!

Que le llamasen gordo era algo insufrible para él. Había otros adjetivos, como recio y fornido, que gozaban de su preferencia. Pero gordo… ¡Oh, no! Sin embargo, esta vez no pareció importarle, pues se sonrió.

—Si es que piensas mezclarte en otro robo a un banco, hijo mío —comentó su tío Jones, hombre bajo con gran bigote negro, y amigo de hablar un inglés florido—, permíteme advertirte que, inapelablemente, me opongo. Dicho de otro modo, lo desapruebo. Y más claro aún: ¡Te lo prohíbo!

—Sólo intento ayudar a Taro —respondió Júpiter, que posó una mano sobre el hombro del muchacho—. Su padre está en un pequeño apuro. Ha extraviado un cinturón y yo le ayudo a encontrarlo.

—¡Hum! —El señor Jones sumióse en ignorados pensamientos hasta que se hubo servido la carne asada y puré de patatas. Luego dijo—: Un cinturón extraviado. He dado vueltas a esa frase en mi cabeza, y no hallé nada siniestro en ella. Bien, puedes actuar.

Durante el resto de la comida no hubo más novedades. Júpiter y Taro se mostraron abstraídos, y ni siquiera a los otros dos investigadores hicieron partícipes de las ideas que bullían en sus cabezas. Júpiter mantuvo su chaqueta prietamente abrochada, pese a que era un atardecer caluroso.

Cuando el firmamento empezó a oscurecer, Júpiter se levantó.

—Si nos excusas, tía Mathilda, nos iremos a celebrar una reunión en el patio.

—¡Ah, ya, vuestro club! —exclamó abstraída—. Adelante, muchachos; Titus y yo nos encargaremos de la vajilla.

—Espero que logres ayudar al padre de este chaval a encontrar su cinturón —deseó Titus Jones, que apoyó su mano en el hombro de Taro—. Bien, podéis iros.

—Bueno, por motivos especiales —explicó Júpiter—, no queremos que nadie sepa que tenemos un huésped. Así que Hans y Konrad llevarán a Taro dentro de una caja de cartón.

Bob y Pete lo consideraron una extravagancia, empero el matrimonio Jones se limitó a encogerse de hombros. Estaban acostumbrados a las rarezas de Júpiter, prodigadas en tantas ocasiones.

Poco después, Bob, Pete y Júpiter, seguidos de Hans y Konrad llevando una gran caja, llegaron al taller. Los dos ayudantes bávaros, Júpiter y sus amigos entraron en el puesto de mando por el Túnel Dos.

—¿Cumplisteis mis órdenes? —preguntó Jupe.

Pete y Bob asintieron.

—Aunque no fue de nuestro agrado —refunfuñó Pete—. Algunos chicos hacían volar una cometa al otro lado de la calle, y hubieran podido descubrir las entradas secretas.

—Probablemente serían de la pandilla de Skinny Norris, que nos espiaban —añadió Bob—. Pero dijiste que lo hiciésemos, y lo hicimos.

—Espléndido —Jupe pareció complacido—. Ninguna organización puede funcionar a menos que se cumplan las órdenes. He tenido una tarde muy interesante. De eso ya os hablaré después. Ahora contemos a Taro alguna de nuestras aventuras.

Nada de cuánto decía Júpiter encerraba un mínimo de sentido común. Empero, Pete y Bob obedecieron. Taro Tagati, silencioso en su asiento, escuchó sus narraciones sobre los diversos casos que habían solucionado. Le intrigó especialmente «*El Misterio del Loro Tartamudo*», pues había domesticado uno, según dijo.

Fuera oscurecía por momentos. A través del tragaluz vieron que el cielo se tornaba negro profundo. Sólo entonces, Júpiter se desabrochó el cinturón. Todos contemplaron lo que le hacía ser más obeso. ¡Tenía puesto el Cinturón de Oro de los antiguos emperadores!

Los grandes eslabones de oro y las esmeraldas, brillaron intensamente. Júpiter lo dejó sobre la mesa.

—Lo he llevado todo el día. Y puedo aseguraros que pesa mucho —dijo.

Bob y Pete lo acribillaron a preguntas. ¿Dónde lo había encontrado? ¿Por qué lo llevaba puesto? ¿Por qué no lo había entregado?

Antes de que Júpiter contestase a una sola de las preguntas, la

trampilla del Túnel Dos se alzó. Un hombre bajito, armado de cuchillo, los miró enfurecido. Acto seguido, se abrió la comunicación de la Puerta Roja de Rover y otro hombrecillo, también armado, apareció allí.

Como si obrasen guiados por un cronómetro, la puerta principal de Los Tres Tranquilos se abrió de golpe. Dos hombrecillos, con aspecto fiero y determinante, pese a su tamaño, dirigieron las agudas puntas de sus cuchillos hacia los chicos.

—Bien, jovencitos, hemos venido en busca del cinturón —chilló uno—. ¡Entregádmelo!



De ser adultos normales, no habrían podido pasar por las entradas secretas al puesto de mando. Pero aquéllos eran enanos.

Cuando los invasores penetraron en la pequeña oficina, Júpiter fue todo acción.

—¡Alerta Rojo! ¡Máxima emergencia! ¡Salida instantánea!

Agarró el Cinturón de Oro que estaba sobre el escritorio, empujó hacia arriba el tragaluz, y de fuera bajaron una cuerda con dos anillas. Taro introdujo los pies en ellas y se encaramó al tragaluz con la viveza de un mono. Pete y Bob, evidentemente sorprendidos, reaccionaron por instinto, y treparon tras él. Cuando los enanos llegaban a la mesa, Júpiter ya estaba con los otros en el tejado.

Los enanos, buenos acróbatas, los persiguieron. Vociferaban exaltados, seguros de que los muchachos no podrían descender. Pero Júpiter, ya había previsto tal emergencia.

Un viejo tobogán de una escuela estaba apoyado a un lado del remolque. Vigas de hierro parecían bloquearlo. Sin embargo, nuestros héroes se deslizaron tendidos por el tobogán, y fueron a caer sentados en el polvoriento suelo. Raudos, corrieron entre chatarra hacia la puerta de salida.

En el tejado del puesto de mando, el primer enano intentó seguirlos por el tobogán. Empero, no se deslizó tendido, y fue a chocar en la viga de hierro. Su chillido taladró la noche.

—¡Retroceded! —gritó—. ¡Tenemos que atraparlos!

Tras un momento de confusión en el tejado, los enanos volvieron a la oficina y salieron por Los Tres Tranquilos.

—¡Hay que cogerlos! —gritó uno—. ¡Tienen el cinturón!

Los chicos, ocultos detrás de un montón de madera, sintieron un escalofrío de temor cuando las cuatro diminutas sombras, con largos cuchillos en las manos, se acercaron.

Bob y Pete recibieron la segunda sorpresa de la noche. En alguna parte resonó fuertemente un silbido. Instantes después, media docena de figuras de estatura normal cruzaron la puerta principal y se abalanzaron sobre los enanos. Los hombrecillos se retorcían y chillaban, pero no ofrecieron mayor dificultad a los policías y al señor Sayito Togati, que habían esperado fuera.

Tras breve y feroz lucha, los enanos quedaron atados y fueron llevados al coche de policía que aguardaba. Los muchachos salieron a rastras de su escondite. Taro, gozosamente enardecido, parecía

fuera de sí mismo.

—¿Ves, padre? —gritó—. El plan de Júpiter resultó brillantísimo. El cinturón se ha recuperado y los pequeños criminales están detenidos.

—¡Ah, desde luego! —exclamó el señor Togati—. Ciertamente, de pequeños libros pueden aprenderse grandes consejos. Júpiter, presento mis humildes excusas por la rudeza de un principio.

—Gracias, señor —respondió el primer investigador, casi tartamudeando de complacencia por como se habían desarrollado los acontecimientos—. Es natural que usted creyera a la policía capaz de realizar este trabajo mejor que nosotros.

—Así hubiera sucedido de tratarse de criminales ordinarios —convino el señor Togati—. Pero esta vez eran ladrones muy especiales —se dirigió a Taro—: Hijo mío, te agradezco tu insistencia. Gracias a ti, escuché a tus amigos norteamericanos.

Semejante alabanza hizo que el pequeño Taro casi estallase de gozo.

—En lo sucesivo vigilaré mejor el cinturón —el señor Togati, reverente, tocó los eslabones de oro—. Vale muchísimo dinero. A vosotros, muchachos, debo que se haya salvado mi honor. ¡Nunca lo olvidaré! ¡Gracias, muchas gracias! Bien, Taro, debemos irnos. No obstante, la distancia no apartará de nuestros corazones a tus amigos.

El señor Togati y su hijo hicieron una profunda reverencia y se marcharon, llevándose el Cinturón de Oro. Reynolds, el jefe de policía, se quedó unos minutos más, formulando preguntas a Júpiter.

Bob y Pete escucharon con la boca abierta, intentando imaginar qué había sucedido. Sobre todo les intrigaba las misteriosas acciones de Júpiter, su repentina revelación de que poseía el Cinturón de Oro, la invasión del puesto de mando por enanos armados, la huida, la aparición del señor Reynolds y, sus hombres acompañados por el señor Togati. Era demasiado para Bob y Pete, que no lograban digerirlo de golpe. Finalmente, la luz se hizo en la mente de Bob.

—¡Jupe! —exclamó después de que el jefe de policía se fuera—. Esos enanos que vinieron en busca del Cinturón de Oro, ¿no son los mismos que ayudaron al señor Rawley a robar el banco?

—Los mismos —admitió Jupe—. En realidad son delincuentes profesionales, y ya se tenían merecido que los cazaran. Habían realizado demasiadas fechorías con sus disfraces de niños.

—Pero… —intervino ahora Pete—. Pero… caramba, ¡un momento! ¿Son de la banda que robó el Cinturón de Oro?

—Por supuesto —confirmó Júpiter—. Ya dije entonces que un trabajo tan bien rematado sólo podía ser obra de una banda extraordinariamente organizada. Los enanos son pequeños hombres, que disfrazados de *cub-scouts*, no despertaron sospechas. ¿Quién iba a sospechar de unos pequeñuelos? Claro que lo hubiera descifrado antes si Bob llega a decirme lo del diente de oro. Empero lo que ahora cuenta es que logré recuperar el Cinturón de Oro, y que los enanos hayan sido capturados, sin daño alguno para nadie.

Aún quedaba mucho que ni Pete ni Bob comprendían. Por fortuna, Júpiter lo explicaría todo a su tiempo. Aquél no era el momento adecuado, o no debía de serlo, por cuanto el primer investigador se hacía el remolón, cosa frecuente en él luego de haber resuelto un caso.

Sus amigos admitieron que tenía motivo para sentirse complacido. Como siempre, Júpiter Jones había demostrado su derecho indiscutible a ser el primer investigador.

Capítulo 18

El señor Hitchcock pide explicaciones

Alfred Hitchcock, el director de cine, cómodamente apoltronado en su silla giratoria, miraba a los muchachos. Delante de su escritorio, en el centro de su lujosa oficina en Hollywood, se hallaban sentados Pete, Bob y Júpiter. Los tres se habían frotado la cara hasta un rosado resplandeciente, y elegido sus mejores pantalones y camisas.

El señor Hitchcock sostenía en sus manos un montón de cuartillas, con la historia del Cinturón de Oro, y los gnomos de la señorita Agawam, escrita por Bob. Los intrépidos muchachos esperaban ansiosos la reacción del señor Hitchcock.

—¡Buen trabajo! —murmuró al fin él director de cine—. Sí, señor, ¡buen trabajo! Lograsteis liberar a mi amiga Agatha de sus gnomos. Y, al mismo tiempo, resolvisteis el robo del banco, recuperasteis el botín, hallasteis un Cinturón de Oro de fabuloso valor, e hicisteis que los ladrones fueran detenidos por la policía. Siempre espero que suceda algo así cuando los Tres Investigadores empiezan un caso, pese a la trivialidad de su apariencia.

Bob y Pete se sonrieron; Júpiter irradiaba, sonrojado de placer.

—Bien, los gnomos de mi apreciada Agatha resultaron ser enanos disfrazados —murmuró el señor Hitchcock—. Desde luego, es el único desenlace normal. Pero decidme. ¿Cómo se sintió mi amiga cuando supo que su sobrino Roger conocía el plan de Rawley para asustarla con falsos gnomos?

—Al principio se enojó muchísimo —explicó Júpiter—. Naturalmente, Roger ignoraba que la finalidad del plan era robar en el banco. Se mostró tan apesadumbrado al enterarse, que su tía le perdonó. Ella ha decidido vender su casa y vivir en un pequeño

apartamento junto al mar. Dice que allí estará más cómoda.

—Celebro su decisión —comentó el señor Hitchcock—. Es una mujer muy simpática. Bueno, creo que esto aclara todos los misterios que rodean el robo al banco. Realmente fue muy ingenioso convertirse en vigilante nocturno de un teatro abandonado para construir un túnel hasta la cámara fuerte de un banco próximo. Puede que un día lo lleve al cine.

El señor Hitchcock se quedó meditabundo un rato, mientras los chicos permanecían expectantes.

Al fin, golpeó el manuscrito y dijo:

—Aquí tenemos algo que nos desconcierta. Confieso que no entiendo lo del Cinturón de Oro. ¿Cómo lo robaron? ¿Dónde lo escondieron? ¿Cómo logró Júpiter que los enanos lo atacasen, dando con ello motivo a la policía para efectuar la detención? ¡Júpiter, danos una explicación de estos asuntos que se prestan a confusiones!

—Bien, señor —Júpiter respiró hondo, pues tenía mucho que decir—. Quizá debí de comprenderlo tan pronto descubrimos que los gnomos de la señorita Agawam eran enanos… Si éstos podían disfrazarse de gnomos, lógicamente, también podían disfrazarse de niños.

»Empero no fue así hasta que Bob me habló de un *cub-scout* con un diente de oro que viera en el museo.

—¡Ah! —El señor Hitchcock se inclinó hacia delante, muy interesado—. El diente de oro. Dime, por favor, lo que sin duda Sherlock Holmes hubiera deducido también de un diente de oro en la boca de un *cub-scout*.

—Pues verá —repuso Júpiter—. Cuando un niño pierde un diente le crece otro. Eso lo sabe todo el mundo. Nadie pondría a un niño un diente de oro, puesto que se le caería al salirle el nuevo.

—¡Naturalmente! —La comprensión se reflejó en el rostro del director—. Sólo un chico mayor o un hombre llevaría un diente de oro. ¡Exacto! Luego, un diente de oro en la boca de un *cub-scout* te hizo sospechar de que se trataba de un adulto.

—Un adulto pequeño, un enano, con uniforme de *cub* —aclaró Júpiter—. Él y sus amigos, entre docenas de otros pequeños, pasaron inadvertidos.

—¡Extraordinario! —exclamó el señor Hitchcock—. Tanto

ingenio merece ser derrochado para fines mejores.

—Nuestros cuatro enanos son acróbatas nacidos en Europa —siguió Júpiter—. Pero actualmente, en Hollywood escasea el trabajo para ellos, y los cuatro se decidieron por el robo. La exposición de las joyas Nagasami les deparó una oportunidad, sobre todo al anunciarse el Día del Niño, en que los *scout* entrarían gratis. La ocasión era única para ellos.

»Pero al mismo tiempo, el señor Rawley buscaba enanos para disfrazarlos de gnomos, y que le ayudasen a robar en el banco. Ellos hicieron un trato con el señor Rawley. Él les proporcionó una mujer de confianza, que, vestida convenientemente, llevó a los *cubs* al museo. La mujer se encargó de contratar al señor Frank, el actor. Lo hizo por correo. El señor Frank produciría un momento de distracción dentro del museo. Así, tan pronto la gente se volvió a mirarlo, ellos, los enanos, se subieron a la plataforma, sin ser advertidos.

»Un instante después las luces se apagaron. No abrigo dudas en cuanto que el señor Rawley lo hizo a cambio del favor recíproco. Tan pronto dejó a oscuras la sala se alejó. Los enanos situados en la plataforma, con los niños alocados y todo en confusión…

—¡Comprendo eso! —interrumpió Pete.

—Los enanos —siguió Júpiter—, disponían de una cuerda de nilón, que, probablemente, la mujer llevó al museo debajo de la blusa. Tres enanos aguantaron la cuerda, mientras el cuarto descendió por ella, pateó el cristal de la vitrina y cogió el Cinturón de Oro. Luego fue izado de nuevo.

El señor Hitchcock dijo pensativo:

—¡Hum! Sí, unos acróbatas pueden hacer ese trabajo en unos treinta segundos. Ahora comprendo por qué robaron el Cinturón de Oro y no las joyas Arco Iris. La vitrina con las joyas Arco Iris estaban en el centro de la sala, fuera de su alcance. Por eso eligieron algo más fácil. Sin duda se proponían vender el cinturón a la misma Compañía Nagasami por una elevada suma.

—No lo confesarán —añadió Júpiter—. Pero el señor Togati está convencido de eso. Bien, ellos sabían que después del robo les resultaría imposible llevarse el cinturón, y decidieron ocultarlo rápidamente. Luego se mezclaron entre los niños, y aprovechando la tremenda confusión, se marcharon. Nadie sospechó de ellos, y,

naturalmente, nunca los hubieran podido acusar, puesto que no llevaban el cinturón.

—Bien —comentó el señor Hitchcock—. Dices que ocultaron el cinturón en el museo. No obstante, siguiendo tu sugerencia, el museo fue concienzudamente registrado, incluso detrás de los cuadros. ¿Cómo fue que no lo hallaron?

—Porque miraron en todas partes menos en el lugar apropiado —respondió Júpiter—. Los enanos habían elegido el escondite después de un profundo estudio de la sala. Ellos confiaban en que el cinturón no sería hallado y que podrían recogerlo en otra ocasión. Además, estaban ocupados en el robo del banco.

—Resultó lógico que prefirieran dejarlo de momento en el mismo museo —admitió el señor Hitchcock.

—La policía no pudo acusarlos de haber participado en el robo al banco —siguió Júpiter—. Eso les libró de ser arrestados. Sus amigos se prestaron a apoyar a la coartada que se habían fabricado. Pero yo pensé que si lograba que me atacasen donde la policía pudiera sorprenderlos con las manos en la masa, darían con sus huesos en la cárcel.

—Bien pudiste decirnos lo que te proponías —se quejó Bob—. Pete y yo nos asustamos cuando los enanos irrumpieron en el puesto de mando armados de cuchillos.

—Nuestra salida de emergencia funcionó perfectamente, tal como yo había previsto —contestó Jupe—. Y lo cierto es que todo salió bien. Como usted ya habrá supuesto, señor Hitchcock, me dirigí rápidamente al museo donde hallé a Taro Togati, el hijo del detective japonés, jefe del servicio de seguridad de la exposición. Entre los tres logramos descubrir el cinturón, que yo oculté debajo de mi americana y…

—Pero ¿dónde lo encontrasteis? —interrumpió Pete.

—A eso voy —contestó Júpiter—. Con el cinturón oculto debajo de mi americana, me trasladé a la casa de huéspedes donde viven los enanos. Aparentemente, yo iba solo, cuando en realidad me escoltaron policías de paisano. El Cinturón de Oro vale, aproximadamente, un millón de dólares.

»Localicé al enano del diente de oro, de quien sospechaba era uno de la banda. Él fingió no saber de qué le hablaba, aunque sabía perfectamente que yo había intervenido en descubrir lo del robo en

el banco. Le dije que lamentaba no haber aceptado la proposición de Rawley, de unirme a su organización, y que me urgía ganar mucho dinero. El enano me entendió.

—Los delincuentes piensan así —convino el señor Hitchcock—. Por eso creen que todo el mundo reacciona lo mismo que ellos.

—Le dije que poseía el Cinturón de Oro, si bien ignoraba cómo desembarazarme de él, y que estaba dispuesto a venderlo por la suma que Rawley dio a ellos: cuarenta mil dólares. Me desabroché la americana y el enano vio el cinturón. Sus ojos casi se le salieron de las órbitas. Comprendió que era el auténtico, y también que yo tenía que ser un pillo, puesto que no había informado a las autoridades del museo.

Júpiter parecía complacido de haber logrado pasar por un bribón de primera.

—Les di de tiempo hasta medianoche. Los esperaría con mis amigos en mi puesto de mando del Patio Salvaje de los Jones. Caso de que se decidieran a realizar el trato, podían acudir con el dinero, y yo les daría el cinturón a cambio. Por supuesto, nunca se atreverían a hacerme nada en la casa de huéspedes, pues había demasiada gente alrededor.

—¡Ajá! —exclamó el señor Hitchcock—. Tú sabías que eran unos pillos, y, por lo tanto, no dudaste de que intentarían robarte el cinturón en vez de comprártelo.

—Sí, señor. Pero si hubieran venido a comprarlo con el dinero robado en el banco, también hubiera habido pruebas definitivas contra ellos.

—¡Y por eso nos hiciste entrar y salir tantas veces por las entradas secretas del puesto de mando! —exclamó Bob—. Aquellos chicos que nos contemplaban eran enanos disfrazados. Querías que ellos supieran cómo atacarnos mejor.

—Sí, y apuesto que, incluso, nos fotografiaron con la cometa —dijo Pete—. La próxima vez que arriesgues nuestras vidas, por lo menos, que lo sepamos.

Júpiter Jones se agitó algo en la silla.

—Tenía confianza en nuestras previsiones de emergencia. Además, era necesario que los enanos supieran cómo entrar. Si yo no estuve con vosotros, se debió a que el padre de Taro quiso que éste me acompañase mientras tuviera el cinturón. ¡Comprendedlo!,

los enanos hubieran recelado si llegan a verlo con vosotros.

»De todos modos el detective Togati y el señor Reynolds esperaban fuera, cuidadosamente ocultos. Los enanos nos atacaron según lo previsto. Huimos y ellos fueron capturados. El caso se llevó a un término feliz.

—Ciertamente —concedió el señor Hitchcock, que miró severamente a Júpiter—. Pero has esquivado mi pregunta. La repetiré otra vez: ¿Dónde ocultaron los enanos el Cinturón de Oro, de modo que nadie pudo encontrarlo?

—Donde nadie miraría —explicó Júpiter—. No me resultó fácil adivinarlo, hasta que recordé que eran acróbatas. En casa de la señorita Agawam formaron una torre humana para poder asomarse a la ventana. Eso me hizo pensar que en el museo…

—¡Un momento, joven Júpiter! —estalló el señor Hitchcock—. La luz penetra en mi mente. Deja que yo me imagine el resto.

Durante un par de minutos ojeó el puñado de cuartillas que había sobre el escritorio. Luego apartó una, la leyó otra vez, y asintió.

—¡Ah, sí! —exclamó—. Las pistas están aquí, en la página 15. Bien, ahora todo está claro.

Bob y Pete se esforzaron en recordar qué había en la página mencionada. En ella se describía el interior del museo y el modo como estaban colgados los cuadros.

—Sí, ciertamente —continuó él señor Hitchcock—. En la narración se aclara que una amplia moldura decora la pared debajo del techo de las dos salas. Estas molduras sirven a veces para colgar cuadros. En las casas grandes y antiguas, acostumbran a verse como elemento decorativo que evita que las paredes parezcan demasiado altas.

»Estas molduras, si son grandes, suelen tener una profunda hendidura o una superficie plana en su parte superior. Indudablemente, los enanos estudiaron la moldura en el museo, y comprendieron que nadie sospecharía de semejante lugar. Así, después de robado el cinturón, lo ocultaron a lo largo de la parte superior, de modo que no pudiera verse desde abajo.

»Esto les llevó sólo un momento. Después se convirtieron en cuatro *cub-scout* asustados. Más tarde nadie sospechó de la moldura, puesto que se precisaba de una escalera para llegar a ella, y todos

sabían que no había ninguna en la sala cuando se cometió el robo. ¿No es así, Júpiter?

Bob y Pete se dieron puntapiés imaginarios por no haberlo descubierto ellos. Como Júpiter, habían visto las molduras, si bien en su descargo podían aducir que el techo del museo era muy oscuro, debido a la falta de ventana.

La respuesta de Júpiter les dio una sacudida de sorpresa.

—No, señor, su teoría no es correcta.

Alfred Hitchcock sopló fuerte y miró a Júpiter, fruncido el ceño. Su voz se oyó casi ronca:

—¡Jovencito, si hubiera hecho una película de esta historia, ése es el lugar que habría escogido! ¿Dónde, pues, estaba el cinturón?

—Yo razoné igual que usted, señor —dijo Júpiter—. Pero una vez en el museo me subí por una escalera de mano y hallé una moldura roma. Allí no es posible sujetar el cinturón. Eso me anonadó.

—Comprendo —admitió más calmado el señor Hitchcock.

—Entonces —siguió Júpiter—, mientras estaba en lo alto de la escalera, sintiéndome muy tonto, advertí una corriente de aire fresco que me daba en la cara. Ella me llevó a la solución.

—¡Ah! —exclamó el señor Hitchcock—. ¡El aire acondicionado!

—Sí, señor. Había una abertura justo debajo de la moldura para el aire acondicionado instalado en el museo. Probé la rejilla frontal, y ésta se abrió. El Cinturón de Oro estaba colgado en el interior del conducto del aire acondicionado, sujeto con un cordón negro.

»Como usted bien dijo, la abertura se hallaba tan alta que se precisaba una escalera para llegar allí, y ésa fue la razón de que no investigaran donde precisamente se hallaba escondido.

—¡Excelente! —Aplaudió el señor Hitchcock—. Ahora todo está claro. Resolviste dos casos, que en realidad estaban relacionados por la participación en ambos de los cuatro enanos. ¡Es toda una marca incluso para los Tres Investigadores!

Los chicos se miraron unos a otros y se sonrieron. Ya se disponían a marcharse, cuando el señor Hitchcock preguntó:

—¿Qué hay en vuestra cartera de trabajo?

—¡Lecciones de buceo! —Saltó Pete.

Bob asintió presto. Pero Júpiter se mostró pensativo y dijo:

—Quizá nos convenga más realizar prácticas deductivas.

El señor Hitchcock se rió.

—Cualquier cosa que hagáis será interesante. Espero vuestro próximo informe.

Los chicos se marcharon, y el director de cine cogió las notas de Bob.

—Gnomos y un tesoro que desaparece —dijo riéndose—. Vaya película que podría hacerse.

Fin



ROBERT A>RTHUR. Nació el 10 de noviembre de 1909, en Fort Mills, la isla de Corregidor, Filipinas, donde estaba destinado su padre, Robert Arthur padre, entonces un teniente en el ejército de Estados Unidos. Su madre, Sarah Fee Arthur, exintegrante de Nueva Orleans. La infancia de Arthur fue de translado en traslado, ya que su padre fue trasladado de una a otra base militar. Arthur y su hermano menor, John Arthur, nacido en 1914, fueron educados en las escuelas públicas de Hull, Massachusetts, Ann Arbor, Michigan, de Leavenworth, Kansas, y Hampton, Virginia. Mientras que su padre estaba destinado en el Fuerte Monroe en Hampton Roads, Virginia, Arthur asistió Hampton High School, donde fue elegido Presidente de la categoría de mayores.

A pesar de que ganó la entrada de West Point, Arthur decidió no seguir a su padre en el ejército, y en su lugar se inscribió en William and Mary College en Williamsburg, Virginia en el otoño de 1926. Dos años más tarde, se trasladó a la Universidad de Michigan en Ann Arbor, donde Arthur había vivido durante algunos años en los que su padre había sido un profesor militar de ciencias y táctica en el programa ROTC. Arthur se graduó de la Universidad de Michigan en 1930 con una Licenciatura en Inglés con Distinción. Después de trabajar como redactor en una de las publicaciones Munsey, regresó

a la Universidad de Michigan, donde recibió su Maestría en Periodismo en 1932.

Más adelante se mudó a Nueva York, donde vivió en Greenwich Village, en un apartamento sin ascensor. Durante este tiempo, él comenzó a escribir cuentos para su publicación en revistas pulp. Entre su graduación de Michigan en 1930 y 1940, sus cuentos fueron publicados en Wonder Stories, Semanarios de novelas de detectives, Detective Fiction Weekly, Mystery, The Illustrated Detective Magazine, Street &
Smith's
Detective Story Magazine, Amazing Stories, The Shadow, Street & Smith Mystery Reader, Detective Tales, Thrilling Detective, Double Detective, Startling Stories,
Collier's
, The Phantom Detective, Argosy Weekly, Unknown Worlds y Black Mask.

Además, durante este tiempo, Arthur trabajó como escritor y editor de pulp western, fact detective, y screen magazines para Dell Publishing, y fue editor asociado de la Foto-Story, una revista de fotografía publicada por Fawcett Publications. Más significativamente, concibió y editó Pocket Detective Magazine para Street and Smith, la primera revista de bolsillo, todo ficción, en la que varios de sus relatos fueron publicados. En febrero de 1938, se casó por primera vez a Susan Smith de Cleveland, una actriz de «radio soap opera», de quien se divorció en 1940. Ese mismo año conoció a la mujer que se convertiría en su segunda esposa, Joan Vaczek, en una clase para el relato corto que tomó de Whit Burnet en la Universidad de Columbia.

Ese mismo año, Arthur también tomó una clase en la Universidad de Columbia para escritura en radio, en la que la clase se encontraría con su futuro compañero, David Kogan, con quien finalmente escribió y produjo su propio programa de radio, The Mysterious Traveler, que se emitió en la Mutual Broadcasting System desde 1944 hasta 1953, y que ganó el premio Edgar Allan Poe al Mejor Programa de Radio de Misterio del Año en 1952 por los Mystery Writers of America. The Mysterious Traveler también se emitió como el nuevo título de Adventure into Fear, y desde 1948

hasta 1951 juntos, Arthur y Kogan también produjeron Dark Destiny, una serie de televisión dramática. En diciembre de 1946, Arthur y Vaczek se casaron, y se trasladó a Sharon, Connecticut y luego a Yorktown Heights, Nueva York, donde tuvieron dos hijos, Robert Andrew Arthur (1948) y Elizabeth Ann Arthur (1953). En 1953, a causa de la participación de Arthur, y la participación de su socio David Kogan, en el Gremio de Escritores de Radio, The Mysterious Traveler fue cancelada abruptamente. WOR y la Mutual Broadcasting System, durante la era McCarthy, que se cree que el GTR se llevaba los escritores, en las palabras de Kogan, «por el camino a Moscú» la carrera de Arthur como escritor para la radio llegó a su fin. Antes de que terminara, sin embargo, escribió y produjo más de 500 guiones de radio para sus dos *shows*, así como para otros programas como The Shadow and Nick Carter. Terminado 1952, Arthur trabajó como coproductor para un espacio de misterio en la radio. Continuó, además, la publicación de relatos de corte pulp.

En 1959, después de su divorcio de Joan Vaczek, Arthur se mudó a Hollywood, donde trabajó en la televisión. Escribió guiones para The Twilight Zone, y trabajó como editor de historias y guionista de programa de televisión para Alfred Hitchcock, en Alfred Hitchcock presenta. En 1962 se trasladó de nuevo de Hollywood a Cape May, Nueva Jersey, donde vivía con la tía de su padre, Arthur, Margaret Fisher hasta su muerte en 1969. Debido a su asociación con Hitchcock, Arthur tuvo, durante este período, una estrecha relación con Random House para editar una serie de antologías literarias que pudieran aprovechar la popularidad de Hitchcock. Arthur editó una serie de antologías dentro de Alfred Hitchcock Presents que incluyen AHP: Historias para el atardecer, (1961); AHP: Historias que mi madre nunca me contó, (1963); AHP: Prohibido a los nerviosos, (1965); AHP: Relatos que me asustaron, (1967); AHP: historias que no me dejarían hacer en TV, (1968). Al mismo tiempo, Arthur ha participado en la edición de una serie de antologías para jóvenes lectores, como Alfred
Hitchcock's
Haunted Houseful, (1961); Alfred
Hitchcock's
Ghostly Gallery, (1962); Alfred

Hitchcock's
Monster Museum, (1965); Alfred
Hitchcock's
Sinister Spies, (1966); y Alfred
Hitchcock's
Spellbinders in Suspense, (1967). También editó, bajo su propio nombre, Davy Jones Haunted Locker, (1965); Spies and More Spies, (1967); and Thrillers and More Thrillers, (1968). Las colecciones de cuentos propios de Arthur fueron editados por Random House en Fantasmas y más fantasmas publicados en el 1965 y Misterio y más misterio, publicado en 1966.

En 1964, Arthur también publicó la primera de una serie de libros de misterio para jóvenes lectores, originalmente titulada Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores. Más tarde el nombre de Hitchcock fue eliminado. Antes de su muerte, Arthur escribió diez libros de los Tres Investigadores: El Misterio en el Castillo del Terror, El Misterio del Loro Tartamudo, El Misterio de la Momia Susurrante, El Misterio del Fantasma Verde, El Misterio del Tesoro Desaparecido, El Misterio en la Isla del Esqueleto, El Misterio del Ojo de Fuego, El Misterio de la Araña de Plata, El Misterio del Reloj Chillón y El Misterio de la Calavera Parlante. Después de la muerte de Arthur, la serie de los Tres Investigadores fue continuada por otros escritores, y antes de que la serie terminara en Estados Unidos en la década de 1990, se habían publicado un total de cuarenta y tres libros de la serie de los Tres Investigadores, y once libros en una
Spin-Off
de la serie llamada Crimebusters. Arthur murió en Filadelfia, Pensilvania, el 2 de mayo de 1969, a la edad de cincuenta y nueve años.

Notas

[1] Cubs; rama de los «boy-scouts» infantiles. < <

[2] Akela; cuidadora de los «cubs». < <

[3] Brownies; rama de las niñas «boy-scouts». < <